



LA LUZ DE
MIS
DÍAS

ALEJANDRO MELERO

B

La luz de mis días

ALEJANDRO MELERO



SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)



[@megustaleer](https://twitter.com/megustaleer)



[@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Màxim Huerta, por la amistad

Entonces Scheherezade dijo: «¡Oh, rey! Si te he contado esa historia, tan diferente a las otras, ha sido más que nada por los versos admirables que contiene y, sobre todo, por disponerte mejor a la alegría que ha de causarte la que me proponga contarte ahora, ¡si tienes a bien permitirlo!» Y el rey Schahariar contestó: «¡Oh, Scheherezade! Hazme olvidar esta tristeza, y hazme saber el título de esa historia que me prometes.»

Historia de Ali Ben-bekar
y la bella Schamsennahar,
Las mil y una noches

Piloto

—Lo primero que aparece es prácticamente irreconocible, porque es como si lo vieras a través de los ojos de un piloto que va en un avión o, mejor dicho, de un pájaro que va volando por las alturas y poco a poco desciende. Entonces sí que se empieza a reconocer el paisaje y te das cuenta de la belleza que estás contemplando. Es un valle muy hermoso, con miles y miles de árboles, que son los viñedos. Son de distintos tonos de verde y marrón, así que el terreno parece un tapiz, o más bien un puzle hecho con piezas de distinta forma y tamaño. También hay unos caballos que galopan libres, y hasta un río que recorre todo el campo. Y, al fondo, está la gran mansión, digna de unos reyes. Es toda blanca, brillante, con partes cubiertas de mármol que la hacen resplandecer. De momento solo la vemos por fuera, con sus columnas blancas que se dirían traídas de la misma Roma imperial, y que sujetan unos balcones enormes, porque allí todo es enorme. La puerta principal, alta como la de una catedral, se abre sola, como por arte de magia, y deja ver la entrada de la mansión y la escalera principal, que es un primor. Cubierta por una alfombra roja de ribetes dorados, se retuerce sobre sí misma y, aunque no vemos dónde termina, es de suponer que lleva a la única planta de arriba, que será igual de maravillosa que todo lo que hemos visto hasta el momento. Aquí la música suena con mucha fuerza. Son violines tocando todos a la vez la misma melodía, y cuando más alto suena empezamos a ver las caras de los principales personajes por orden alfabético. Cada uno de ellos está en un rincón que es representativo del lugar que ocupa en la familia. Por ejemplo, la madre, doña Leonor, está asomada al balcón principal, como si la hubiésemos pillado in fraganti observando todas sus posesiones. Leopoldo María, el hijo mayor, está apoyado en su cochazo de alta gama, como si acabara de llegar o

mejor aún estuviera a punto de irse. La criada está secándose las manos en su delantal. Todos están sonrientes, lo que pasa es que cada sonrisa es distinta y puede interpretarse como una señal de felicidad, o una amenaza, o una angustia, e incluso un rasgo de miedo. Ninguno está quieto del todo. Cuando los vemos por primera vez, están todos de espalda. Poco a poco se van girando hasta que los tenemos de frente, y no dejan de girar hasta que, envueltos en esta música de violines de la que te hablo, se plantan firmes. Y entonces llega lo mejor. Te parecerá una tontería o una locura mía, pero así es. Y cuantas más veces lo veo, más me reafirmo en ello. Te juro que en ese momento siento que cada uno de esos personajes me está mirando a los ojos.

El hijo ausente

—Pero escúchame bien, porque ya no te lo vuelvo a explicar más veces: no son tres, sino cuatro los hijos que tiene doña Leonor. Apréndelos bien y no me tengas explicándotelo a cada rato: Leopoldo María, el mayor, y el que se encarga de la empresa familiar, ahora que el padre está tan pachucho; Abel y Ezequiel, los dos gemelos, de los que ya te hablaré más adelante, y Arturo, que estudia en Estados Unidos y no sé mucho de él. Pero no te confundas, que no todos viven en la mansión. El mayor, Leopoldo María, sí que vive allí. Los gemelos viven fuera, y solo aparecen de vez en cuando. A Arturo no se le ha visto todavía. Y luego está Paloma, que es sobrina de doña Leonor y, por lo tanto, prima de los cuatro hermanos, pero como si fuese una hermana más, porque la adoptaron cuando pequeña, ya que sus padres —la hermana de doña Leonor y un señor muy apuesto, según se ve en los retratos que hay de ellos en la mansión— murieron en un accidente de tráfico de lo más terrible. Pero, a lo que iba, resulta que Leopoldo María, como ha sido siempre un niño mimado, pues no sabe manejarse bien en la empresa y está engañando al padre, que está en la cama, diciéndole que todos los papeles están en correcto orden y que no hay ningún problema, desoyendo sus consejos sabios de anciano, pero, en realidad, la empresa familiar que tanto le costó levantar al pobre hombre se está yendo a pique por la irresponsabilidad del hijo mayor, Leopoldo María, que es un bala perdida. Tanto es así que últimamente parece siempre muy distraído, y comentan de él que huele a alcohol y que frecuenta muy malas compañías. Esto lo comenta sobre todo Mamá Jazmina, que es la criada negra de la casa, que ha estado siempre con ellos y que es como una más de la familia. ¿Te vas enterando de la historia? Si te pierdes, me preguntas, que a mí también me costaba al principio, con tanto personaje, y tanto tejemaneje con

las empresas, y tanto hermano y tanto primo. Pero no me vayas a decir que no es una historia preciosa, y lo mejor está por venir, porque ahora me parece a mí que va a regresar Arturo, el menor de los hijos, que se fue hace una barbaridad de tiempo y ya va a volver hecho un hombre. Lo único que se ha visto hasta ahora es que doña Leonor coge el retrato de su hijo Arturo, que se ve un hombretón bellísimo, y le da besos y le dice:

»—Ay, mi Arturo, cuento los días y las horas que faltan para tenerte a mi lado. ¿Por qué has tardado tanto tiempo en volver con los tuyos? Solo tú, que siempre has sido el mejor de mis hijos, vas a volver a darme la paz que tanto necesito y a poner orden en nuestra familia.

»Y, en otra ocasión, con el mismo retrato y la misma situación:

»—Ay, Arturo, confío en ti para que en tu regreso seas capaz de hablar con tu hermano mayor y le hagas entrar en vereda, que una madre siempre sabe cuándo un hijo sufre, pero yo necesito tu fuerza para que me ayudes.

»En esto está la cosa ahora mismo, a ver qué tal se desarrolla. No me vayas a decir que no es precioso y lleno de intrigas interesantísimas y misterios que prometen maravillas. Bueno, mujer, ¿y tú? ¿No me cuentas nada? ¿Qué tal va lo tuyo, Marifé?

Marifé no sabía muy bien a qué se refería su vecina Luisa cuando le preguntaba que qué tal iba lo suyo, así que la dejó con la pregunta en la boca, como tantas veces ocurría entre ellas. Alegó prisas para resolver algunos recados y un par de encargos que tenía que recoger antes de que cerraran el mercado, y escapó del rellano donde tan entretenidas habían estado las dos vecinas, la una escuchando y la otra dejándose escuchar.

Aunque no necesitaba mucho tiempo para cumplir con sus labores diarias, Marifé remoloneaba por los corredores de la plaza de abastos. Accedía a ella por la puerta de la fruta, respetando su manía de que las compras más pesadas convenía que quedaran en la parte de abajo del carrito. Los olores de las verduras frescas eran sus favoritos, y también eran las señales pautadas que marcaban el ritmo de sus días con más precisión que las más afinadas agujas de reloj, lo mismo que el tacto del pan caliente que entraba en la bollería pocos minutos después del mediodía, o los gritos del pescadero anunciando la bonanza de su mercancía. Si no había pescado, entonces es que era lunes. Si en la panadería había cola, entonces es que se había entretenido demasiado en

otros puestos y eran ya más de las doce.

Por mucho que prolongase sus paseos por los pasillos del mercado, su hora de vuelta a casa tenía que ser antes de la una, para tener tiempo de preparar el almuerzo de Roque. A eso de las tres, después de haber recogido la mesa, podía Marifé almorzar su menú de un plato, que siempre era lo que le había sobrado a Roque más algún resto de la cena del día anterior. No le importaba almorzar más tarde que él; de hecho, tenía la costumbre de fregar los cubiertos y platos que él había utilizado antes de sentarse ella a comer, como si no le gustase dejarlos esperando en el fregadero para que se mezclasen más tarde con los que ella usaría. Con este sistema de dos tiempos, Marifé había asegurado, sin proponérselo, que los ritmos cotidianos de ella y Roque fuesen siempre como los de un canon sincopado y sin final con acordes hechos de notas arrastradas que no coincidían nunca.

Era a esa hora de la sobremesa, mientras Roque dormía la siesta en el sofá monoplaza del salón con la película del Oeste bien alta en la televisión, cuando Marifé tenía más tiempo para sí misma. No como el tiempo de los paseos por el mercado, ni el de los amaneceres fríos recién despertada; esos eran momentos en los que la mente estaba demasiado distraída organizando y planificando la monotonía que le esperaba. Sola, mientras del patio de vecinos venían voces de otras televisiones, Marifé se veía reflejada, día tras día, a sí misma en la pulcritud de su cocina immaculada, saboreando un café amargo que se terminaba cuando el día comenzaba a perder la luz, sin saber muy bien en qué ocupar el resto de las horas interminables que faltaban para la noche.

Pero ese día, envuelta entre mil brillos blancos que venían de las paredes del frigorífico y las baldosas de las paredes, Marifé tomó una decisión que ella misma no comprendía. De repente se veía capaz de amortiguar los golpes inciertos que podían venir con la novedad. En la pulcritud de sus muebles pulidos y repulidos mil veces había encontrado Marifé una fuerza espontánea que a ella le parecía de una heroína de otros mundos. Rápida, con el único miedo de que su fuerza desconocida desapareciese como una ilusión, fue al salón y no dudó en despertar a Roque para hablarle así:

—Roque, despierta, óyeme un momento, hay algo que te quiero decir. He estado pensando una cosa, le he dado vueltas a algo que se me ha ocurrido, que me parece que no te va a molestar mucho. Una niñería. Verás: todas las vecinas, sobre todo Luisa, la del segundo derecha, están muy entretenidas con una serie que ponen por la tele todos los días, a esta hora cuando tú echas la siesta. Se llama *Luz de mis días* y es una historia de gente rica y..., bueno, a lo

que voy, lo que te quiero decir, lo que he pensado, lo que se me ha ocurrido,
es... ¿te importa si la veo yo también?

El hijo presente

—Sobre todo es porque Leopoldo María anda hecho una furia todo el tiempo. Su padre lo había llamado a consulta como hacía todas las semanas para que le explicara cómo iban los asuntos de la empresa familiar, pero Leopoldo María no aparecía. Mamá Jazmina y doña Leonor estaban en un sinvivir, temerosas de que le hubiera pasado algo, y en esto que llega Leopoldo María, los pelos todos revueltos, la ropa desaliñada, la cara demacrada como si se la hubiesen molido a palos, y todo él hecho un torrente de furia. Las mujeres le preguntan:

»—¿Qué te pasa, hijo mío?

»—¿Qué le pasa al señorito que viene así?

»Y se llevan las manos a la cabeza, y Leopoldo María les responde con violencia:

»—¡Dejadme en paz! Soy un adulto y tengo derecho a hacer con mi vida lo que me dé la gana. Ya va siendo hora de que dejéis de tratarme como si fuese un crío pequeño.

»Y doña Leonor llora que te llora. Entonces Mamá Jazmina, siempre apaciguadora, les dice:

»—Mejor no darle otro disgusto al señor. Bastante tiene ya. Yo me encargo de decirle que el señorito Leopoldo María había llamado para cancelar la consulta porque se encontraba mal del estómago, pero que, como soy tan despistada, se me había olvidado comunicárselo.

»Cuando Mamá Jazmina va al dormitorio donde está encamado el señor Leopoldo Padre, por la cara de este se sabe bien que nadie puede engañar a un padre y que, o bien ha oído los gritos desde el salón, o bien un instinto paternal único le ha hecho saber que su hijo no está simplemente mal del

estómago, sino que algo más gordo se está fraguando. Mamá Jazmina, que se ve una mujer bien lista, sabe leer perfectamente la cara del señor Leopoldo Padre y, avergonzada de la mentira que acaba de soltarle al pobre anciano, camina cabizbaja hacia la puerta de la habitación y, cuando está a punto de salir, el señor Leopoldo Padre le suelta:

»—Querida Mamá Jazmina, tú, que tanto has hecho por nosotros, ¿me vas a ayudar ahora que soy viejo y enfermo?

»Pero a la pobre mujer se le quedan las palabras en la garganta, con un nudo muy fuerte de dolor e impotencia, y sale sin mediar palabra.

»A todo esto, los gemelos están preparando la llegada de Arturo desde Estados Unidos, porque quieren darle una fiesta de bienvenida para que se sienta como en casa a pesar de haber estado tanto tiempo fuera. Están reuniendo fotos de su infancia para preparar una fiesta muy especial llena de recuerdos y memorias, y entonces llega Paloma, esa primita que adoptaron cuando era pequeña y que ya es como una hermana. Paloma les dice a los gemelos que le gustaría ayudar a preparar la fiesta de bienvenida de Arturo. Pero ellos —imposible saber quién es Abel y quién Ezequiel, porque son idénticos— se lo toman un poco a risa:

»—No te preocupes, primita, no te necesitamos para nada. Tú estás mejor en tu habitación, encargándote de tu colección de muñecas.

»Por lo visto, a esta muchacha lo que más le gusta del mundo son las muñecas de porcelana, esas tan bonitas y tan frágiles, y tiene una colección que ha ido formando durante años. Paloma se siente muy dolida porque su intención de ayudar es honesta, y, aunque está cabreada, les responde de buenas maneras:

»—Os pido por favor que no me tratéis más como una niña. Tal vez no os hayáis dado cuenta, pero soy una mujer desde hace tiempo.

»—Vaya si nos hemos dado cuenta —responde uno de los gemelos, mientras la observan de una manera que, la verdad, no es como se debe mirar a una prima que además ha crecido bajo el mismo techo.

»El caso es que cuando Paloma se va a su habitación está dolida. Tumbada en la cama, llora desconsolada, porque claramente en esa familia podrán ser muy ricos, pero, lo que es tratar a una mujer, no saben. Paloma, una vez que ha llorado y se ha quedado sin lágrimas, deja su habitación y vuelve adonde estaban los gemelos, que ahora han salido. La muchacha se asegura de que nadie la ve y rebusca entre las fotos que miraban los gemelos, y pone una cara extraña cuando coge una en sus manos, la foto de un bebé. Entonces la pobre

se asusta, porque los gemelos han vuelto:

»—¿No te habíamos dicho que no necesitábamos tu ayuda?

»Ella disimula como puede, y los gemelos insisten:

»—Anda, no seas curiosa y déjanos que nosotros organicemos la fiesta.

»Paloma disimula un poco, pero está claro que no es ninguna tonta y que no se quiere quedar con la comezón que le ha provocado ese retrato viejo.

»—¿Quién es el bebé que aparece en esta foto?

»—¿Es que no lo reconoces? Es Arturo, claro.

»Pero ella pone una cara muy extraña, entre de pasmo y de intriga.

»—Qué extraño... No se parece en nada al Arturo que yo recuerdo, ni tampoco se parece al de otras fotos de él tomadas poco después.

»A los gemelos no les gusta nada la duda planteada por Paloma, y la atacan de mala manera:

»—Desde luego, no se puede ser más desagradecida de lo que tú eres. Más te convendría no meterte donde no te llaman y besar la mano que te da de comer, en vez de ser una metomentodo como siempre has sido —dice un gemelo entre gritos.

»—Anda a tu habitación con las muñequitas de porcelana, que es el único sitio donde no estorbabas —dice el otro.

»Ella se encierra efectivamente en su habitación y está un buen rato peinando y vistiendo a sus muñecas, igual que si fuese una niña pequeña, y pensando en esa foto que se ha encontrado. Mientras hace esto, las voces de los gemelos se le aparecen en sus pensamientos, como con ecos, y sus caras de brutos diciéndole «ese niño es Arturo, ¿es que no lo ves?» y «no te metas donde nadie te ha llamado» y «vete a tu habitación con tus muñequitas». Y, entonces, mientras peina a sus muñecas lindísimas, se ve claramente que de sus ojos brota una lágrima enorme, que más que líquido parece piedra preciosa, y que se le queda un buen rato allí, donde terminan sus ojos perfectos, como si no quisiese despegarse de ella.

Marifé estaba todavía embobada y le costó lo suyo despertar de su aturdimiento. Así de hipnotizada le había dejado la historia que su vecina Luisa le había contado en el rellano de la escalera. Hasta no hacía mucho, Marifé hubiese hecho todo lo posible por evitar el encontronazo con Luisa, que, por otro lado, parecía pasar más tiempo en los pasillos de la comunidad

que en su propia casa. De hecho, no hacía ni dos semanas, Marifé se había escondido en el hueco de los buzones hasta que estuvo segura de que Luisa ya estaba dentro del ascensor. Siempre que había llamado a su casa para pedirle algún ingrediente de urgencia, o el favor de dejar un recado al hombre del butano, Marifé había cumplido con eficiencia y la mayor brevedad posible, cortés pero distante. En una ocasión, unas bragas de Luisa cayeron en su patio interior —Marifé y Roque vivían en los bajos—, y Marifé experimentó una ansiedad que la hizo sentirse ridícula. No sabiendo cómo compaginar su timidez con su deseo de no ser descortés, acabó por envolver la ropa interior en un paquetito y se lo dejó a Luisa en su puerta.

Sin embargo, unas semanas atrás, había ocurrido un incidente que había hecho inevitable el encuentro entre las dos vecinas y que convirtió en impropias todas las excusas de Marifé en el futuro. Fue también lo que abrió la veda para que, a partir de ahí, Luisa comenzara a contar a su vecina cada nuevo episodio de su serie favorita. Resultó que, llegando como cada día del mercado de abastos con su carrito lleno de la compra, había oído Luisa un traqueteo que venía de la primera planta. Que el ascensor ya hubiese llegado no fue motivo para retener su curiosidad y, ni corta ni perezosa, se orientó con los ruidos hasta llegar al rellano de Marifé. Allí encontró a su vecina de espaldas y por los suelos, peleando con tomates y lechugas e intentando meterlos de cualquier manera en una bolsa rota de papel. Luisa vio en esta situación la oportunidad perfecta de intimar con la única de las mujeres de la comunidad que se le escabullía y se lanzó al suelo para ayudarla, mientras le contaba las grandezas de los carritos con ruedas de antes en comparación con los de ahora.

Marifé se sentía tonta, decía que era mejor poner lo más pesado en el fondo del carrito para evitar esos desastres, y que no sabía qué le había pasado esa mañana por la cabeza para despistarse de esa manera. Luisa le habló de las mil posibilidades culinarias para los tomates espachurrados, que tan ricos eran que ella misma algunas veces los tiraba al suelo antes de cocinarlos. Le hubiese dicho cualquier cosa con tal de hacerla sentir bien y acercarse a ella.

Lo que no se esperaba Luisa es que Marifé rompiera a llorar nada más darle las gracias. Fue un llanto repentino, que sorprendió también a Marifé. Luisa la obligó a seguirla a su casa para tomar un café, y tuvo el detalle de no preguntar nada comprometedor y ni tan siquiera mencionar el soponcio del rellano. Aunque tuvo que morderse la lengua varias veces, solo le habló de temas genéricos (lo que había subido la contribución, los ruidos de los moteros en

las noches de fin de semana, las manchas de humedad que iban invadiendo la portería). Tan cuidadosa fue, que no mencionó los últimos cotilleos del barrio, para evitar que Marifé pudiese pensar que ella misma, con sus llantos ridículos, pudiera ser la siguiente víctima del chismorreo del barrio.

Pasado el disgusto, Marifé se había sentido bien en la casa de su vecina. Aunque no pudo olvidar ni un instante que la invitación a tomar café había sido algo parecido a una obra de caridad, se veía a sí misma cómoda en la mesa de enaguillas, rodeada de objetos desconocidos en un lugar con las dimensiones exactas a donde ella vivía, pero completamente diferente. Se agarraba bien fuerte a su taza de café para atrapar el calor entre sus manos, apurándolo porque pensaba que, si se acababa, no habría motivo para quedarse allí un poco más. Tal vez de un modo poco consciente, le hubiese gustado explicar a Luisa el porqué de su arrebató en el rellano, pero no pudo. No se puede saber si Marifé habría sido capaz de encontrar las palabras que verbalizasen su pena, pero lo que nunca hubiera encontrado era un momento de silencio en la retahíla de su vecina.

Luisa le habló de su difunto marido, y de que su única pena era no haber tenido hijos. Le mostró la foto de cuando se casaron, colocada encima de la televisión, y le hubiese mostrado muchas fotos más de no haber sido porque el reloj, con insistencia repentina, recordó a Marifé que, si no se daba prisa, no tendría la comida lista para cuando se la pidiera Roque.

Comida en familia

—Todo son exquisiteces de lo más fino. Unas carnes asadas que dan ganas de comérselas solo con verlas, y que humean sin cesar, tanto que parece que le llega el olor a una como si estuviera allí mismo. Y unas copas majestuosas llenas de vino espeso. Todo esto lo va sirviendo Mamá Jazmina, y a la mesa están sentados todos los hijos, y Paloma. La preside doña Leonor, y al otro lado de la mesa, larguísima, hay una silla vacía que representa a Arturo. Alguien dice que es una pena que Arturo no haya llegado todavía y que se esté perdiendo el cumpleaños de su madre, y doña Leonor pone una mirada muy triste al oír estas palabras, pero rápidamente Mamá Jazmina dice que no tiene importancia porque cada vez falta menos para la llegada del hijo menor.

»El caso es que todos están sentados en un lado de la mesa, digamos el izquierdo, de tal modo que en el derecho no hay nadie. Y también está el señor Maldonado, que es un personaje nuevo, y que es un viejo amigo del señor Leopoldo Padre y como una especie de socio de su empresa. Doña Leonor propone un brindis por su marido, y todos brindan, pero sin levantarse ni chocar las copas, sino cada uno en su sitio y bebiendo muy poquito. Entonces el señor Maldonado habla.

»—Verdaderamente es una pena que Leopoldo Padre no pueda estar presente en esta cena. Daba por sentado que lo vería. Después de todo, hace ya muchas semanas que no tengo noticias tuyas.

»—Mi padre está muy indispueto —interrumpe Leopoldo María hijo, con no muy buenos modales— y es del todo imposible hacerle pasar por ajetreos.

»—Bueno. Pero me gustaría en cualquier caso saludar a mi viejo amigo.

»Mamá Jazmina y doña Leonor se miran con cierta tristeza. Los gemelos, que hasta entonces no habían hablado, también se miran y, cuando van a decir

algo, se interrumpen el uno al otro y acaban por callar. Paloma mira a todas partes como si quisiera enterarse de algo, pero anduviese muy perdida. Y es Leopoldo María el que, después de dar un buen trago a su copa de vino — porque este muchacho es el único que no da sorbitos—, dice:

»—Pero, por supuesto, descuide usted, que en cuanto hayamos acabado la celebración, podemos ir todos a la habitación de papá y deseárselo las buenas noches, siempre y cuando no sea muy tarde y esté dormido, porque le cuesta mucho conciliar el sueño.

»Parece que con estas palabras la situación tensa que se había creado unos momentos antes ya está arreglada, pero, de repente, se oyen unos golpes secos, como de cacharros que se caen. Todos se sobresaltan, Paloma la que más, y doña Leonor también. Se levantan de sus sillas y miran a la entrada del salón donde están comiendo, y allí ven al pobre viejito, al señor Leopoldo Padre, que ha llegado arrastrándose por las paredes. Va agarrado a una máquina con ruedines, con un gotero y algún cachivache más, que le ayuda a respirar. Y, sin darles tiempo a que digan ni mu, el viejito les habla así:

»—¿Por qué no me habéis invitado a mi propio funeral? ¿Es que no tengo derecho siquiera a celebrar mi propia muerte? ¡Ah, veo que están reunidos todos mis hijos! Pero, ¿cómo es posible? ¿Ha venido ya Arturo y no me habéis dicho nada? —dice esto mirando la silla vacía del final de la mesa, y el resto de los comensales miran ese hueco, con terror—. Pero, hijo, qué alto estás, igualito que tu padre cuando era joven. Y con la misma sonrisa triste de tu madre. De modo que no te has olvidado de mí. ¿Y qué son esas ropas que llevas que pareces un vagabundo? ¿Acaso no me he preocupado por ti y te he dado todo lo que necesitabas? ¿Y qué son esas barbas, y esas melenas? Pero... espera un momento... ¿dónde están tus ojos? ¿Qué te ha pasado en la cara que no tienes ojos?

»Entonces todo son gritos del viejo, y llantos de su esposa, doña Leonor. Los dos gemelos, a la orden del hermano mayor, Leopoldo María, cogen al padre de los hombros y lo arrastran camino de la habitación, mientras el señor Maldonado, muy contrariado, consuela a la pobre Paloma, que está blanca del disgusto.

»Cuando ya han pasado unas horas, la señora Leonor está poniendo trapos en la frente del pobre viejo Leopoldo, y arropándole hasta el cuello, con mucha disciplina, pero más bien de forma fría, no como se cuida a un marido sino como por obligación. El señor parece dormido, pero de repente la señora empieza a escuchar unas palabras que salen de su boca. Son unos susurros y no

se entienden bien. Muy intrigada, acerca sus oídos a los labios del señor y entonces se ve y se oye claramente lo que dice:

»—Nunca seremos perdonados.

»La señora, arrebatada, le quita los trapos de la frente. Tiene los ojos inyectados en sangre, se levanta llena de ira, y se diría que lo va a estrangular, o que va a coger una almohada y lo va a asfixiar. Pero no. Sale enfurecida de la habitación del señor y entonces se ve claramente que, al fondo del dormitorio, entre las ondas de los cortinones majestuosos, una persona se está moviendo y agarra con fuerza, como si la ira la fuese a hacer estallar, las telas maravillosas entre las que se escondía.

Solo eran veinte minutos, pero Marifé sentía que se le había ido de las manos. Ahora ya no podría comprar la carne que estuviera de oferta, porque se agotaba enseguida. Por no hablar de la fruta, que ya estaría escogida y manoseada cuando ella llegara. Y lo peor de todo eran las colas, de las que no se iba a librar de ninguna manera. Mucha suerte necesitaría para poder llegar a casa con tiempo suficiente para preparar el almuerzo que tenía pensado. En cualquier caso, estas preocupaciones no eran tan grandes como para que Marifé se lamentara de que su vecina Luisa la hubiera estado esperando en el rellano para atraparla en cuanto saliera de su casa y contarle esas historias tan llenas de intrigas.

Marifé corría con su carrito por las calles empinadas y por unos segundos consideró la posibilidad de mentir a Roque. Si no le daba tiempo para tener listo el conejo al ajillo, la comida que él había pedido esa misma mañana antes de salir a trabajar, bastaría con decirle que no le había gustado el aspecto de la carne ese día en el mercado. Pero la idea de soltar una mentira no tenía cabida en su cabeza. El miedo de que Roque pudiera descubrir de alguna manera que lo que le había dicho no era verdad era imposible de soportar, así que se deshizo de ese pensamiento.

Iba a atravesar Marifé la última calle que le quedaba antes de llegar al mercado cuando se le cruzó por la mente otra idea novedosa. Y esta idea no implicaba ningún riesgo aparente con Roque. ¿Y si, en lugar de ir al mercado de abastos, realizaba sus tareas esa mañana en el supermercado? Nunca le había gustado entrar en él. Le resultaban odiosas sus luces, tan resplandecientes que la hacían sentir que todo el mundo la miraba. No

soportaba la música constante, los productos encerrados en plásticos, el frío que desprendían las máquinas refrigeradoras. Pero tenía que admitir que, de esa manera, ahorraría tiempo. De modo que entró en el supermercado, idéntico a todos los de esa cadena. Se llevó un primer susto cuando un guarda le dijo que tenía que dejar fuera su carrito y sustituirlo por uno de los muchos que había preparados. Recordó en ese instante que esa clase de disciplina era lo que la había mantenido alejada de esos establecimientos, pero aceptó resignada la exigencia y se adentró por los pasillos. Sentía la luz cegadora sobre su cabeza, tan potente que casi no despegaba los ojos del suelo. Lanzaba al carrito los productos, abrumada por la cantidad de posibilidades de elección. Recorría cada una de las secciones con preocupación, porque parecía que cada vez que salía de un pasillo alguien se le lanzaba encima con otro carrito para atropellarla. Ya estaba llegando al final del supermercado cuando vislumbró algo que la hizo detenerse, como el aventurero explorador que cruza la jungla y de repente encuentra un templo milenario. La mujer soltó su carrito y se quedó observando las decenas de pantallas de televisión que cubrían la pared. Su rostro, destellante de luz, apenas se inmutaba.

El retrato perdido

—Lo siguiente que se ve ya es de noche. Se oyen las cigarras que canturrean en los campos de la finca, que se ven más inmensos que nunca y llegan hasta donde se pierde la vista en el horizonte. Doña Leonor da las buenas noches a Mamá Jazmina y cada una se va a su habitación. Son tan distintas estas dos mujeres. La señora, tan rubia, tan elegante, con unos movimientos siempre tan pensados; y la criada, con su piel de ébano, sus ropas humildes, rápida y dispuesta a improvisar una solución para cualquier cometido.

»Por primera vez se ve la habitación de la criada, que es muy pequeña y diferente de lo que hasta ahora hemos ido viendo de la casa. Aquí no hay nada de lujos, sino todo lo contrario: una camita pequeña —demasiado pequeña para una mujer tan grande— con un crucifijo encima del espaldar; una mesita también diminuta, llena de vírgenes y estampas de santos; un armario de madera sin barnizar, donde ella guarda sus ropas, que son todas iguales; una bombilla que cuelga, sin lámpara, de los techos altos y que apenas llega a iluminar el suelo de baldosas descoloridas. Se diría que todos los muebles son muy viejos y que, aunque están perfectamente cuidados y requetelimpios, no pueden evitar irradiar una especie de tristeza.

»Mamá Jazmina reza arrodillada al lado de la cama, como debe de hacerlo cada noche. Todo lo que hace parece un ritual, como si fuesen así todas las noches de su vida. Se mete en la cama, coge un retrato de una virgen de su mesilla, le da un beso y, después de colocarlo con mimo en su sitio, apaga la luz.

»Inmediatamente después, se ve la habitación de doña Leonor, que es todo lo contrario. Aquí todo son divanes preciosos de la época del rey Luis nosécuántos, y unas alfombras espumosas e infinitas, con florituras y dibujos de mil formas. Sus varias mesitas están adornadas con los trapos más estupendos que se puedan imaginar, llenos de filigranas y detalles finísimos. Hay fotos por todas partes: de sus hijos, de ella de joven montando a caballo, de ella de joven en ciudades extranjeras, de ella de joven posando como una modelo o una *star*, de ella de joven con un bebé en brazos, enmarcadas todas en plata y oro. Al fondo, una vitrina elegante está llena de figurines curiosísimos, de un gusto espectacular. Como en el dormitorio del marido, también aquí hay cortinones que caen de los techos hasta el suelo y que parecen sacados de un verdadero palacio de Oriente. Estos cortinones tapan un balcón espectacular que da a una terraza desde la que alguna vez se ha visto desayunar a doña Leonor, con vistas a sus fincas. En fin, todo de lo más cuidado y pulcro, con el mejor gusto y los mejores lujos que puedan verse.

»Doña Leonor está a punto de irse a la cama. Se va quitando sus joyas poco a poco, como si cada una de ellas estuviese hecha del material más frágil, y las va poniendo en un cofre que tiene en su mesita. Doña Leonor se acuesta, sin preocuparse de quitarse el maquillaje ni de cómo va a colocar la almohada para mantener ese peinado tan divino que siempre lleva. Al igual que Mamá Jazmina, cada uno de sus movimientos tiene el aire de un rito que practica minuciosamente todas las noches.

»Ya en la cama, coge uno a uno los retratos de su mesilla: primero el de su hijo Leopoldo María, que acaricia con cuidado y al que quita el polvo con la manga de su pijama de seda. Luego, el de los mellizos (una foto de cuando ellos eran niños), al que da dos besos. Después coge uno del día de su boda, y lo contempla un rato, con la mirada como perdida. Y, finalmente, se ve que busca un último retrato. Remueve los miles de cachivaches que hay por la mesita. Mira por entre las enaguas, y por debajo de la cama, pero no aparece. Remueve alfombras y cortinas, abre las puertas de las vitrinas y mira en los recovecos de sus muebles de madera. Esta mujer es que nunca puede estar tranquila y no busca el retrato como lo buscaría alguien normal; ella todo lo hace hecha una furia.

»Entonces dirige su mirada a la puerta de la habitación y se ve clarísimo que está pensando algo terrible y lleno de odio, y que, tirada por las alfombras como está, con una mano en la cama y otra en el suelo, algo espantoso carcome a esta mujer por dentro.

»Pero lo más misterioso está por llegar. Resulta que se ve otra vez la habitación de Mamá Jazmina, y que ella está durmiendo. Pero no duerme nada tranquila. No para de revolcarse en la cama, de un lado para otro, porque tiene una pesadilla. Entonces unas imágenes rarísimas, difuminadas por una neblina de tal manera que nada se ve bien, se mezclan con las imágenes reales y se superponen unas a otras. Se ve claramente a Mamá Jazmina en su cama, pero ahora no está dormida, sino que está atada por las manos a la pared y no puede moverse. Y delante de ella no está su armario pequeño, sino que está la cama lujosa del señor Leopoldo Padre, que duerme tranquilo. Y, de una oscuridad azul, aparece un brazo irreconocible, que lo mismo es de hombre que de mujer, de joven o de viejo, con un cuchillo largo que da miedo verlo. Y, así, mientras la pobre Mamá Jazmina mira postrada desde su cama, el brazo terrible apuñala con una fuerza brutal al señor Leopoldo Padre, sin que la pobre Mamá Jazmina pueda hacer nada ni librarse de las cuerdas que la atan a la pared. Son unas puñaladas secas y despiadadas. Con una cara retorcida por el miedo y el dolor de la muerte que se acerca, el señor Leopoldo Padre mira a Mamá Jazmina y le dice, en un susurro terrorífico:

»—Nunca seremos perdonados.

»Y allí mismo, cubierto de sangre por todas partes, se le cierran los ojos y se muere.

»En cuanto acaba este sueño, Mamá Jazmina se despierta desarropada y con chorreones de sudores que le resbalan por toda la cara. Sin preocuparse por el ruido que hace, y con el rostro de intranquilidad más desencajado que se pueda imaginar, se levanta de la cama de un salto, con una agilidad que nunca se hubiese adivinado en una mujer tan grandota como ella, y se lanza al suelo, donde está su alfombra diminuta. La levanta como si fuese de papel y destapa una baldosa que está suelta y deja ver un agujero secreto. De allí, a la velocidad de los rayos, Mamá Jazmina saca una caja diminuta, de madera vieja, y, llevándosela al pecho, comienza a llorar como lloraría... una madre que ha perdido a un hijo, o una mujer que ha perdido a su amado, o alguien a quien le han dicho que va a morir muy pronto. Pero lo más curioso y lo más intrigante es que lloraba muy bajito, como si temiese que alguien la pudiera oír.

La habitación de Marifé era la que menos luz tenía en toda la casa. Como todas, daba al patio interior, a través de una ventana por la que se hubiese podido asomar cualquier persona si no hubiese sido construida demasiado alta. Marifé se había trasladado a esa habitación por una cuestión práctica. Los problemas de movilidad de Roque hacían imprescindible que se quedara en el cuarto más cercano al baño, que era donde siempre había estado la cama matrimonial. Marifé consideró durante unos segundos trasladarse al dormitorio de su hijo, que llevaba años sin utilizarse. Pero este pensamiento solo duró unos instantes. La idea de que el hijo no tuviera una habitación en su casa, incluso si no la utilizaba, no era aceptable.

En la habitación de Marifé había varias fotos, todas de su único hijo, Álvaro. Del día de su comunión, de su graduación, de un cumpleaños. La más antigua, con Álvaro recién nacido, la hizo el padre y realmente era una foto muy mala, pues casi todo lo que mostraba era el suelo del hospital. Entonces las cámaras domésticas no eran muy buenas y lo que se veía por el objetivo era solo orientativo. Pero era la fotografía favorita de Marifé. Álvaro, tan delgado y al mismo tiempo desarrollado, que todas las enfermeras le habían dicho que era el niño más largo que habían visto nunca. Aunque se veía poco de su cara, sin ninguna duda era un bebé que se estaba riendo, a pesar de que entonces solo tenía unos días y dicen que la risa social de los bebés no empieza hasta mucho más tarde. Pero Álvaro había reído mucho siendo niño, sin parar.

Las otras fotos —en una excursión del colegio, una nochebuena con los abuelos cuando estaban todos vivos— lo confirmaban. De la foto compuesta mayormente por suelo a Marifé también le gustaba mucho ella misma. Tan joven, con tanto pelo. Nadie diría viendo esa imagen que acababa de pasar por el dolor incomparable de un parto. Y verdaderamente ella no recordaba que hubiese sido un parto especialmente doloroso. Al contrario, fue rápido y, en sus recuerdos tantos años después, y por muy bruta que se sintiera con este pensamiento, se diría que hasta le supo a poco. Su mirada en esa foto, fija en la boca risueña del hijo, era la de alguien extremadamente feliz por lo que tiene, pero sobre todo por lo que el futuro le promete.

Marifé se iba a acostar ya, después de repasar esos retratos como hacía cada noche, pero le pareció oír un ruido por el pasillo. Le extrañó, pues Roque se había acostado hacía más de una hora y normalmente no la despertaba hasta pasada la medianoche, cuando necesitaba que lo asistiera para orinar. De la habitación de Roque salía el ruido de la máquina que lo

ayudaba a respirar por las noches, así que no quedaba duda de que seguía dormido. Marifé salió de su habitación. Todo estaba tranquilo en el pasillo. Con la curiosidad de un pintor que se aleja un poco de su cuadro para ver qué tal va progresando su trabajo, sintió que debía revisar el resto de la casa. Se dirigió primero al salón y no tardó en darse cuenta de que algo no estaba bien. Como si estuviera guiada por un instinto, dirigió su mirada hacia el mueble principal y en seguida vio que el cable que conectaba la televisión con el enchufe de la pared estaba cortado. Las tijeras sobre la mesa, bien a la vista. Roque no se había molestado en esconderlas porque quería dejar clara su intención.

Escalofríos

—Parece que no pasa nada, porque solo se les ve a unos reunidos con los otros, paseando por la mansión, o por los jardines grandiosos. En primer plano están los hermanos, los mellizos, y Leopoldo María, hablando de sus cosas, y doña Leonor, que les da consejos de cómo ir bien vestidos y de cómo encontrar una mujer decente. Y luego indaga para saber cómo se encuentran ante la llegada del hermano menor, y todos le responden con mucha sonrisa que de mil maravillas, que cuentan los minutos que faltan. Luego doña Leonor llama a la puerta de la habitación de Paloma, que está como siempre con sus muñecas de porcelana divinas, y, sin esperar a que le dé permiso ni la invite a sentarse, la señora agarra una silla y habla con ella de que si una chica de su edad necesita salir más, y le pregunta que si no tiene ningún pretendiente ni hay ningún chico que le ronde y, en fin, mil cuestiones más. Paloma le responde como puede, con la mirada baja y la voz cortada, como es ella de tímida, y, a todo esto, doña Leonor no deja de mirar por todas partes de la habitación, como si buscara algo. Paloma, un poco cansada, insinúa a doña Leonor que se tiene que ir —y le habla de usted, porque así de grande es el respeto que le tiene; y no la llama «mamá» o «madre», ni tampoco «tía», porque aunque se haya criado con ellos y haya vivido como una más desde muy pequeña, les habla a todos por su nombre, y con el «don» o «doña» por delante—. A pesar de que es evidente que Paloma quiere librarse de doña Leonor, la señora le dice que se espere un momento, que le quiere preguntar una cosa. Paloma mira aterrada, temiéndose la pregunta, que por fin llega:

»—Querida Paloma, ¿tú no habrás visto por casualidad un retrato de Arturo que ha desaparecido?

»—No sé de qué retrato me habla —responde la muchacha, muy tranquila

en apariencia y sin ningún misterio.

»—Por supuesto que lo sabes. Me refiero al retrato que guardo en mi mesita de noche al lado de la cama. Sabes perfectamente que lo último que hago cada noche antes de acostarme, como buena madre, es besar los retratos de cada uno de mis cuatro hijos. Sin embargo, la otra noche cuando fui a besarlos me di cuenta de que había desaparecido.

»—Le aseguro que no sé nada, pero si lo veo por alguna parte se lo diré. — Y se dispone a salir de su habitación.

»—Entendido. Bien, no hay mayor problema. Estoy segura de que acabará por aparecer —dice doña Leonor con una sonrisa que no oculta su tono amenazante—. Y ahora, si no te importa, voy a quedarme un rato en tu habitación contemplando tu colección de muñecas.

»—Claro que sí, tía, puede usted quedarse todo el tiempo que quiera y contemplar hasta el último rincón de mi cuarto. Al fin y al cabo, es su casa. Lo que es seguro es que aquí no aparecerá ningún retrato.

»La cara de doña Leonor es un poema, con ese mal gesto que se le pone de morderse la lengua.

»Y, según sale al pasillo, Paloma ve a Mamá Jazmina, que está limpiando el polvo de las paredes, como ella hace constantemente, con unos trapos que lleva siempre sobre sus faldas para limpiar las muchas paredes en esa mansión, tantas como para estar pasando el trapo hasta el fin de los días.

»—Mamá Jazmina, ¿qué haces limpiando estas paredes, si ya las limpiaste ayer?

»—Es que son muy sucias, nada más limpiarlas se vuelven a ensuciar. Es como si no sirviera de nada.

»Pero Paloma ha captado perfectamente que lo que Mamá Jazmina hacía era espiar la conversación que mantenía con doña Leonor. Lo que pasa es que como Paloma es tan tierna y tan querida, en vez de regañarle le sonrío como un ángel y la abraza, y le da mil besos.

»—Te quiero mucho, aunque seas una vieja cotilla metomentodo.

»—Eres la muchacha más hermosa que hay. Puede ser que yo sea una vieja pelleja curiosa, pero te aseguro que siempre haré todo lo que esté en mi mano por cuidar de ti.

»En ese momento, doña Leonor sale de la habitación, y cuando las ve a las dos tan abrazadas y tan felices pone una cara que no se sabe bien si es de odio o de preocupación, pero que desde luego es la cara de una mujer a la que algo carcome por dentro.

»Mamá Jazmina y Paloma se sueltan de repente, como si las hubiesen pillado robando. Y, curiosamente, según se separan, doña Leonor las abarca con sus brazos amplios, con esas mangas que le cuelgan de las mejores sedas, y hace que las tres se abracen, mientras dice:

»—No he querido asustaros. Al contrario, no sabéis lo feliz que me hace ver tanto amor en esta casa, y veros felices a vosotras, que sois mi única compañía femenina entre tanto hombre bravucón. —Y se ríe, mientras las otras dos la miran con un poco de recelo—. Esto es justo lo que hace falta ahora, para que, cuando llegue Arturo, encuentre este hogar tal y como lo dejé, y vea que su familia es como un lago tranquilo en el que ni siquiera la piedra más grande y negra, lanzada desde lo más alto del cielo, es capaz de acabar con la calma.

»Y, según dice estas cosas tan raras, acerca sus mejillas a las de las otras dos, mientras las abraza más y más. Tanto las abraza que, de repente, se oye un grito muy fino y agudo, que devuelve a doña Leonor desde el mundo en el que estaba. Ha sido Paloma, que, pequeña entre las otras dos mujeres, pide perdón así:

»—Lo siento, tía. Ha pasado que, según me abrazaba usted, he sentido una electricidad muy grande recorrer todo mi cuerpo, así como si un rayo diminuto me sacudiese de golpe. Sería, sin duda, alguno de los alfileres que lleva Mamá Jazmina entre sus trapos, que por algún misterio de las ciencias ha causado una reacción inexplicable. Perdóneme por haber echado a perder este momento tan bonito. Siempre soy una tonta.

»Y, con estas palabras, se pierde al final del pasillo, mientras Mamá Jazmina y doña Leonor se miran la una a la otra, turbadas, como si también a ellas las hubiese sacudido un rayo frío y repentino.

Marifé había estado limpiando el polvo de las paredes del pasillo toda la tarde. Eran unos muros terribles, gruesos como se hacían antes, y por eso a Marifé siempre le había parecido que, cuando los golpeaba con el trapo, esos muros tan grandes eran como un monstruo gigante que ni se enteraba de que ella, como una mosca, le estaba dando golpecitos. Tenían, además, tendencia a estar siempre sucios y Marifé había asumido que su lucha era prácticamente simbólica, pues en cuestión de horas las paredes del pasillo volverían a tener el mismo polvo de siempre. Pero era polvo nuevo, y había en esa sensación un

cierto consuelo.

Lo que menos le gustaba de su piso era precisamente el pasillo. Hubo un tiempo en que Marifé siempre decía que, sin ser ella arquitecta ni saber nada de construcción, le parecía muy tonto que, siendo la casa tan pequeña, se dedicaran tantos metros a un espacio que no servía nada más que para ir de un sitio a otro. Eran costumbres de antes, las casas ya no se hacían así. Le parecía, a Marifé, que los arquitectos no pensaban en las personas que, como ella, se pasaban todo el día yendo de una habitación a otra. Estaba claro que esos hombres no sabían lo que era limpiar unas paredes tan largas.

Dejó los trapos del polvo por unos momentos y se fue al salón para volver a intentar llamar a Álvaro. Las primeras tres o cuatro veces no le había cogido el teléfono. Álvaro le tenía dicho que, si no lo cogía, no perdiera el tiempo insistiendo, porque ya le llamaría él cuando pudiera. Marifé odiaba sentirse como una pesada, pero ese día razonaba que había motivos suficientes para insistir. Quería decirle a su hijo que Roque estaba cada vez peor, y contarle la última trastada que le había hecho con el cable de la televisión. Marcó los números del teléfono móvil de Álvaro y escuchó con impaciencia cada uno de los pitidos. Los contaba. Sabía que después del quinto saldría el buzón de voz y no quería llegar hasta ese punto, para evitar que la compañía telefónica le cobrara la llamada inútil. Parecía que cada pitido sonaba más alto que el anterior. Eran, más que simples sonidos mecánicos, advertencias. Cuando oyó el quinto pitido, colgó el auricular.

Ya tenía los trapos del polvo en las manos cuando sonó el teléfono. Marifé los soltó rápidamente y voló por el pasillo hasta agarrar el auricular. Temía que, si no lo cogía, Álvaro no volviera a intentar la llamada. Por suerte llegó a tiempo.

—Álvaro, hijo.

—¿Por qué me has llamado tantas veces?

—¿Te he llamado muchas veces?

—Nueve llamadas perdidas.

—No me había dado cuenta de que fueran tantas.

—Una me sonó en plena reunión. Me pillaba el móvil lejos y no veas el lío hasta ponerlo en silencio.

—Ay, no sabía... Perdona.

—Pero está todo bien, ¿no?

—Sí, todo bien, como siempre. Aquí ya sabes que nunca pasa nada. Sin novedades. Vamos tirando.

—Pues entonces no entiendo que me llames sin parar.

—Era por hablar un poco.

—Cualquier día pasa algo de verdad y no te cojo pensando que no pasa nada.

—¿Tú cómo estás?

—Saliendo de una reunión y ahora entro en otra.

—Bueno, hay que trabajar.

—¿Cómo?

—Que digo que si estás bien en el trabajo.

—No te oigo bien, estoy en medio de la calle.

—No pasa nada, yo sí que te oigo.

—Tengo mucha prisa, pero ya te llamaré.

—Sí, llámame cuando tengas un momento.

—Venga. Pues te llamaré. Hablamos.

—Adiós, hijo.

Marifé colgó el teléfono suavemente. Lo hacía siempre que hablaba con su hijo, como si dentro del auricular pudiera quedar algo de su voz que se fuera a romper si no colgaba con cuidado. Buscó por el suelo los trapos, no se acordaba de dónde los había soltado con las prisas. Los encontró y volvió a las paredes del pasillo. ¿Sería posible? Ya estaban otra vez llenas de polvo.

Deseos infantiles

—Es una casa oscura, marronácea y emporquecida. Tan diferente a lo que se ha visto hasta ahora que podría crear confusión y hacer pensar que se está viendo otra serie o que se ha equivocado de canal de televisión. Incluso la luz y los colores han cambiado, porque ahora todo es gris y apagado. De los techos cuelgan el ciento y la madre de aparatos, cuchillos la mayoría, y serruchos y martillos. También se ve una hoz, y metales de todas las formas. Al fondo se ve un rinconcito que hace de cocina, con muy pocos muebles y menos bártulos. Al lado de la cocina está una cama de sábanas que debieron de ser blancas, pero que están tan envejecidas que parecen sucias. Y, al lado de esta cama, otro lecho mucho más pequeñito, casi como una cuna de bebé que se ha aprovechado demasiado tiempo. Todo esto está iluminado por una luz rojiza que parece de chimenea, pero que en seguida se ve que viene de un horno porque resulta que hay una fundición, y un hombre bellissimo de melenas rubias que trabaja el acero. Los golpes en la yunta son fuertes, porque este hombre es como un animal de hermoso y fornido, y cada músculo se le ve claro y rutilante como si fuese un hércules. Tiene, además, unos bigotes espesos y dorados como si estuviesen quemados de tanto acercarse a los fuegos. De ropa, solo lleva un mono que deja al aire todo su torso y sus hombros, y sus brazos largos como aspas de molino y repletos de venas por las que se ven correr fuerzas bravías. Hay una niña que juega cerca, porque todo es la misma habitación, y esta niña no se inquieta por el ruido de tanto golpe. Es una delicia de criaturita, tan bonita que parece un pastel. Distraída con sus muñequitas, la niña pasea por ese infierno como si nada la molestase, pero entonces se oye el galope de un caballo que se acerca y este hombre tan bravo le pide a la niña que salga a jugar a la calle porque su padre, que es él,

tiene una visita muy importante.

»—¿Y quién es esa visita tan importante? —pregunta la chiquilla, adorable.

»—No te preocupes, anda a jugar —le dice el padre. Pero es evidente que él sí que está preocupado por la llegada de ese visitante.

»—Ya sé quién es, es el señor Monedas.

»Al padre le hace mucha gracia esta ocurrencia y se lleva el dedo índice a la boca, porque está claro que es un nombre secreto que tienen en la familia para este señor. Entonces se agacha para dar un beso a su hija en la mejilla, y cuando se lo ha dado hace el amago de acariciarla para limpiar una mancha de tizne que le ha dejado, y nada más tocarla, la chiquilla da un grito:

»—¡Ten cuidado! Me has raspado con tus manos duras y llenas de callos — se lamenta la muchachita.

»El padre vuelve a reírse con las palabras de la niña, que son tan saladas y dichas con mucha gracia, solo que esta vez su sonrisa es también triste, por la pena de haber hecho daño a su hija con sus caricias, y la obliga a que salga inmediatamente porque el señor Monedas está a punto de llegar. La criatura se va con su muñequita, pero en vez de salir a la calle se queda detrás de la puerta escondida. Ve entrar a un señor muy trajeado que va con un maletín y tiene unos bigotes muy diferentes a los del padre, porque estos son muy cuidados y empingorotados. Todas las ropas son de otra época, y esto se nota sobre todo cuando entra la esposa del herrero y madre de la niña (con mandiles y un traje que debió de ser de vuelos, pero que ya es añejo y aplastado) y ofrece un refrigerio al señor del maletín. La niña espía todo esto abrazada a su muñeca, que es sucia y fea y contrasta con la cara de ángel de la chiquilla, y con sus cabellos preciosos, pero descuidados, a los que unos tirabuzones les vendrían como agüita de mayo. La pobrecilla se muerde los labios de la preocupación que tiene. Aunque no se oye lo que hablan los adultos, está claro que son noticias desastrosas para la familia del herrero, por los gestos que pone y por su mirada de preocupación. El señor del maletín hace un amago de beber el refrigerio que le han ofrecido, pero se ve claramente que le da asco hasta el vaso que lo contiene, y, después de más palabras inaudibles, abandona la casucha sin tocar su bebida. A la salida, saluda a la niña:

»—Pero qué criaturita tan rica. Se ve que eres muy buena niña, ¿a que sí?

»La niña asiente con la cabeza, y el señor continúa:

»—¿Tú sabes quién soy yo?

»—Claro que lo sé. ¡El señor Monedas! Y cada vez que viene mi padre

tiene que darle a usted muchas monedas.

»El señor se ríe y le da unos caramelos, que ella acepta con mucha educación, pero sin ser capaz de soltar una sonrisa. En cuanto el señor se sube a su caballo y se aleja por el bosque que rodea la casucha, la niña vuelve a espiar desde la puerta y ve a su madre dar un beso en la frente del padre; es un beso de consuelo, de apoyo en la derrota, un beso sin palabras, pero lleno de sentido y resignación. La niña entiende el sufrimiento de los padres, y, conmovida, echa a correr por el bosque, abrazada siempre a su muñeca. Cuando llega a un recoveco muy tranquilo, cercado por árboles en flor, rompe a gritar con esos llantos desesperados que solo tienen los niños. Entonces abraza a su muñeca con más fuerza que nunca, y le dice:

»—Yo no quiero ser tan pobre, ni vivir en esa casucha vieja y horrible, ni que mi padre pase más miserias y tenga que trabajar tanto y tenga las manos siempre llenas de callos y quemaduras. Ojalá se muera el señor Monedas, ojalá desaparezca de nuestras vidas y no lo veamos nunca más.

»Y, mientras dice esto, tira los caramelos a un charco de barro, y acaba por caer ella misma, entre pataleos y más llantos. Rendida por su propio griterío y su pena, se queda dormida, abrazada a su muñeca, las dos completamente embarradas. Entonces todo está oscuro, y se oyen unas voces de fondo. Se hace la luz, que quiere decir que la niña ha abierto los ojos, y las voces que se oían lejanas son ahora claras: es el señor de los músculos hermosos y los bigotes dorados, el padre herrero de la niña, que la está llamando. La busca por el bosque y, cuando por fin la ve, la abraza con todas las fuerzas de sus brazos de estatua de dioses y le dice así:

»—Hija mía, mi Leonor, alma de mi vida, llevo toda la tarde y toda la noche buscándote. Vamos pronto a casa. El señor Emaús, o señor Monedas como tú lo llamas, se ha caído de su caballito al poco de abandonar nuestra casa. Sus hijos han venido inmediatamente a pedirme ayuda, pero por más que hemos corrido no hemos podido salvarlo y ha muerto antes de que llegásemos a casa del doctor. Su mujer, que siempre ha sido tan recta, se ha conmovido al ver nuestra buena fe y nuestra intención honrada, y ha ordenado de inmediato que se recuperen los contratos anulados y nos vayamos a vivir a su casa de las eras, y que yo sea el capataz principal. Mi niña, Leonorilla mía, el tesoro que más quiero, ya verás como a partir de ahora tu papá te va a llenar de besos todos los días, y de caricias y cosquillas, porque nunca más mis dedos van a estar encallecidos, ni mis manos van a ser zarpas que lijén tu cara. Vamos corriendo, que tu madre nos espera, vámonos de aquí, mi alma, mi vida entera.

»Y la coge en brazos camino de su casa, dándole mil besos por todas partes. Cuando ya van a abandonar el recoveco de los árboles en flor, el padre observa que la muñeca se ha quedado en el charco de barro, toda enfangada, y le dice a su hija que no se olvide de ella. Pero la pequeña Leonor, con una mueca que más parece de una vieja que de alguien de su edad, dice muy tranquila:

»—Descuida, papaíto, es una muñeca fea y vieja, que ha sido muy mala. Pronto, cuando encuentre tiempo, buscaré otra más bonita, con los tirabuzones más esponjosos del mundo, y un vestido tan lleno de encajes y tan bien bordado que todo el que la vea dirá que no se sabe bien si es más linda la muñeca o la niña que la lleva.

»—¿Y me dejarás jugar con esa muñeca? —va y le pregunta el padre.

»—Sí, papaíto, pero solo a ti, que eres el padre más guapo del mundo, y a nadie más, porque esa muñeca será solo mía.

»Y, así, con más besos y más risas, desaparecen por el bosque.

Cuando nació Roque, Marifé tenía ya ocho años. Había pedido un hermanito muchas veces y le había parecido entender que sus padres no es que no quisieran, sino que no podían dárselo. La niña Marifé pensaba que sería porque a lo mejor no había dinero suficiente, pero luego se fijaba en las otras familias del pueblo, más pobres que ellos, y veía que las niñas de su edad tenían hasta cinco y seis hermanos, así que dedujo que el problema no era de dinero, sino de que algo no iba bien en los cuerpos de sus padres. Cuando por fin le dijeron la noticia inesperada de que pronto se convertiría en una hermana mayor, apenas tuvo tiempo para disfrutar de esa nueva felicidad, porque venía acompañada de la noticia de que su madre estaba muy débil. Es decir, más débil de lo que normalmente estaba. El padre de Marifé le dijo que tenía que ayudarlo mucho a cuidar de su madre y del niño que iba a venir. Esa conversación no hacía falta, porque Marifé siempre había cuidado de su madre.

Entonces no había los conocimientos de ahora, y menos en los pueblos. Al morir la madre en el parto y nacer el niño tan mal, se pensó que el bebé no iba a durar mucho. Por eso Roque no estuvo empadronado hasta más de dos meses después de haber nacido, y ahora tiene dos cumpleaños que celebrar. En aquella época, el padre de Marifé no estaba para pensar en cuestiones como

registrar a su hijo, ni lo volvería a estar nunca. Para ser un niño enfermo, Roque estaba lleno de energía, que siempre sacaba cuando los demás menos tenían. Marifé inventaba mil estrategias para tener a su hermanito siempre bajo control. Por ejemplo, como sabía que era muy vergonzoso, lo tenía todo el día en calzoncillos para que no se escapara a la calle. Para que comiera mucho huevo, como le había dicho el médico, se inventó que una de cada cien veces que una gallina ponía salía un huevo de chocolate, pero que solo funcionaba si un niño se comía los noventa y nueve huevos primeros. De vez en cuando, daba a Roque un huevo de chocolate, como recompensa, pero sobre todo para mantener su artimaña. Cuando Roque tuvo que guardar reposo por primera vez, Marifé ya tenía trece años. Con unas maderas viejas y un bote de pintura negra hizo una pizarra y se inventó un colegio en su propia habitación. Cada tarde jugaban a las escuelitas y es por eso que Roque aprendió a leer y escribir a la vez que los otros niños del pueblo que habían nacido en su año. A Marifé le dolía mucho cuando los médicos insistían en que su hermano tenía una capacidad intelectual limitada, y cada vez que oía esas palabras se las apropiaba y las transformaba en un reto personal.

Roque llegó a saber multiplicar y dividir, pero, de no usarlo, se le olvidó. Como le pasa a tanta gente. Durante mucho tiempo, Marifé estuvo muy orgullosa de la caligrafía de su hermano, idéntica a la de ella. Le parecía que, de todas las enseñanzas que ella aprendía en su escuela de verdad, ninguna era tan importante como la de que cada palabra se viera bonita. Y todavía, cuando apuntaba algo, se esmeraba por que cada trazo estuviera cuidado. Gracias a esa caligrafía, pensaba Marifé, Roque había conseguido su pequeño trabajo de distribuidor de cupones de los ciegos, entre los vendedores del barrio.

Se estaba acordando Marifé esa mañana de cómo cuando, teniendo Álvaro tres años, fueron los cuatro a la playa. Fue la primera vez que el niño vio el mar. La felicidad extrema que sintió el pequeño cuando llegó a la orilla solo la puede saber quien recuerde cómo fue su primera vez frente al mar, pues no hay para los humanos una experiencia igual. Sin embargo, Roque, asustadizo siempre, no se atrevió a poner un pie en el agua y pasó toda la tarde sentado bajo la sombrilla. El marido, en los recuerdos de Marifé, echaba la siesta. Marifé se veía a sí misma con su hijo en brazos, poniendo su mano bajo la barriguita para ayudarlo a flotar y dándole las primeras instrucciones para que aprendiera a nadar. Su cuerpo, tan parecido todavía al de un bebé, era pura indefensión ante las olas. Álvaro disfrutaba de cada movimiento con un éxtasis que transmitía a Marifé, y que ella aceptaba gustosa. Las olas no eran grandes,

pero la resaca los apartaba de su sombrilla en cuestión de segundos. Marifé se abrazaba a su niño, sin dejar de mirar adonde estaba Roque. Le daba pena que su hermano nunca hubiera aprendido a nadar, y sentía en cierto modo que, enseñando al niño, compensaba por no haber podido hacerlo con el hermano. Acariciaba la cara de Álvaro para limpiarle el agua que le entraba en los ojos, y tenía que aguantarse pequeños ataques de risa cuando el pobrecito tragaba agua sin querer y ponía las expresiones más graciosas. Disfrutaba del contacto de la piel nueva junto a su cuerpo, tan suave, tan llena de pliegues rechonchos, resbaladiza por el agua salada, y Álvaro, en comunión con la madre, disfrutaba las mismas sensaciones.

Marifé miró a la sombrilla y se sorprendió de estar de repente tan alejada. Pero lo que más le sorprendió fue ver que Roque no estaba. Atrapando al niño en su costado, con un solo brazo, Marifé corrió fuera del agua. El marido, dormido, no se enteraba de nada. Marifé miraba por todas partes, pero Roque no estaba. Había pocas familias, distribuidas a lo largo de la inmensa playa, pero Roque no se veía entre ninguna de ellas. Miró entonces hacia el mar. A su derecha, lejos, le pareció ver a alguien que podía ser Roque. Marifé temblaba de miedo. Era Roque y se estaba metiendo en el agua, que ya le llegaba por los hombros. Marifé se temía que ocurriese lo peor, y así fue. Acelerado por el miedo, Roque comenzó a sentir uno de sus ataques. Álvaro pesaba hasta dolerle, así que lo soltó al suelo, sin pensarlo mucho. Marifé corrió a su sombrilla para coger las pastillas del hermano. Sin tiempo para razonar, salió corriendo hacia donde estaba Roque. Corría sin dejar de oír los llantos del niño, que, aunque la angustiaban, eran también tranquilizadores, porque le indicaban que su hijo no se movía de donde estaba.

El caos que siguió se mezclaba en los recuerdos de Marifé. Los espasmos incesantes y la dificultad de darle las pastillas dentro del agua. La ayuda torpe de otros veraneantes, que tardaron en llegar. Álvaro, que en la distancia se veía aún como un bebé, reprochándole el abandono con el lenguaje de su llanto, mientras ella agarraba a Roque del brazo. El día se había estropeado y ya no se pudo volver a meter en el agua con tranquilidad. Ella y el niño jugaron en la arena haciendo grandes mansiones, mientras los dos hombres dormían. El niño la perdonó pronto, entretenido buscando piedras blancas para incrustarlas en las paredes de la mansión de arena. En algún momento del juego, Marifé pensó que sin duda lo que había ocurrido esa tarde se repetiría muchas veces más a lo largo de su vida. Había entendido que estaba condenada a verse en aprietos que la obligarían a elegir entre distintos males,

mayores y menores, y que, con cada una de esas decisiones, el sacrificio más grande siempre sería el suyo.

En esos recuerdos estaba cuando Roque empezó a gritarle desde la cocina. Tenía hambre y Marifé todavía no le había servido su cena.

Un mensaje envenenado

—De vuelta a la mansión, con sus lámparas deslumbrantes y sus alfombras que parecen piezas de museo. Allí está otra vez el señor Maldonado, el socio de Leopoldo Padre, que fue invitado al cumpleaños de doña Leonor la noche que al señor le dio el yuyu. Es un hombre muy mayor ya y solamente tiene una pierna, pero para nada es un viejo enclenque. Al contrario, es ágil como un pajarito y emplea su bastón mejor que si fuese su propia pierna. Cuando está sentado, lo agarra fuerte y lo usa como si fuese un brazo enorme con el que apunta a los demás mientras les habla, e incluso le sirve para rascarse su calvorota y atusarse sus barbas blancas.

»Pues ahora está en el despacho de Leopoldo María hijo, que es una habitación cubierta toda de madera, que da al salón principal de la casa. Hablan los dos de negocios, de que si parece que unas cuentas no salen y faltan unos papeles. Maldonado está preocupado, y así se lo hace saber a Leopoldo María hijo, que aparenta calma y le dice al viejete que no se preocupe tanto y que todo son problemas circunstanciales (esta palabra la dice varias veces), y que todo está en sus manos y no hay nada que temer. El joven habla con sonrisas, mientras fuma y bebe, pero el otro va ofuscándose cada vez más. Rechaza una copa que le ofrece Leopoldo María, al que llama “ahijado”, y le dice que él no lo ve tan claro y que le gustaría que le diese no sé qué archivos y documentos. Leopoldo María sigue tomándose todo con calma, incluso a guasa, y le dice:

»—Padrino, usted siempre tiene que estar con algún comecome. Ya le digo yo que no hay nada que temer y que de lo que usted me habla son baches circunstanciales que estarán resueltos en breve.

»El ahijado apura de un trago su copa, la copa que le ha ofrecido a su

padrino, pero que este ha rechazado, y además se sirve otra más, que también apura de inmediato. Maldonado lo observa con tensión y acaba por estallar, lleno de una ira inesperada.

»—Mira, Leopoldito. Tal vez en esta familia faltan personas que hablen claro, pero desde luego no soy yo hombre de medias palabras. Si los demás no se atreven a decírtelo, yo sí: bebes demasiado, tu comportamiento es irresponsable. Cuanto tu padre y yo teníamos tu edad, ya habíamos levantado esta empresa que pronto pasará a tus manos, y mucho me temo que, de seguir así las cosas, todo el esfuerzo de un hombre honrado acabará en la basura. Tu comportamiento inconsciente acabará con el imperio familiar si alguien no interviene para remediarlo.

»Leopoldo María no responde a estas palabras con calma, porque se ve que el alcohol lo tiene trastocado, y se enfrenta a su padrino con el mismo nivel de ira.

»—¿Inconsciente, yo? No precisamente. Más bien es usted el que no es consciente de que el mundo está cambiando. Y el primer cambio ha sido el traspaso de poder de mi padre a mí, ¿se entera? Ahora soy yo el que tengo poder para tomar decisiones. Decisiones como por ejemplo prescindir de quien considere un estorbo. De hecho, ya que ha sacado usted el tema, aprovecho para confesarle que me estoy planteando renovar la sangre de la empresa familiar. —Y remarca la palabra “familiar”, con toda la intención.

»En estos momentos, se ve que doña Leonor pasa por el salón y oye los gritos que salen del despacho de Leopoldo María. Se acerca a la puerta y oye la réplica del señor Maldonado, que ahora está repentinamente calmado y dice, sin dejar de mover su bastón:

»—No esperaba yo, ahijado mío, estas palabrerías de tu boca, ni este desagradecimiento que, por ser tan ruin, es más una traición que un desaire. Olvidaré tu retahíla envenenada, como olvidaré los comentarios que me llegan acerca de tus compañías desafortunadas y de tus amistades peligrosas, y querré pensar que no eres tú el que habla sino el demonio de la bebida que te ha poseído por dentro. Pero no seré tan tonto para pensar que lo que te voy a decir se te olvidará mañana, así que escúchame bien porque no quiero repetir estas palabras nunca más, y menos bajo estos techos que se construyeron también con mi esfuerzo y sacrificio, y la lealtad de tantas décadas al lado de tu padre. Escucha: no me tomes por un viejo inútil ni por un estorbo lleno de manías. Harás bien en considerar mis palabras y darme los archivos que te pido, y en recordar que mi trabajo es el de un amigo fiel, pero también el de un

vigilante poderoso. Piensa en mí, más que como en un apéndice molesto de tu padre, como en el guardián de los secretos pesados, el maestro de las llaves que todo lo abren, el carcelero de las cámaras que no se deben abrir y el hechicero sabio que custodia las fórmulas ocultas de esta familia.

»Doña Leonor, aterrada por estas palabras, irrumpe en el despacho con una sonrisa falsa, pero muy eficaz, que hace que los dos hombres borren la tensión de sus caras y la disimulen con más sonrisas.

»—¡Maldonado! No te había oído llegar. Por favor, quédate para un té. Pido a Jazmina que lo prepare inmediatamente.

»—No te molestes, Leonor. Es una visita breve. Ya he hecho todo lo que tenía que hacer y dicho todo lo que tenía que decir. —Y besa su mano.

»Cuando ya va a salir, Leopoldo María le despide con dos besos y le habla así:

»—Padrino mío, hay que ver cómo los años le pesan: ¿pues no me ha dicho que quería unos archivos y que era cuestión indispensable llevárselos hoy para una revisión? ¿No he estado yo toda la mañana preparándolos y revisándolos para tenerlos listos para usted? No se los olvide, que aquí en la mesa los tengo dispuestos, y no vaya a dejarlos extraviados en el coche ni en ninguna otra parte. Y venga usted mañana, o cuando mejor le tercie, para seguir debatiendo las propuestas que usted guste.

»A la salida del viejo, doña Leonor mira a su hijo con dureza, como se mira al delator que ha revelado un secreto, o al embustero que se ha arriesgado con una mentira vulgar, pero la mujer es incapaz de articular palabra. Y, cuando parece que va a hablar a su hijo, su mirada dura cambia de dirección y se pierde entre la mesa del despacho. Allí, entre el caos de los archivos, como si flotase sobre un mar de documentos en el que cada papel es una ola blanca, se levanta erguido el retrato de Arturo que la señora había estado buscando por toda la casa.

—Pues como siempre, ¿cómo quieres que esté?

—¿Te estarás abrigando? Ya empieza a meterse el frío.

—Sí. Si me da frío, me abrigo.

—Estarás comiendo bien.

—Sí.

—¿Te tomas los sobres?

—No me tomo los sobres desde hace por lo menos cinco años.
—Pues son muy buenos. Tu abuelo era de estómago delicado y tú saliste a él.
—Qué pesada siempre con los sobres.
—Solo digo que mal no te van a hacer.
—Bueno, ¿algo más?
—Yo por aquí como siempre. Bien.
—¿Y el tío Roque?
—Como siempre.
—Me alegro.
—A veces da su castigo, el hombre. Pero en general bien.
—Pues entonces estupendo.
—¿Y en el trabajo bien?
—En el trabajo nadie está bien.
—Pero la empresa va bien, ¿verdad?
—El sector entero va regular. Nosotros nos mantenemos.
—Tú siempre haz las cosas bien, que nadie pueda decir que no cumples con tu trabajo. Y que te valoren.
—Que sí...
—Vente un día a la casa.
—A ver si saco un hueco y me paso.
—Y te quedas a dormir.
—Ya veremos.
—Si me lo dices con tiempo, te preparo tupperes para que te los lleves.
—Las comidas las hago siempre fuera. Los tupperes que me das los acabo tirando porque se ponen malos.
—Alguno te comerás.
—Pero no hace falta que hagas nada. Cuando necesito algo, voy y lo compro. Para eso están las tiendas.
—En las tiendas no hay bizcochos como los que yo hago.
—...
—Ni guisillos. Guisos no se venden en las tiendas.
—Se vende de todo. Hay tiendas de comida casera preparada para llevar. Hacen hasta un potaje igual que el tuyo.
—Igual no puede ser.
—...
—Mañana es el cumpleaños de tu padre.

—Ah.

—Te lo digo por si se te olvidaba. Por si lo quieres llamar.

—Gracias, no me acordaba. Sí. Lo felicitaré.

—Por eso.

—Bueno. Entro a la reunión. Un beso.

—Un beso, hijo. Ten cuidado. Y abrígate que este año el frío es traicionero. Sobre todo tápate el cuello, que es por donde entra más rápido el frío, sin que nos demos cuenta, y en un momento has cogido un catarro, especialmente por las noches y cuando se va el sol, que se mete el frío en un santiamén. El cuello y las manos, las muñecas y los tobillos. Y tápate bien por las noches, que bajan mucho las temperaturas. Y los sobres, no dejes de tomarlos, que aunque no te des cuenta hacen un efecto muy bueno y te ahorras disgustos, que los dolores de estómago son muy malos. Y si encuentras un hueco te pasas cuando puedas, que yo estoy aquí siempre.

Pero Álvaro ya había colgado el teléfono y Marifé no supo cuántas de sus palabras no las había oído nadie más que ella.

El lugar del que nunca debió irse

—La luz es, por supuesto, roja y barata, como las paredes. Las lamparitas que cuelgan tienen ribeteados viejos y sucios, como los sofás, las alfombras y todo lo que hay en esa casa. Solo se ve una habitación principal, que es la sala de recibimiento, y un pasillo que sale de esa sala y que debe de tener muchos dormitorios pequeños. De fondo se oyen risas, susurros, voces que llegan de vez en cuando, de caballeros y jovencitas. En el sofá de esta sala está sentado Leopoldo María hijo. Aunque siempre se lo ha presentado como al más feo de los hermanos, visto allí, con esa luz rojiza iluminándole el pecho que no esconde su camisa entreabierta, lo que se descubre es que es el menos agraciado de los hermanos, sí, pero por eliminación, pues bien merece unos cuantos piropos. Sus cabellos son rizados, y en esto es él el único de la familia. Su piel es también diferente a la de los demás, más morena y tersa, con pinta de ser dura como el cuero. La nariz es imperfecta, pero precisamente por esto es más interesante; es verdad que es aguileña y que le da aspecto de malvado, pero, así tumbado, con ese juego de sombras y luces cobrizas, podría ser también la nariz de un emperador en algún retrato de museo. Las cejas son pobladas y sobresalen por encima de los otros rasgos porque crecen sobre dos montículos huesudos y primitivos. Sus piernas, de tan largas, parecen interminables, pero proporcionadas con su cuerpo colosal y sus brazos como remos. Tumbado en ese sofá, se ve también que no son piernas robustas, más bien al contrario: no ha debido de correr mucho este muchacho en su vida, ni arrastrar pesos. Un último detalle: en su oreja izquierda lleva un pendiente, una figura de ocho lados que brilla allá donde esté y por la que su madre le está regañando siempre, como si fuera un niño que no ha terminado de crecer.

»Pide a voces y de malas maneras que le llenen la copa que tiene en sus manos, con güisqui solo, y rápidamente llega una chica a servírsela, a la que llaman Marilú. Mejor no entrar en detalles con esta muchacha, por ahora bastará con señalar que no hay lugar a dudas de lo hermosa que es, porque solo lleva puesto un conjunto de lencería tan minúsculo que eso y llevar nada son la misma cosa. La tal Marilú no solo rellena la copa hasta bien arriba, sino que se sienta sobre las rodillas de Leopoldo María y le susurra al oído primero, y le lame la cara después. Ni que decir tiene que él se deja encantado, mientras le acaricia las pantorrillas y le da bocados en su hombro. Marilú empuja con descaro la copa de Leopoldo María para que se la apure bien, y se la vuelve a llenar hasta rebosar. Y cuando más tontos están y más se acarician, Leopoldo María dice que se vayan rápidamente a una de las habitaciones, que todavía tienen tiempo, aunque sea rápido. Y Marilú, entonces, hace como que se enfurruña, se cruza de brazos y, con una voz como si fuese una niña pequeña, le dice:

»—Leo, todavía me harás enfadar. ¿No habíamos quedado en que hoy no iba a poder ser, porque Rufo va a llegar antes de lo habitual? Más nos conviene dejarlo aquí, y que te vuelvas a tu casa ahora mismo. Además, ¿no me habías dicho que mañana va a llegar tu hermano Arturo y que quieres estar presentable? Pues más te vale ir arreglándote ya y marcharte para tu casa, que aquí me quedaré yo con las muchachas, esperando a Rufo. Y te prometo que seré muy buena y me portaré como una señorita. Y, una cosa, antes de irte, hazme el favor de ser generosillo con tu Marilú y llenarla con un poquito de gasolina para que no ande apurada. ¿Nada más? ¿Y con esto quieres que me conforme? No me seas así, y pon otro azul encima de este verde, que sabes que soy buena y me lo tengo ganado.

»Y Leopoldo, el bobo, se le lanza sobre ella comiéndosela a besos mientras saca dinero de su bolsillo y se lo echa por encima a la chica, y tantos besos y tanto dinero le da que acaba por besar los mismos billetes, y con esto ríen mucho los dos.

»A todo esto, en el salón de la mansión se ha montado la marimorena. En la parte más alta de la sala, que es una zona entarimada con unas ventanas francesas que dan a los jardines, doña Leonor sostiene abrazado el retrato enmarcado de Arturo mientras observa en silencio a los mellizos, a Paloma y a Mamá Jazmina, que están de pie enfilados como unos soldados que esperan la reprimenda del sargento. Pero doña Leonor no habla, solo sostiene la mirada y mueve la mandíbula como si mascullara veneno. Entonces les dice:

»—Sabéis que he pasado largas horas buscando el retrato de Arturo, que desapareció de mi habitación de una forma que todavía se me escapa. Cuando lo encontré en el despacho de Leopoldo María le pregunté que cómo había ido a parar allá, y no supo responderme. Juró y perjuró que él no lo había cogido y que ni siquiera se había dado cuenta de que el retrato había estado en su propia mesa, al menos, toda una mañana. Y lo creí porque es mi hijo y conozco sus defectos, pero sé que no es mentiroso con su madre. Quiero que me digáis quién es el responsable de esta broma tan poco divertida para que todos olvidemos este incidente cuanto antes.

»El silencio entonces es tremendo. Los mellizos se miran el uno al otro, y Paloma baja la mirada. Mamá Jazmina se agarra de sus faldas, y doña Leonor, para sobresalto de todos, grita:

»—¡Hablad ahora!

»Será por lo repentino de la orden, o por el mismo susto, que Paloma y Mamá Jazmina gritan al mismo tiempo:

»—¡Fui yo!

»Y la cara de doña Leonor es un poema que expresa impaciencia, rabia y hartura todo en uno.

»Mamá Jazmina se apresura a decir:

»—¡Yo soy la única responsable! Estaba limpiando, me equivoqué, y por error el retrato fue a parar a la oficina del señorito Leopoldo María.

»Pero Paloma no se da por vencida, y la interrumpe rápidamente.

»—No. La culpable soy yo. Me dio un arrebató de curiosidad por ver una foto de Arturo y luego me dejé olvidado el retrato en la oficina de Leopoldo María, en un descuido.

»Los mellizos siguen perplejos, preocupados por ver cuál será la reacción de la madre ante unas explicaciones tan increíbles, y cuando parece que la loba va a saltar desesperada, se oyen unos porrazos en las puertas y unos golpes tremendos que pasan a todos. Cuando se giran ven a Leopoldo María hijo entrar borracho como una cuba, prácticamente dando tumbos, agarrándose de las cortinas. Tan borracho anda, tanto arrastra los pies por el suelo, que parece que más que bebido anda atontado.

»Mamá Jazmina corre a ayudarlo, y Paloma, con más miedo que vergüenza, moja unos trapos y se los pone en la frente mientras los gemelos lo tumban en el sofá. Doña Leonor, seca como una estatua, observa todo desde la parte entarimada, como el general de las películas de guerra que contempla con unos prismáticos cómo sus soldados mueren en el frente. La señora ni parpadea,

ningún músculo de su cara se mueve, pero sus mandíbulas están apretadas con las fuerzas de un diablo.

»Aunque todos intentan calmarlo, Leopoldo María sigue como un poseso, revolcándose en el sofá y medio desnudo. Con la mirada perdida, observa a cada uno de los que le rodean, y, cuando los ha observado bien a cada uno de ellos, los ojos se le quedan en blanco primero y después le hacen chiribitas, hasta que pierde el conocimiento y cae al suelo como si fuese una marioneta a la que le cortan los hilos.

»Doña Leonor parece despertar aquí de su ensimismamiento y corre veloz al centro del salón, donde están todos muy nerviosos, sobre todo Paloma y Mamá Jazmina, que lloran y gritan asustadas. Pero doña Leonor no tiene tiempo de llegar a ellos porque se han abierto las puertas de la mansión y un hombre apuesto como él solo se abre paso, tranquilo, quedo, sin percatarse de lo que ocurre dentro. Es una presencia poderosa, como si en vez de entrar una persona estuviera entrando un emperador. Doña Leonor se lleva las manos a la altura de los ojos, en un gesto que es de sorpresa y felicidad, pero también de terror, mientras grita casi sin fuerzas:

»—Arturo, hijo mío, ¡por fin has llegado!

Marifé tenía delante muchas monedas, casi todas céntimos. También la cartilla del banco y algún billete suelto. Aprovechaba que Roque estaba dormido para contar los ahorros que había estado rebuscando esa tarde. En una libretita hacía operaciones matemáticas. En unos días recibiría la pequeña paga de Roque, que, sumada a la suya, tendría que servirle para terminar el mes. Repetía varias operaciones, sumas y restas, sin cansarse, esperando que, en alguna de las ocasiones, cuadraran por fin las cuentas. Lejos de desanimarse, iba apuntando en la esquina inferior de la libreta algunos números. Significaban el dinero que esperaba ahorrar si conseguía recortar ciertos gastos. Por ejemplo, comprando más pollo, que, además de ser la carne más barata, era la que estaba más buena. También podría aprovechar y quitarse el café de las tardes, ahora que los científicos decían que el café no era bueno, aunque antes hubieran dicho que sí que lo era. Podría ahorrar en el café por lo menos mientras los científicos no volvieran a decir que era bueno.

Las monedas y los billetes los había juntado hacía unas horas, antes de llamar al técnico. Se había quedado sin palabras cuando el señor al otro lado

del teléfono le había dicho que, para una avería tan tonta, no les merecía la pena desplazarse. Marifé no había pensado hasta ese momento que las averías se podían dividir entre tontas y listas, pero por supuesto no dijo nada para que el señor no pensara que la tonta era ella. El técnico, tras el silencio de Marifé, explicó que ellos solo arreglaban televisores y que un cable cortado lo podía arreglar cualquiera. Marifé no quiso herir el honor del trabajador, que aparentemente no quería verse rebajado de su categoría profesional, así que se despidió amablemente y colgó el teléfono. Por eso ahora apuntaba en la esquina de la libretita un número más, correspondiente a las monedas y billetes que había apartado para pagar la reparación del cable.

El cansancio en sus ojos le señalaba que llegaba la hora de desistir con las cuentas, y Marifé lo interpretó como una señal de que, por el momento, no había manera de que subieran los ahorros. Decidió dejar la tarea para el día siguiente. Otra más.

Marifé se levantó y fue al lado del televisor. La semioscuridad del salón hacía que el cable partido se semejara a dos culebras muertas y raquíticas. El trozo suelto, en forma de ese y con una cabeza de enchufe, parecía hasta mirarla, amenazante. Marifé se arrodilló. Cogió con cada mano un lado del cable cortado y se quedó mirándolos fijamente. Si tenía que creer al técnico del teléfono, la operación no podía ser muy difícil. Bastaba con raspar un poco el plástico de ambas puntas y después unir los hilillos. Estaba dispuesta a hacerlo cuando el sonido de la cerradura la asustó. ¿Qué hora sería? Nadie había entrado en su casa a esas horas desde hacía muchísimo tiempo, ¿años? Podía ser un ladrón, pero, claro, los ladrones no tienen llaves. ¿Y si era Luisa? Pero eso era una tontería, Luisa no tenía llaves de la casa. Marifé se levantó y se dirigió al pasillo, sin soltar el trozo de cable cortado. Lo apretaba como si fuera la única arma posible con la que podría enfrentarse al intruso. Al fondo, vio cómo se abría la puerta. Su rostro cambió rapidísimo. Pasó del terror a la felicidad más absoluta.

—¡Álvaro! ¡Hijo!

El hijo pródigo

—Arturo es el más alto de los hermanos, y el que más anchas y hermosas tiene las espaldas. La noche en que apareció por las puertas de la mansión vestía de blanco puro, tan claro como oscuros son sus cabellos, que van siempre tan repeinados que parece que su flequillo, más que una mata hermosa de pelo, está dibujado sobre la frente. ¿La nariz?: no se ha visto mejor en estatua alguna, y lo mismo se puede decir de sus pómulos macizos, de su barbilla recta y de su frente plana y limpia como la de un chiquillo. Sus ojos son hermosos, llenos de color negro intenso, y su mentón, tan bien hecho que más que humano parece mecánico. Sus andares son apuestos y de elegantes que son parece que el aire se aparta de su lado cuando camina. Todo en él es suave al mismo tiempo que decidido, desde la forma en que mueve los ojos hasta el modo en que acepta una bebida caliente que le ofrece Mamá Jazmina. Se mueve despacio, pero con fuerza, prudente, pero resolutivo. Y luego está su voz: grave, llena de principio a fin, tan embelesadora que hace a los demás detestar los silencios que la interrumpen, y pensar que así más o menos debía de ser la voz de un dios.

»En su habitación, Arturo recibe primero a Leopoldo María hijo.

»—Hermano, no sabes cómo me avergüenzo del recibimiento de ayer. No merecías tan mala bienvenida después de tantos años fuera.

»—No tienes por qué avergonzarte. Podría pasarle a cualquiera. Pero sí quiero que sepas que tienes mi ayuda de hermano para lo que necesites, siempre. ¿Hay algo de lo que me tenga que preocupar?

»—¡Arturo! Pues claro que no. Lo que pasó es que estaba tan emocionado por tu llegada que salí a celebrarlo con unos amigos y se me fue un poco de la mano. Pero te prometo que nunca más me volverás a ver en ese estado tan

desastroso. Soy un hombre respetable. —Y, como queriendo quitar hierro a la situación, continúa—: Además, ¡que el hermano mayor soy yo! Me corresponde a mí preocuparme por ti. —Y lo abraza fuertemente.

»Arturo lo observa unos instantes en los que parece vacilar, y, seguidamente, lanza una sonrisa como quien despliega un abanico, y no una sonrisa cualquiera sino la más hermosa que imaginarse pueda, con esos dientes perfectos como escudos recién pulidos, y agarra fuertemente a su hermano mayor para acercárselo una vez más. Los dos hombretones se funden en un abrazo, y se ve que la cara de Arturo es la de un joven que, no por serlo, no es maduro, y que sabe bien que su hermano acaba de adornarle la realidad con una mentira piadosa.

»Luego se ve a doña Leonor en su habitación divina, mirando a través de sus ventanales a las fincas mientras se agarra a los cortinones, que es algo que le gusta mucho hacer a la gente de esta familia, por lo que se ve. Se oye llamar a la puerta y entra Arturo, otra vez con esa sonrisa que deja muerto de un revés a cualquiera que tenga la suerte de presenciarse. La madre le invita a pasar toda llena de emoción y contenta como no se la había visto nunca. Le acerca una silla y lo invita a sentarse. Aquí Arturo se desabrocha un botón de la camisa, que deja ver, aunque bien poco, su pecho, que más que de piel parece de bronce.

»—Hijo mío, ¿cómo es que has llegado así, sin avisar? Me hubiera gustado haberte preparado un buen recibimiento.

»—Tuve que adelantar mi vuelo, y me atrajo la idea de daros una sorpresa después de tanto tiempo.

»—Has hecho muy bien. No hay que perder ni una oportunidad para estar con la familia. Y te prometo que te compensaré por ese momento tan violento de anoche, y por lo mal que me sentí después. Organizaré una fiesta por todo lo alto como corresponde a la ocasión.

»—No se preocupe, madre, que no quiero fiestas. Ya sabe que soy un muchacho tranquilo.

»—Sí, lo sé. Pero ese gusto no me lo puedes negar. Además, hace mucho que en esta casa no tenemos ninguna fiesta, ni nada que celebrar.

»—Pues, si tantas ganas tiene, y tan especial es, entonces no diré que no a esa fiesta. Por una madre se hace cualquier cosa.

»Y se acerca a ella con los ojos llenos de amor de hijo, y los dos aproximan sus rostros como nunca se haría en la vida real, es decir, mejilla con mejilla, pero da igual porque esto queda muy bonito cuando se ve, y la madre le dice:

»—Ay, hijo mío, si supieras lo que he ansiado tu retorno y lo largos que se me hacían los días esperándote.

»—Pues no desespere más, madre, que ya he vuelto, y con la intención de quedarme y estar junto a los míos.

»Doña Leonor suelta unas lagrimillas, y Arturo, para que se vea si es un sol o no lo es, la reprime con risas y achuchones y le dice que guarde sus lágrimas para los momentos tristes y se alegre por los momentos de felicidad que van a compartir desde ese momento. Y vuelta a sonreír, y vuelta a abrazarse, y vuelta a juntar las mejillas.

»Por la noche, Arturo está tomando el fresco en el porche de la mansión. Aunque no se ve el cielo, da la impresión de que es una noche oscura y cerrada, pues la única luz que le llega es la que viene desde dentro de la mansión. Se oyen solo los sonidos de los animales de las fincas. Búhos que ululan, cuervos que graznan, lobos que aúllan, y todos como un coro algo terrorífico. El muchacho está pensativo, porque bastante tiene el pobre después de un viaje de tantas horas con llegar a casa después de muchísimo tiempo y encontrárselo todo tan revuelto. Está ensimismado, con su mirada limpia perdida en el infinito de las tierras, cuando le parece oír unos crujidos de ramas y se gira y ve a Paloma, que se ha ido acercando sigilosa como si fuera un animal más. Arturo la recibe con otra de sus sonrisas magníficas.

»—Perdona, Arturo. No quise asustarte.

»—No te preocupes que no me has asustado. No me asusto fácilmente —le responde, galán.

»—No te quería molestar.

»—Al contrario. He estado tan ocupado todo el día deshaciendo el equipaje que apenas he tenido tiempo de estar con los demás y tenía muchas ganas de verte. Tan ocupado y tan cansado he estado que no he tenido tiempo de saludar a mi padre, porque el único momento en el que no me han tenido entretenido ha sido cuando mi padre estaba reposando. Pero pienso ir a verlo a su habitación mañana, ¿me acompañarías?

»A Paloma le da mucho apuro esto que le ha dicho, y una vergüenza tremenda lo de que tenía muchas ganas de verla, y claramente se ve que se esfuerza por cambiar de tema.

»—¿Cómo has encontrado las tierras? ¿A que están bonitas?

»—Apenas he tenido tiempo de verlas, pero, así en la noche, más bien parecen unas tierras llenas de oscuridad y tinieblas de las que salen rugidos de animales peligrosos.

»Paloma se queda cortada, porque estas palabras la han dejado aturdida, pero Arturo vuelve a arreglarlo todo con otra de sus sonrisas, por lo menos la quinta o la sexta en lo que va de capítulo.

»—No me hagas caso. Yo es que a veces soy muy disparatado.

»—Eres un hombre lleno de misterios.

»—¿Por qué piensas eso?

»—No lo tomes a mal. Al contrario. Yo pienso que todas las personas tienen sus misterios, y muchas veces las fuerzas de uno mismo nacen de esos misterios secretos que guardamos en el interior.

»Los dos están sentados a solas, en esta noche tan negra, pero sus miradas nunca coinciden y cuando uno habla el otro escucha sin mirarlo.

»—Es muy curioso que hables así. Precisamente tú siempre me has parecido una muchacha muy misteriosa. ¿Sabes, Paloma? Hay una cosa que, allá tan lejos donde he estado, he recordado muy a menudo. Te confesaré que me he imaginado a mí mismo en esta misma situación en la que nos encontramos ahora, pero me faltaban palabras para expresar estos recuerdos de los que te hablo. No sé por qué será, pero, allá, en la soledad de mi vida de estudiante, sin cómo ni porqué aparente, me asaltaba de vez en cuando la evocación de cuando nosotros dos éramos niños y jugábamos por los jardines y las fincas, y de cómo una tarde Leopoldo María y los mellizos nos prohibieron estar con ellos y nos quedamos los dos solos jugando al escondite allá por donde están los establos viejos, y cómo tú, que no debías de tener más de seis años, siempre te escondías en el mismo sitio, como si quisieras que yo te encontrase rápidamente, ¿te vas acordando? Y de cómo de repente empezó a tronar como si los dioses enfurecidos hubiesen decidido al fin el fin del mundo y tú saliste de tu escondite gritando mi nombre, y yo fui adonde estabas, te arrojé con mi camiseta y te llevé al molino viejo para cobijarnos hasta que escampara.

»Cuando Arturo calla, parece que Paloma va a mirarlo con una de sus miradas tristes, y así lo hace por unos segundos que aterran al muchacho, arrepentido brevemente de haber revivido esas chiquilladas. Pero de golpe la chica rompe a reír, y lo mismo hace Arturo, y a los dos les da un arrebató de risa tonta que les hace verse más felices que nunca. En estas están, riendo como dos niños pequeños en la soledad de la noche, apoyados el uno en la cabeza del otro y felices como dos cachorros juguetones, cuando vemos que, en lo alto de la mansión, allá donde está la habitación de doña Leonor, la señora los observa desde su ventana, altiva, imperiosa, con una cara inerte en

la que parece que ningún músculo se ha movido desde hace mucho tiempo.

Álvaro había salido a su padre. Los mismos hombros anchos, base de un cuello duro, siempre en tensión, y cima de un torso perfectamente triangulado. Las mismas piernas largas, peludas, surcadas por músculos que las recorrían de arriba abajo. Eran hombres fuertes, de esa complexión que no necesita hacer deporte para tener un cuerpo de deportista. Desde que cumplió trece años ya había superado a su madre en altura y desde entonces no había parado de crecer, tanto que Marifé cada vez que lo veía pensaba que le habían estirado al hijo un poco más, a pesar de que ya habían pasado varios años desde esa edad en la que se supone que dejamos de crecer. Acostumbrada a verlo desde abajo, Marifé reconocía las aletas de su nariz, su mentón firme, las largas pestañas, el pelo negro oscuro que cubría la frente. Las manos de Álvaro tampoco venían del lado materno. Eran grandes, venadas, y a pesar de tener poco vello sí que tenían algo animal, o cromañón, tal vez por lo huesudas. Eran manos que si quisieran podían pegar fuerte, como las del padre. Cuando Marifé le insistía a su hijo sobre la importancia de tomar los sobres para su estómago débil, como el del abuelo materno, lo hacía como reconocimiento de que, en lo que respectaba a los genes, los del lado materno habían contribuido sobre todo para legarle un buen puñado de taras. Era esa insistencia, por lo tanto, un modo de disculparse también. Por otro lado, había algo placentero en el pensamiento de que Álvaro había salido al padre por fuera, pero a ella por dentro.

Marifé oía a su hijo al otro lado de la puerta del que siempre había sido su dormitorio, desde niño. Álvaro se desperezaba y Marifé tenía ensayado preguntarle qué quería para el desayuno. Como la noche anterior había llegado sin avisar, no tenía nada especial, solo el pan para tostadas que ella y Roque tomaban cada mañana. Álvaro salió al fin de su habitación.

—¿Has pasado frío? —preguntó la madre.

—Caí rendido en seguida y no me he despertado hasta ahora.

—Pensaba que te habría molestado tu tío con tanto trajín.

—No le oí.

—Antes solo se ponía la máquina por las tardes, pero ahora ya tiene que estar enchufado toda la noche. Pero lo peor es cuando se despierta. Le chistaba para que no hiciera ruido cuando salía a lo de los ciegos, pero ya le

conoces. Le gusta dar la lata.

—Me voy a ir sin verlo.

—Otro día vienes antes y lo pillas despierto. Y ya son las diez. No sabía si despertarte.

—Mejor, me ha venido bien dormir del tirón, hacía tiempo que no pasaba.

—Ven a desayunar. Lo decía por el trabajo, lo de despertarte.

—Hoy no trabajo.

—Qué bien. Pues te quedas a comer.

—A comer no.

—Lo único que casi no tengo nada. Tendría que ir al mercado. Y tú me esperas.

—Que no puedo.

—Te hago un guiso de los míos.

—¿No te estoy diciendo que no puedo?

—Pero ¿qué tienes que hacer si no trabajas?

—Si te digo que no puedo es que no puedo. Además, que qué hago yo aquí toda la mañana. Aquí no hay nada que hacer.

—Qué pequeño se te ha quedado el pijama.

—Es que este pijama es del año del catapún. Tendrías que hacer algo para que no oliera la casa a viejo.

—No es tan viejo ese pijama, que es de los últimos que has tenido. ¿Están buenas las tostadas? Tómate otro café.

—Solo tomo uno. Siéntate y come tú también —dijo el hijo, no se sabe si pensando que a lo mejor con algo de comida en los labios la madre callaría un momento.

—Ya desayuné. Desayuno poco —dijo la madre, inagotable.

—Así estás, en los huesos.

—Como las modelos.

—¿Y por qué no dejas de moverte?

—Estoy buscando unas naranjas que había por aquí y te hago un zumo. Si no se las ha comido tu tío.

—Ya no me hagas más tostadas, si van a sobrar.

—Este poquito de café que queda te lo echo.

—¿Pero no te he dicho que solo tomo un café?

—No es ni medio vaso. Si es para no tirarlo. Nosotros no tomamos.

—Ya soy mayorcito y si quiero otra taza de café me la echo. Pues ahora se va a quedar el café en la taza.

—Ay, mira, una naranja. No va a dar para mucho zumo, algo es algo.

—Pero es que no quiero zumo. Me sientan mal los zumos.

—Es porque no te tomas los sobres, ¿qué te tengo dicho?

—Por Dios, ya estaban tardando en salir los sobres. Qué pesada con los sobres.

—Es que si no te lo digo no te los tomas.

—No me los tomo ni aunque me lo digas.

—Por eso insisto, a ver si te los tomas.

—¿Te quieres sentar ya un poco, que no has parado? No me dejas comer tranquilo.

Marifé se sentó al fin y, sin decirlo, agradeció a su hijo la orden, porque realmente sus piernas estaban agotadas. Los dos callaron un poco. Marifé se acariciaba una mano con la otra, casi como un masaje. Solo se oían las potentes mandíbulas de Álvaro masticando el pan crujiente, como dos máquinas. Con la boca llena, Álvaro retomó la conversación.

—Lo que pasa con el tío Roque es que sois tontos. No entiendo por qué no vuelve a una residencia.

—Allí no estaba bien.

—No estaba bien porque no hay quien os entienda.

—Se peleaba con todo el mundo. Normal que le echaran de todas partes.

—Pues se busca otra.

—No es tan fácil. Requiere sus cuidados.

—Por eso mismo. Hay profesionales.

—Sufría. Es especial.

—Bueno, vosotros sabréis.

—¿Estaban ricas las tostadas?

—En cuanto me duche, me voy. El rollo es que no traje muda.

—Podemos buscar entre tu ropa, hay mucha.

—No creo que valga.

—¿Quieres una camisa de tu padre?

—Serán feísimas.

—Podemos mirar. Y pantalones también hay. Tenéis las mismas hechuras.

—No importa. Con unos calzoncillos y calcetines tendré bastante.

—Deja los sucios y te los llevas la próxima vez que vengas.

—Vale.

—Te iba a decir una cosa. Antes de irte. ¿Sabes arreglar un cable de televisión?

El padre pródigo

—Pues, mira, ha venido ocurriendo todo muy poco a poco, nosotros casi que no nos hemos dado cuenta, porque, aunque es verdad que ya no vivimos en la mansión, estamos viniendo casi a diario. No hemos querido que papá y mamá sintiesen que les abandonábamos, y desde el mismo día que nos compramos el apartamentito en el centro de la ciudad, no hemos dejado de venir para cenar normalmente, e incluso hemos pasado la mayoría de los fines de semana aquí. Como ves, conservamos nuestra habitación. Entiendo que sonrías al ver que casi no ha cambiado y que todavía almacenamos los mismos trastos que cuando éramos niños. ¿Recuerdas ese muñecajo de allí? Siempre querías quitárnoslo para jugar con él, pero nunca te lo dejábamos. Y, ¿qué me dices de este dibujo? Nos lo regalaste cuando apenas tenías tres años y nosotros ya teníamos cinco. Mira: firmado con un garabato que viene a querer ser tu nombre: Arturito. Pues no creas que está nada mal hecho, nos saca a los dos idénticos. Supongo que este de la izquierda seré yo, por la E de Ezequiel que llevo en la camiseta, y el de al lado será Abel, con su A, ¡si es que eso se puede interpretar como una A! Lo que te decía, que casi no nos hemos dado cuenta de cómo ha ido envejeciendo papá, ha sido como si de repente despertásemos un día y descubriéramos que nuestro padre era de repente nuestro abuelo. Primero fueron pequeñas dolencias, que cada vez se hacían más agudas. El primer ingreso en el hospital fue casi una cosa rutinaria, lo que hizo que, cuando le dio el primer infarto, nos pareciese una continuación de sus achaques. Y cada vez fueron más frecuentes las visitas, y más complicadas las mezclas de medicamentos. Entiende que no te pusiésemos al día de todo y que te tuviésemos que ir contentando con medias verdades, pero es que no te queríamos preocupar y en la distancia se le dan muchas vueltas a los detalles y

las preocupaciones se intensifican. Pero no temas, verás como ahora, cuando papá te vea, se alegrará mucho. Lleva varios días impaciente, hablando de ti sin parar, recordando buenos momentos en los que estábamos todos juntos... Te harán gracia sus ocurrencias de viejete. Y no vayas a creer que sus achaques le han afectado al coco, porque está mejor que nunca. A veces le da por decir algunos disparates, pero, ¿acaso no ha sido él siempre así? Lo que más te puede impresionar va a ser verlo siempre agarrado a su bombona de oxígeno, que es ya como una parte más de él mismo, como un brazo o una pierna. Y esa maquinita que lleva siempre a rastras. Al principio, la necesitaba solo por las tardes, pero ahora ya está enchufado todo el día y toda la noche. El señor Maldonado se encargó de ordenar la mejor de las tecnologías y encontró una especie de carrito muy ligero al que se agarra la bombona y la máquina, lo que permite que papá, cuando está con fuerzas, pueda moverse a sus anchas por la casa, aunque la verdad es que, como has podido comprobar, apenas se levanta de la cama.

»Hay un pequeño asunto del que tendremos que hablar más adelante. No quiero calentarte la cabeza cuando apenas llevas un día de vuelta, pero estoy seguro de que no se te escapa que, con papá enfermo, la administración de la empresa pasa por un momento de reajuste. Como sabes, papá dejó todo organizado para que Leopoldo María continuase con su labor. Ni Abel ni yo sabemos ni queremos dedicarnos a los negocios, puesto que ya hemos enfocado nuestras carreras en el terreno artístico y ahora mismo estamos más preocupados por levantar nuestro propio proyecto. ¿Te he hablado de ello? No puedo creer que se me haya olvidado comentártelo, pero es que últimamente hemos estado tan ocupados que apenas nos hemos comunicado contigo, te pido perdón. Ya te hablaré con más detalle en otro momento, es una idea estupenda que dará muchos frutos, ya lo verás. Se trata de una revista de arte muy original en la que tendrán cabida los pintores más vanguardistas y las últimas tendencias del mercado. Abel sería el encargado de todo lo referente a la edición y tal, y yo... pues todavía no sé muy bien cuál sería mi labor en la revista, pero me gustaría algo que tuviese que ver con pensar ideas y tal, que no me ocupase mucho tiempo. De momento estoy dándole vueltas al nombre, tendría que ser algo así como *Minerva*, que es la diosa de la sabiduría, por si no lo sabías, o tal vez algo más moderno, que estuviese en inglés. Me podrías ayudar tú, que sabes idiomas. Pero no quiero cansarte ahora con mis historias. Lo único que quería comentarte es que, bueno, como ya pudiste ver... pues Leopoldo María no está pasando por una buena racha, y Abel y yo, de acuerdo

con el señor Maldonado, estamos considerando que quizá nuestro hermano mayor no sea el más adecuado para llevar el peso de una empresa tan compleja.

»Pero... ¿qué son estas voces? ¿Quién grita de esa manera? Parece que viene de arriba, de la habitación de papá... ¡Ay, Dios, Mamá Jazmina, ¿qué estás diciendo?! ¡No digas dislates que tú no entiendes nada! ¡Corre, Arturo, ven conmigo, y que alguien calme a esta mujer del demonio! No es posible, no puede ser de ninguna manera, cuando lo vi la última vez estaba muy bien, calla de una vez, no me lo creo, ¡no me creo que mi padre esté muerto!

Las palabras de despedida de Álvaro no habían dejado de resonar en la cabeza de Marifé desde el día anterior. Las últimas palabras, las que había dicho justo antes de marcharse, unas frases que sustituyeron cualquier tipo de adiós. Toda la mañana y toda la tarde las había pasado Marifé escuchándolas en su cabeza, como si estuviera reviviendo el momento exacto en el que, ya en el umbral de la puerta, su hijo se marchaba con esas palabras en sus labios.

No había en esas palabras ningún tono especial que pudiera denotar preocupación. Al contrario, Álvaro se había ido bastante contento después de que su madre le hubiese dado el dinero. Eran los billetes y algunas monedas sueltas que seguían en la mesa desde que la noche anterior Marifé había estado echando cuentas. Como Álvaro había dicho que no hacía falta que le diera ese dinero, Marifé había insistido, alegando que mucha menos falta le hacía a ella, que después de todo era poca cosa, y hasta finalmente metiendo los billetes y monedas en los bolsillos de su hijo, que ya llevaba puestos los pantalones del padre. Álvaro opuso poca resistencia, lo que agradó a la madre, que le dijo que se comprara calzoncillos nuevos, que los que había traído estaban ya muy gastados, o una camiseta interior como las que se ponía de pequeño y que tanto abrigaban, aunque ya no se llevaran, o que fuera a la peluquería para no tener los pelos tan largos, o lo que él quisiera.

Las palabras con las que se despidió Álvaro no fueron nada pomposas. Al revés. Las dijo sin darle ninguna importancia, o al menos así le pareció. Como iba con prisas, y las soltó tan rápido, Marifé no pudo saber si Álvaro no las había dicho antes porque no se había acordado hasta ese momento, o si, por el contrario, había intentado decirlas durante el desayuno, o incluso la noche anterior, pero no se había atrevido, o no había visto el momento, o había

pensado que podrían estropear el resto del tiempo que pasaran juntos esa jornada. Reflexionó sobre esta última posibilidad, y sintió agradecimiento hacia su hijo por su consideración.

Le habían pillado a Marifé por sorpresa. Álvaro ya estaba a punto de irse, y ella sentía la pena que siempre se le atravesaba en la garganta cuando el hijo dejaba la casa. Era una pena que no se parecía a ninguna otra, y que la hacía sentirse algo tonta. Pues claro que su hijo no se iba a la guerra, eso ya lo sabía, pero sus emociones en esos momentos no tenían control alguno, y le parecía que si Álvaro se hubiera ido de verdad a una guerra no hubiese tenido ella menos angustia que la que sentía con cada despedida. Cuando lo veía desaparecer entre la oscuridad de las escaleras, sentía como si, más que irse voluntariamente, a su hijo se lo estuvieran quitando. Curiosamente, en este día en concreto, justo antes de que Álvaro dijera esas palabras de despedida, esa pena habitual se confundía en Marifé con un sentimiento de frustración inoportuno. Este sentimiento se le cruzó por la cabeza cuando ya estaba en la entrada y pisó sin querer el maldito cable de la televisión. Estaba por el suelo desde la noche anterior, como la serpiente que era. Marifé lo había soltado allí cuando recibió a su hijo, y ahí se había quedado. Como Álvaro tenía tantas prisas y no se lo podía arreglar, pensaba Marifé, el problema seguía pendiente y tendría que encontrar una solución. Pero fue un pensamiento fugaz. Una preocupación pegajosa que se anticipó a la conocida pena de ver marchar al hijo.

Ya estaban los dos en la puerta. Álvaro salía dándole la espalda. La madre lo agarró para darle uno de sus besos húmedos, repetidos como disparados por ametralladora. El hijo se apartó rápido. Ya tenía su cuerpo la energía para arrancar escaleras abajo cuando soltó las palabras que impactaron a Marifé. Las palabras exactas dichas por Álvaro justo en el momento de salir, cuando ya tenía un pie en el rellano, casi sin terminar de girarse, y por supuesto sin mirar a su madre a los ojos, fueron estas:

—Bueno, pues dile al tío Roque que ya lo veo otro día. Que no dé castigo, ¿eh? Ah, y otra cosa. Al final hablé con papá por su cumpleaños. ¿Te puedes creer que ni él mismo se acordaba de que era su cumpleaños? Le pillé en mal momento y hablamos poco. Y me dijo que quería reunirse conmigo hoy, que me tiene que pedir algo. Algo de ti.

La despedida

—Allí se le ve, como siempre se le ha visto, tumbado en su cama. Al principio se podría pensar que es un fantasma, o el sueño o el recuerdo de alguien, pero en seguida se revela que es como un viaje al pasado, o más concretamente al último día en que el señor Leopoldo Padre estaba vivo, o lo que es lo mismo, la mañana siguiente a la llegada de Arturo. Se ve al señor Leopoldo Padre acostado en la cama, con la bombona de oxígeno a su lado, emitiendo ese pitido tan desagradable que es como un lenguaje que viene a decir: «Este señor seguirá vivo mientras a mí, la máquina, me dé la real gana.» Su respiración lenta, y sus ojos caídos, pero con el párpado inferior abierto como si ya estuviese muerto de verdad. A su lado, doña Leonor, que frota sus propias manos la una con la otra. Se acerca al señor y le toca la frente como cuando las madres quieren medir la fiebre de sus hijos, y, cuando ha comprobado que no hay nadie más en la habitación, comienza a hablarle:

»—Tú no sabrás todavía las noticias, o quizá sí, a saber lo que pasa por tu cabeza perdida. Pues ya puedes darte por satisfecho; para tu información, Arturo adelantó sus planes y regresó anoche. Él quería venir a verte en estos mismos instantes, pero ya me he encargado yo de que no sea así, no me ha sido difícil encontrar excusas ni compromisos. Le he convencido de que te visite esta tarde.

»Leopoldo Padre mira a su esposa con los mismos ojos que tiene el toro cuando ya no le quedan fuerzas y el torero se prepara para rematar la faena. Sus ojos de viejo están aguados, con tanta lágrima que casi no se distingue el color que hay detrás. Su piel está descolgada y blanca como las mismas sábanas; su frente, arrugada como pasas secas, está semitapada por un gorro de noche ridículo, y tan fea y estropeada está su piel que no se distingue bien

lo que es tela y lo que es carne; y lo peor: sus manos quedas, sobre el edredón de sedas finas, que son ya como las manos de un muerto. Mueve solamente el dedo índice, de arriba abajo, con las mismas fuerzas débiles del tictac de un reloj. Pues, a pesar de esto, está clarísimo que ese señor tan mayor y tan desgastado, con un pie aquí y el otro en el más allá, es al mismo tiempo un hombre tan fuerte y poderoso como un atleta. Es un trapo viejo y una armadura de guerrero, una pieza oxidada y un engranaje indestructible, una casa de paja y una fortaleza impenetrable. Y su mujer lo mira de tal manera que parece que esto mismo pasa por su cabeza, porque sus ojos no guardan pena alguna al mirar a su marido, ni tampoco preocupación o malestar por presentir la muerte tan cercana. Se diría más bien que los ojos azules de marquesa de doña Leonor esconden, como si sus pupilas fuesen ventanillas diminutas, un horror tremendo.

»El señor lo único que mueve es el dedo índice, que no deja quieto un instante. Y entonces, mientras quita las arrugas de las sábanas y recoloca la almohada de su marido, ella sigue hablando:

»—Cuando era niña, mi padre nunca dejó que me encaprichase con ninguno de los cerditos que se criaban en nuestro corral, porque quería evitar el sufrimiento cuando llegase la hora de sacrificarlo. En su lugar, me hacía padecer casi a diario con reprimendas y castigos cada vez que yo osaba acercarme al granero. Intentaba camelarme con sus gracejas y me decía que el granero no era el lugar para una señorita como yo, y pretendía asustarme con cuentos de que las madres de los cerditos eran fieras y bravas si las niñas se acercaban a sus criaturas. Pero no había manera de engatusarme. Creo que mi padre nunca llegó a saber que, en ocasiones, por las noches, escapaba de mi habitación y visitaba en la oscuridad a los animales. Dormían todos juntos, arropándose de tal manera que las pieles de unos eran las mantas de los otros, mansos como los manantiales en verano, con su color carnosos que resplandecía en la noche.

»Doña Leonor sigue con su historia mientras rodea la cama del señor, sin apenas mirarlo a los ojos. Él sigue con su dedo mueve que te mueve, y con esa mirada que no tiene fuerzas, pero que al mismo tiempo es un huracán de misterio. Y ella habla:

»—Por eso me costaba entender cómo esas criaturas tan serenas, que más parecían muñecos que animales y a las que solo conocía de noche, podían ser tan bravas, cuando, siempre de día, mi padre las sacaba de los corrales para sacrificarlas.

»Ahora doña Leonor está apoyada en una columna majestuosa del espaldar de la cama.

»—Los atrapaban por sorpresa, cuando las pobres crías estaban más indefensas, y, sin apenas esfuerzo, agotaban sus vidas de golpe.

»Y Leonor va y se acerca a las máquinas de oxígeno del señor.

»—Ese era el momento más terrible, el que se escapaba a mis entendimientos de niña. Mi imaginación no era bastante para llenar con imágenes los sonidos terribles de dolor que se oían desde lejos, esos bramidos de muerte que parecían venir, más que de animales, de bebés humanos.

»Doña Leonor desconecta aquí las máquinas del señor Leopoldo Padre, de cuya garganta comienzan a salir sonidos secos de angustia que no llegan a ser voces. La señora acaricia las maderas de la cama, mientras sigue hablando.

»—Los gritos de los animales eran un idioma que en vez de palabras tenía sonidos indescifrables para mí y que me llegaban a torturar con una idea que aún hoy me sorprende. Me costaba entender cómo esas criaturas esponjosas a las que yo veía dormir como ángeles podían, cercanas a la muerte, tener el poderío suficiente para hacer retumbar todo mi alrededor.

»Con sus últimas fuerzas, el señor Leopoldo mira a su esposa sin parpadear. Como si en vez de estar al lado de ella estuviese ya en la distancia del más allá, o como si quisiera llevarse a la muerte la imagen terrible de una diosa destructiva a la que ha sido imposible vencer. Y su dedo índice, siempre sobre las sábanas pulcras, deja de moverse.

Ese día Roque había estado callado. Marifé sabía que se había peleado con la gente de los ciegos porque había llegado antes de tiempo, como había pasado tantas otras veces. No le dijo nada porque a Roque no le gustaba hablar cuando estaba enfadado. En el trabajo estaban habituados a sus ataques, así que le dejaban irse cuando tenía uno de sus días rebeldes. Su labor era prescindible, y su posición allí casi caritativa, así que a nadie extrañaba cuando uno de los voluntarios le sustituía si tenía un día malo.

Roque se dejó la comida entera, después de dar apenas un sorbo a la sopa y quejarse de que estaba salada. Marifé no había puesto ni pizca de sal, como le había dicho el médico que hiciera, así que no hizo caso tampoco a esa queja de su hermano. Roque se fue al salón, y los dos se quedaron sin comer.

Nada más sentarse en su sofá, Roque recordó que no podía encender la tele. Marifé reconoció en su cara la rabia, que el hombre experimentaba a menudo cuando, lleno de orgullo, le tocaba padecer las consecuencias de los problemas que él mismo creaba. Eran estos momentos de rabia los peores para Roque, cuando más fácilmente perdía el control, y los que más tardaban en pasársele. Agarró el mando a distancia y lo agitó mientras hablaba, como un papa con su báculo, como si sintiese que, ya que el mando no le servía para mandar sobre la tele, al menos lo podría usar para mandar sobre su hermana:

—Tengo hambre.

—La sopa todavía está caliente.

—La sopa no hay quien se la coma, es agua con sal.

—Es por el pescado, pero es bueno.

—Pues me la tomo sin pescado.

Marifé solo necesitó unos momentos para volver al salón con la sopa. Había sacado los trozos de pescado y la había recalentado un poco. Se la ofreció a Roque, que no había soltado el mando a distancia ni se había levantado del sofá. De pie, sujetaba la sopa hirviente, y pensó que su hermano estaba feliz con el ofrecimiento, porque su boca esbozaba una sonrisa. Por eso le pilló tan de sorpresa que Roque le arrancara el plato de las manos y se lo lanzara a la cara, sin piedad. El hombre se levantó enfurecido al mismo tiempo que ella se dejaba caer donde antes había estado de pie, con la excusa de recoger los trozos del plato roto. En realidad, no tenía fuerzas para mantenerse de pie. El hombre gritaba por todo el salón encadenando un insulto tras otro. Ella, con el pelo chorreando de sopa, pensaba respuestas que darle, pero no salían de su cabeza. El hombre, frente al televisor, se quejaba de su mala suerte, dando gritos cada vez más altos. Ella se preocupaba de lo que estarían pensando sus vecinos. Pensó en ese momento en Luisa, y en la cara que tendría al día siguiente cuando la viera. Estaba a cuatro patas, recogiendo pedazos de porcelana y fideos del suelo, juntándolo todo en una mano, cuando el hombre dejó de gritar. Ella se giró rápidamente y lo vio allí frente al televisor, tendido en el suelo. Las palpitations eran fuertes como siempre, terroríficas, por demostrar una energía arrolladora, capaz de mover la masa pesada del hombre enorme. El hombre temblaba, sus partes obesas bailando sobre un cuerpo fuera de control.

Marifé estaba aturdida, y por eso tardó en darse cuenta de que tenía que levantarse inmediatamente y correr a por las pastillas. Fue velocísima hacia la habitación del hermano y volvió en seguida con el bote en la mano,

fuertemente agarrado. Los espasmos seguían con la misma fuerza.

Marifé sabía que tenía que actuar pronto, en segundos, pero entonces vio algo que la dejó aturdida, hipnotizada. Notó que el hombre no había soltado el mando de la televisión. Al contrario, lo agarraba cada vez con más fuerza, clavándolo repetidamente sobre la alfombra como si fuera un criminal con un cuchillo. Lo oprimía con tanta fuerza que parecía que lo iba a reventar. Así estaban los hermanos. Ella apretando el bote de pastillas; él, el mando a distancia. Y así estuvieron varios segundos o minutos más hasta que el corazón de Roque dejó de latir.

Marifé, lentamente, se agachó junto a él y le cogió la mano: cálida aún, suave de repente, milagrosamente sin fuerza alguna. El mando a distancia estaba en el suelo del salón, flotando sobre la alfombra como la barca de un naufrago a la deriva. Marifé lo recogió con mimo y lo puso en el mueble, junto al televisor. Entonces Marifé salió del salón. Se lavó, para quitarse los restos de comida, y se cambió de ropa. Mientras arreglaba el salón, pensaba lo que iba a hacer. Avisaría primero a los servicios de emergencia, e inmediatamente después llamaría a la puerta de Luisa, para que fuera la primera persona a la que expresarle la idea de que su hermano pequeño estaba muerto. Pero, antes de todo eso, dedicaría apenas unos segundos para despedirse de Roque. Solo un beso en la frente. El último.

Flores para los muertos

—Es bastante peculiar este lugar al que todavía no se le puede llamar un cementerio, aunque tenga nichos, lápidas, cipreses oscuros, estatuas de ángeles y cruces de mármol. Ellos lo llaman el Camposanto, y está en alguna parte de la inmensidad de sus fincas. Están todos reunidos a las puertas de un mausoleo, y se supone que acaban de salir de la capilla privada que hay dentro de este camposanto. El sacerdote canturrea sus oraciones al lado de doña Leonor. Están los dos, ella y el sacerdote, subidos en lo que viene a ser una especie de altar, justo enfrente del féretro, que rodean los hijos, el señor Maldonado y algunos personajes más, por ejemplo, unos señores muy empingorotados que deben de ser empresarios y políticos. Van todos de negro de arriba abajo.

»Por primera vez se ve a Mamá Jazmina con otras ropas diferentes a los paños y mandiles que lleva siempre. Paloma, que la acompaña mientras el sacerdote canturrea sus oraciones, lleva un velo transparente que le difumina la cara y la hace más mágica y bella de lo que normalmente es. Doña Leonor, toda de negro, con una pañoleta que la hace verse más gigante que nunca, lleva también un velo negro, pero este apenas trasluce su cara.

»Algunos hombres comentan que la señora debe de estar tan angustiada que no quiere enseñar el rostro, y otro señor que escucha esta conversación dice que efectivamente cuando ha tenido ocasión de ver su cara, justo antes de la ceremonia, ha podido comprobar que el rostro de doña Leonor es el de una mujer llena de una pena inmensa, y que esto se entiende porque, aunque el señor don Leopoldo María estaba muy enfermo, la muerte de un esposo con el que se han compartido más de treinta años de vida siempre pillaba a una mujer por sorpresa.

»Uno de los detalles más curiosos de la vestimenta de doña Leonor es que lleva unos guantes negros que hacen que sus brazos parezcan largos como tentáculos de pulpo. Es imposible no darse cuenta en este punto de que la señora siempre lleva guantes, de muchas clases y colores. La hemos visto con guantes rosados, beige, con bordados barroquísimos que llenaban toda la pantalla, con encajes de redes mientras acariciaba las muñecas de Paloma, de terciopelo azul, la noche de la llegada de Arturo, color perla, cuando acariciaba los retratos de sus hijos, y bermellones, cuando desenchufaba las máquinas de oxígeno de su marido. Negros, no se habían visto hasta el día del funeral.

»A la izquierda del altar donde están doña Leonor y el sacerdote, están los tres hijos mayores. Los dos mellizos están cada uno a un lado de Leopoldo María hijo, al que se ve en completo estado de *shock*. Es como si Ezequiel y Abel estuviesen esperando a que su hermano mayor se derrumbase de un momento a otro, y no dejan de mirarlo todo el tiempo, echándole una mano por el hombro cada uno, como si fuesen dos guardaespaldas o, más bien, dos policías que custodian a un sospechoso mientras declara en comisaría. Para Leopoldo María hijo, sin embargo, es como si sus dos hermanos no estuvieran, pues su mirada anda perdida por el ataúd del padre. Es el único que se atreve a mirar, y eso que el cofre está cerrado y en ningún momento se ve el cadáver del pobre viejo.

»Enfrente, Arturo, mientras tanto, consuela con su tacto a Mamá Jazmina, a la que tiene al lado, y lanza miradas de dolor a Paloma (al otro lado de la criada), que de la angustia que tiene parece frágil como una de sus muñequitas. Como no podía ser menos, Arturo también va de negro. Pero es el único de los hijos, e incluso del resto de los hombres que han acudido al funeral, que lleva camisa blanca y una corbata. Esta se agarra fuerte a su cuello de toro y ahoga la angustia del muchacho, quien en más de una ocasión tiene que tirar del nudo para dejar que suba y baje su nuez inmensa.

»Cuando, al fin, el sacerdote, termina su retahíla, llama a Arturo para que lea unos pasajes del Génesis. Esto puede parecer algo extraño, que se lea el Génesis en un entierro, más bien lo normal es leer de otras partes de los evangelios como la crucifixión o incluso el Apocalipsis, pero en seguida se ve que la historia viene muy requetebién para con el finado, pues habla, con muchas metáforas y muchas parábolas, de la creación de la humanidad y de cómo de la nada surgió la vida y de cómo esta vida es tan efímera como lo fue la propia nada, y de cómo el milagro de la creación depende de una fuerza

poderosa que está más allá del entendimiento humano. Y mientras Arturo lee estas palabras se van viendo los rostros de los presentes, todos menos el de doña Leonor, que está cubierto por el velo, y que, allí subida en el altar, parece que más que la viuda es una virgen a punto de ser sacrificada.

»En cuanto Arturo termina su narración, los cuatro hijos caminan prestos al féretro y se disponen a levantarlo, pero Leopoldo María se ve sin fuerzas y sale corriendo, porque a este muchacho se ve que le encanta montar un escándalo y, en cuanto puede, llama la atención. Está tan disturbado que no le importa dejar a todos los presentes con la boca abierta, a todos menos a doña Leonor que sigue sin vérsese el rostro. El caso es que Leopoldo María sale corriendo por entre los señores empresarios y políticos que han venido al entierro y, cuando parece que nadie va a ir a consolarlo ni a calmarlo, se ve que de la misma fila de atrás una señorita muy arreglada corre detrás del muchacho. Al principio no se sabe muy bien quién será, y choca un poco ver esa figura tan femenina y tan esbelta, vestida de rojo, despegarse de la multitud de puntos negros que son esos señores. Entonces se revela que la susodicha es nada más y nada menos que Marilú, la que le daba de beber y le pedía dinero.

»Arturo observa toda esta situación con el ceño fruncido, más preocupado que perplejo, pero no tiene mucho tiempo para reaccionar porque en seguida el señor Maldonado salta al estrado para cubrir el puesto que ha dejado Leopoldo María hijo y, con los dos gemelos al otro lado, los cuatro hombres desfilan con el féretro. La situación tiene bemoles: el señor Maldonado con una pierna de menos y llevando un féretro, que, si la cosa no fuera dramática, sería para echarse a reír. Es al salir por la puerta de la capilla, con el peso macizo de la madera recostada sobre su hombro, cuando Arturo observa que, en la distancia del cementerio y cobijados por unos cipreses, a la mujer de rojo y a Leopoldo María se les ha unido un tercer individuo. Es un grandullón de calva resplandeciente al que Arturo no recuerda haber visto nunca, y que, con ademanes de bruteza evidente, grita a Leopoldo María mientras lo apunta con un brazo con el puño cerrado, casi como si fuera a pegarle.

En el cementerio no había buena organización. Como era un cementerio viejo y ya no podía crecer por los lados, se estaban construyendo nichos nuevos sobre los que ya había. Los pasillos eran estrechos, y antes de que pudiera entrar la comitiva que llevaba a Roque, tuvieron todos que esperar a

que salieran quienes acababan de enterrar a otro muerto.

Era una situación incómoda. La espera bajo la lluvia, todos en silencio, el sacerdote mirando el reloj porque no le daba tiempo a llegar al siguiente entierro, los hombres sin saber muy bien si podían dejar el pesado ataúd en el suelo mientras salían de ese atasco.

Marifé iba la primera, justo detrás del féretro. A su lado estaba Luisa, que esa misma mañana la había ayudado a elegir las ropas adecuadas. Toda la noche anterior la pasaron ambas en el tanatorio. Fueron en total media docena de mujeres, todas del pueblo menos Luisa. La vecina había sido la única que no había dicho a Marifé las palabras de consuelo habituales. Solo en una idea había coincidido Luisa con todas las demás: había sido una muerte rápida, sin dolor, que traería descanso y el fin del sufrimiento del hermano.

Cuando por fin quedó libre el camino que llevaba al nicho de Roque, los hombres volvieron a arrancar el paso, con el cada vez más pesado ataúd a los hombros. Tanto pesaba que hicieron falta seis hombres, uno de ellos Álvaro. Una vez que llegaron delante de los nichos, los vivos contemplaron el lento trámite de la despedida. Una grúa con una plataforma levantaba el ataúd hasta lo más alto.

Marifé se distrajo un poco pensando en lo curioso que resultaba que los nichos de la parte baja estuvieran ocupados por los muertos más antiguos. Leía fechas: 1867-1914, 1880-1907. Las cifras aumentaban según subía de planta: 1902-1939, 1923-1990. Tanto número la despistó y, en el despiste, llegó a un extraño pensamiento: según siguiera muriendo la gente, serían necesarias más plantas de nichos, que acabarían por llegar a los cielos, cada vez con cifras más altas. Salió de este pensamiento cuando el cofre entraba ya en la pared. Marifé buscó a su hijo con la mirada y notó que, de entre todos los vivos, solo ellos dos no estaban mirando en esos momentos hacia arriba. Los operarios se daban instrucciones, y ya se veía a otro operario llegar con una paleta y yeso para cerrar el nicho. ¿Cuántas fases más iba a tener ese ritual? Seguro que había otras maneras más rápidas de hacer lo mismo.

Marifé seguía sin mirar hacia arriba cuando oyó el ruido. Los operarios comenzaron a gritarse los unos a los otros y los vivos se apartaron. El pesado ataúd, mojado por la lluvia, había resbalado y solo la mitad estaba aún sobre la plataforma. El peligro de que se cayera era evidente. Luisa agarró a su amiga de la mano para apartarla, y, aunque Marifé estaba petrificada, consiguió llevarla hasta la otra pared del pasillo de nichos. No miraba al ataúd, sino a un hombre que subía por la grúa. Los vivos cuchicheaban. El

hombre era rápido y fuerte, tanto que, con un solo brazo, y ante la inutilidad de los obreros, consiguió que el ataúd volviera a la plataforma.

—Menos mal —dijo Luisa, sincera como siempre.

Los vivos ya no sentían que tenían que cuchichear para expresar sus emociones y ahora las conversaciones eran vociferantes. Celebraban que el disgusto no hubiera llegado a más.

—De la que nos hemos librado.

—Lo nunca visto.

—A quien se le cuente...

Luisa, atenta a todo lo que ocurría a su alrededor y sin soltar el brazo de Marifé, no se perdía ni una de las conversaciones.

—Menos mal que ha aparecido ese hombre.

—Ha salido de la nada, no estaba entre la comitiva.

—Pero ¿quién es?

—Pues ¿quién va a ser, mujer?

—¿No lo sabes?

—Es el cuñado del difunto.

—Sí. Es el marido de Marifé.

El duelo

—Están Arturo y Paloma una vez más en el porche grandioso de la mansión familiar, pero ahora en vez de estar sentados a la entrada van caminando y dejan ver la largura que rodea la casa, hasta que llegan a una terraza estupenda que da a una especie de laguna que tiene un embarcadero. Este lago, que llaman «el manantial», es una maravilla por su verdor y por los reflejos que salen del agua, pero es al mismo tiempo extraño como todo lo que se ve en esos terrenos, porque no se sabe si las aguas son tan verdosas por lo puras que son o por la podredumbre que esconden en las profundidades.

»Los dos jóvenes conversan, todavía compungidos después del entierro del pobre viejo.

»—Me preocupa Leopoldo María. Mi hermano mayor siempre ha sido tan frágil... Por mucho que el pobre se esfuerza en aparentar la imagen de un empresario maduro capaz de llevar las riendas de los negocios familiares, lo cierto es que Leopoldo María es tan débil como lo ha sido siempre desde que nació. Fíjate que, aunque nos llevamos casi diez años, ya le recuerdo de niño como una criaturita enfermiza, delgaducha y escuchimizada, que pasaba largas temporadas encamado.

»—Qué curioso que digas eso, Arturo, mis recuerdos son muy distintos. Aunque es cierto que Leopoldo María pasaba largas temporadas recluido por sus dolencias, conservo también reminiscencias de Leopoldo niño capaz de sacar fuerzas en el momento menos esperado. Recordarás que yo era muy pequeña cuando Leopoldo María entraba en la adolescencia. Mis primeros recuerdos de él vienen escondidos por esa bruma que empaña las imágenes primeras de nuestras vidas cuando nos esforzamos por recordarlas, y que las hace parecer más ensoñaciones que hechos verdaderos, pero puedo asegurarte

que recuerdo con nitidez impresiones fugaces de un niño sabio, de una personita diminuta y enorme al mismo tiempo; recuerdo, por ejemplo, cómo me prohibía acercarme a su extensa colección de libros de cuentos, que leía y releía con avaricia hasta aprender de memoria. Siempre fue muy inteligente y su memoria era impresionante. No acercarme a sus libros era una de las muchas prohibiciones con las que me hacía rabiar, pero había muchas más: no alimentar a sus peces, llamar siempre antes de cruzar su puerta aunque estuviera abierta, no seguirle nunca cuando venía a jugar al manantial... y era capaz de inventar castigos disparatados si no seguíamos su órdenes, y nos las hacía cumplir como si él fuese un adulto. Recordarás muy bien su maestría para inventar teatrillos que representábamos los demás, y cómo él era un director estupendo con mil ideas para todos los personajes y los decorados, pendiente de que durante la función se cumpliesen sus deseos al detalle. Cuando fui más mayor, por alguna de esas conexiones extrañas de nuestras mentes, se me ocurrió pensar que Leopoldo María era como uno de esos políticos de la historia capaces de ejercer mucho control sobre todos los demás, pero incapaz de controlarse a sí mismos.

»Arturo ríe bastante con los recuerdos de Paloma.

»—No deberías darle demasiada importancia ni tanto análisis a lo que son mayormente chiquilladas, tú misma de niña fuiste bastante cabecita loca también.

»Paloma asiente y le da la razón.

»—Pues para chiquilladas la que te voy a contar ahora. Pero tienes que prometer no reír ni extrañarte ni, sobre todo, enfadarte conmigo. Me da tanta vergüenza decírtelo que no me atrevo ni a mirarte. Es una tontería tan tonta que parece grande de lo pequeña que es, una de esas minucias que, alimentadas por su propio disparate, crecen hasta escapar de nuestro control. Verás tú: unos pocos días antes de que tú vinieras, mientras preparábamos una fiesta de bienvenida que ya nunca tendrás, me entraron unas ganas muy fuertes de ver una foto tuya. Pero no una de las fotos que yo conservo, de cuando todavía eras un niño o un adolescente, sino una de las más recientes, de esas que mandabas a tus padres desde América o desde alguno de tus viajes. Recordé que no hacía mucho habíamos recibido una foto de tu graduación, que yo tuve ocasión de ver solo unos segundos, y que tu madre había enmarcado. Se me ocurrió entrar en su habitación aprovechando que era la hora de sus paseos, y así lo hice, pero con tan mala suerte que cuando apenas había encontrado el retrato oí sus pasos y tuve que salir precipitada, con tu foto escondida entre mi

blusa y mi pecho. ¿Te ríes? Pues espera porque no fue ese mi mayor error. Me dio miedo de que tu madre me tomara por loca, intenté devolver el retrato, pero cuando quise hacerlo ya era demasiado tarde y su habitación estaba cerrada con llave. Ay, no sé lo que me entró ni qué diablo me calentó la cabeza... Fueron días tan confusos y yo estaba tan desesperada... Tu madre vino a visitarme a mi habitación, y sentí su mirada rebuscar por entre mis cosas... En fin, no te aburriré con mis tonterías que no te harían entender el pánico absurdo que yo tenía. Oía a tu madre rebuscar por toda la casa, y no se me ocurrió otra cosa que dejar el retrato en el despacho de Leopoldo María, pensando que el desorden de papeles justificaría de alguna manera tanto disparate.

»—Pero qué disparate —dice Arturo entre risas—. ¿Y por qué no dijiste la verdad?

»—Ya lo creo que me hubiese gustado —dice Paloma, también entre risas—, pero es que con Mamá Jazmina no hubo manera, y antes de que le diese tiempo se había autoinculcado. Ya la conoces, ella siempre está dispuesta a cualquier cosa con tal de proteger a los demás.

»—No te puedes hacer una idea de cuánto lamento haberme perdido esos momentos, como tantas otras ocasiones me he perdido por estar fuera. —Y aquí deja de reír, para mirarla fijamente a los ojos—. Paloma, si tantas ganas tenías de ver una foto mía, lo único que tenías que hacer era pedírmela. Te la hubiese dado con mucho gusto.

»Entonces se ve que Paloma está muy avergonzada, pero aliviada también de que todo se haya resuelto con risas, y contenta de haberse quitado de encima unos remordimientos que le pesaban mucho. Impulsada por esta alegría, continúa:

»—Arturo, qué contenta estoy de verte reír tanto. Aunque solo sea por eso, mis niñerías ya han merecido la pena.

»—Sí, te estoy muy agradecido por haberme hecho feliz estos instantes. Me alegro mucho de que nos tengamos el uno al otro en estos momentos tan difíciles.

»—Es verdad que son momentos muy duros para toda la familia. Desde el primer momento en que recibí la noticia de la muerte de tu padre he estado consternada. La noticia ha sido un torrente de agua helada que ha arrasado con toda la familia, nunca olvidaré la cara de Ezequiel cuando oyó la noticia. Yo regresaba de un paseo por los jardines cuando me crucé con Ezequiel, que acababa de llegar a las fincas. Los dos nos sorprendimos de ver la ambulancia

aparcada a la entrada de la mansión, y nos apresuramos, comidos por los nervios, para ver qué había ocurrido. En la misma puerta tu madre nos recibió y nos dio la noticia terrible, y Ezequiel se quedó petrificado.

»Entonces Arturo mira con preocupación a Paloma.

»—El barullo de los nervios y lo desagradable de la situación te deben de haber confundido mucho porque eso no es posible. Yo mismo estaba con Ezequiel cuando Mamá Jazmina descubrió el cadáver de nuestro padre y nos reclamó con sus gritos, yo mismo subí con Ezequiel a la habitación de mi padre y lo vi derrumbarse, y no quedarse petrificado, sino arrastrarse hasta los pies de la cama de nuestro padre y abrazarlo lleno de dolor.

»Paloma aguanta la mirada confusa de Arturo y parece tragar unas palabras que teme decir. Pero, después de buscar en sus adentros el impulso que le hace falta, le asegura:

»—No. Era Ezequiel quien estaba conmigo cuando tu madre nos dio la noticia. Lo sé bien porque cuando coincidimos en los jardines me preguntó si sabía dónde estaba Abel. No me cabe ninguna duda: la persona que yo encontré aquel día, el muchacho que se abrazó a su madre cuando recibió la noticia de la pérdida más grande que puede haber en este mundo, el gemelo que me acompañó mientras yo recibía la noticia era Ezequiel.

»Arturo se siente disturbado. Paloma lo observa, mientras el muchacho no aparta la mirada de la laguna verde. Los dos permanecen en un silencio interrumpido solo por los sonidos de la naturaleza.

Marifé había escuchado a Luisa con la misma atención de siempre. Lo único que había cambiado es que ya no estaban en el rellano de la escalera, sino dentro de la casa de Marifé, sentadas las dos alrededor de la mesa camilla. Marifé le había ofrecido entrar esa tarde, sorprendiéndose ella misma, y la vecina no dudó un instante. Luisa no comentó nada de la casa en un principio, por prudencia, pero en cuanto se atrevió, ya no pudo parar.

—Tienes el mueble del salón parecido al mío.

—Antes se hacían así —le respondió Marifé, con razón.

—Se pierden las costumbres —añadió Luisa, con la misma razón. Y continuó—: Y las enaguas son preciosas.

—Pero difíciles de lavar. Mira qué viejas se ven ya.

—No, están preciosas, como nuevas.

—Las dejo hasta en verano. Estos edificios viejos dan frío siempre.

—Qué paredes más altas, me desesperan. No valen nada más que para ensuciarse.

—Eso mismo pienso yo.

—Tienes la distribución como la mía, pero al revés. Yo el sofá lo tengo en la pared de enfrente.

—Tienes la casa más bonita que yo —dijo Marifé con sinceridad, sin necesidad de halagar.

—No, mujer. Lo que tengo es más luz.

—Porque vives más arriba, y eso se nota.

—No es por eso, es por cómo tengo distribuidos los muebles. No me mires así, que es verdad. Te lo voy a explicar como me lo explicaron a mí. Es algo de los chinos. Lo inventaron ellos.

—¿Los chinos? —preguntó Marifé, pero sin el menor atisbo de perplejidad.

—Los chinos. Según distribuyas los muebles, las energías de tu casa pueden ser de una manera o de otra y lo notas en seguida. Tiene que ver con las coordenadas norte y sur, pero sobre todo tiene que ver con la luz. Sin ir más lejos, si esta mesa estuviera un poco más hacia allá, tendrías más luz. Lo mismo pasa con el sofá. Si lo cambiaras al otro lado, la luz de la ventana no daría sobre el mueble, sino sobre ti cuando te sentaras enfrente, ¿lo entiendes?

—Más o menos.

—Hace falta ser chino para darse cuenta de estos detalles en su totalidad, pero son absolutamente verdaderos. Y la habitación, ¿cómo la tienes? Seguro que está completamente al revés, verás tú.

Luisa no necesitó permiso para levantarse y buscar por el pasillo la habitación de Marifé. Entró directamente en el dormitorio de Roque, y Marifé pensó que se había equivocado, porque Luisa debía de tener la distribución de su casa de otra manera y en ese espacio tendría su dormitorio.

—¿Qué te decía? Estás completamente equivocada, mujer.

—Esta no es mi habitación, es la de mi hermano.

—Pero tu hermano ya no está, deberías venirte tú aquí ahora, a la habitación buena. Por eso digo que estás equivocada.

—Ya veré.

—Y por supuesto cambiar la distribución. Ahora mismo es un disparate. No me quiero imaginar lo que diría un chino si estuviera aquí.

Luisa salió de la habitación con la misma disposición con la que había entrado y volvió al salón. Marifé la seguía como si la invitada fuera ella.

Observaba los movimientos de la vecina, tan seguros y veloces. Era como si la hubiera estado visitando toda la vida, y eso le gustaba. Luisa no dejaba de hablar.

—Si quieres, yo te ayudo a cambiar los muebles.

—Calla, mujer, menudo trajín.

—Trajín, ninguno, si es un momento.

—Si tan bueno es como dices...

No había terminado Marifé la frase cuando Luisa ya estaba remangándose. Sus brazos eran grandes. Parecían rechonchos, pero en cuanto agarró la mesa camilla y empezó a arrastrarla primero y después la levantó a peso, se vio que en realidad sus brazos estaban bastante musculados.

—Ayúdame, que nos la vamos a llevar a esa esquina. Y el sofá al otro lado, frente a la ventana.

—Con el mueble no vamos a poder.

—¿Cómo que no? Esto está hecho en un plis.

Comenzó un no parar de arrastrar muebles. La adrenalina del ejercicio las animaba más y más. Quien las hubiera visto, podría haber pensado en dos niñas jugando con muebles que, más que ser grandes objetos pesados, eran de juguete. Hubo un momento en el que ningún mueble estaba en el lugar que le había correspondido tradicionalmente, pero tampoco estaba aún en el nuevo sitio que le esperaba. Marifé veía su salón patas arriba y le entraban ganas de reír. Era un caos divertidísimo, tanto que se diría que le hubiese gustado dejarlo todo así un buen rato.

—Venga, mujer, que te quedas alelada y no colaboras —decía Luisa, pero en realidad no le estaba pidiendo que la ayudara, pues ella misma iba arrastrando el sofá a un nuevo lugar, con una fuerza como si fuera un elefante empujando a otro con su cabeza—. Ahora toca mover el mueble de la pared. Para que cueste menos, vamos a tener que vaciarlo. Vamos a bajar la tele.

Y la alegría de Marifé se acabó de repente. Se sintió, de golpe, ridícula. No quería de ninguna manera que su vecina viera que la televisión tenía el cable roto.

—Yo me encargo —dijo Marifé, nerviosa.

—No seas bruta que tú sola no puedes. Yo cojo de este lado.

Y, según lo decía, Marifé enrollaba el cable dentro de una mano.

—Así vamos bien; ahora, al sofá.

A la orden de Luisa, colocaron el aparato en el sofá y, con cuidado, Marifé dejó el cable muerto fuera de la vista de su amiga.

—Mira cómo estoy sudando —dijo Marifé, casi sin aire.

—Se nos va a quedar tipito —bromeó Luisa.

Marifé estaba delante del sofá. La última vez que había estado en esa posición había sido unos días antes, cuando llevó la sopa a Roque. Miraba al aparato como en aquella ocasión miró a su hermano. Dio unos pasos atrás para tener más perspectiva y se quedó absorta con esa visión: un televisor sentado en un lugar reservado a las personas, hundido un poco por atrás igual que se hunde un culo, como si también ese aparato pudiera tener vida, sentir, dar órdenes.

Como estaba absorta no se dio cuenta de que Luisa había sido capaz de mover el mueble de la pared ella sola. Y también el resto de los muebles, que ya no estaban desperdigados. Cuando la vecina le llamó la atención, Marifé se dio cuenta de que todo el salón tenía un nuevo orden.

—Venga, Marifé, ayúdame a levantar la televisión, es lo último que queda.

Entre las dos la transportaban mientras continuaba la conversación.

—Muchas gracias, Luisa. Tenías razón cuando decías que no era tan difícil.

—De nada. Vas a ver que ahora es mucho mejor.

—Vamos a tener contentos a todos los chinos.

—Todos los chinos son muchos chinos —reflexionó Luisa, como si de verdad le preocupara que todos los chinos pudieran ir a inspeccionar el edificio para dar el visto bueno a su trabajo—. Y ten cuidado ahora al dejar la televisión no nos vayamos a pillar los dedos. Así. Un poco más al centro. Y ahora siéntate en el sofá. ¿Qué me dices? ¿Es mejor así o no?

Marifé se dejó caer en el sofá, con tanta facilidad como cuando un avión desciende y se sumerge entre las nubes. La ventana, ahora al lado, dejaba pasar la luz del sol que caía a esas horas directamente sobre sus piernas. Era cálida, brillante. Marifé se reclinó al frente para que la luz cubriera más de su cuerpo. Primero, las manos y los brazos, después, la frente, y, finalmente, toda ella.

—Vaya si tenías razón. Ahora es mucho mejor.

El niño enfermo

—Todo es blanco blanquísimo, como si unas sábanas tendidas al viento reflejasen su luz pulcra por todas partes con destellos que de intensos que son ocultan la totalidad de las imágenes. Los suelos brillan con la misma intensidad, y reciben con gusto los fulgores de unos barrotes de hierro, que son los que forman la cama donde está dormido un niño pequeño, de unos diez años. Este niño es moreno de piel y con un pelo negro lleno de rizos como caballitos de mar, por lo que te puedes imaginar que destaca entre tanta blancura y parece un angelillo en el mismo cielo. Sus párpados están cerrados, porque duerme como el ángel que es, y son también un espejo de la luminosidad que entra por todas partes. Pero entonces se oyen unos pasos lejanos que crecen según se acerca el caminante, y la criatura se despierta y se restriega los ojos con los puños cerrados. Se trata de una enfermera de cabellos rubios y brillantes, recogidos en un moño a la moda de antes, que, así vestida de azul, se parece a la virgen del retrato que está encima de la cama. La muchacha, muy jovencita, le dice:

»—Vamos, arriba, que es la hora de levantarse. Tienes que hacer la tarea de hoy, que consiste en escribir un poema para tu papá, porque próximamente será el Día del Padre y tendrás que hacerle un regalo, y no hay mejor regalo en el mundo para un padre que una poesía escrita por su hijo.

»El niño refunfuña como puede, todavía a medio despertar:

»—A mí no me hace falta escribir ninguna poesía, estoy muy enfermo y mis padres entenderán que no es necesario que les haga ningún regalo, siempre me han dicho que no puedo hacer esfuerzos.

»Y se cruza de brazos como señal de que no le da la gana de trabajar. La enfermera sonrío con esas excusas infantiles, pero finge seriedad:

»—No seas tonto, yo te voy a ayudar a escribir el poema más lindo y te recompensaré dejándote tomar de postre las natillas que tanto te gustan.

»Decir esto y cambiarle la cara al chiquillo es todo uno. Le arrebató el lápiz y el papel a la enfermera y se incorpora en la cama. La muchacha le explica:

»—La mejor forma de escribir un poema para una persona querida es pensar en esa persona y luego pensar en otras cosas que nos gusten, por ejemplo, animales, paisajes, recuerdos o incluso alimentos o colores, y entonces pensar en qué se parecen las cosas que nos gustan de esa persona con esos recuerdos e imágenes que también nos gustan.

»El niño, para estar tan pachucho, se dispone rápidamente a escribir el poema y se lo entrega. La enfermera lo lee.

»—Qué poema tan bonito. Ahora ya solo falta entregárselo a tu padre cuando llegue de visita, que será muy pronto.

»En ese momento se oye llamar a la puerta. La enfermera da muestras de alegría muy grandes porque son los padres de este niño los que entran por la habitación. Solo se les ve de espaldas, y muy poco. Les acompañan también dos niños pequeños con pantalón corto; apenas se los ve, pero parecen idénticos. Además, hay otro niño más pequeño aún, que casi no puede andar, y la señora lleva un bebé en brazos. La enfermera continúa con sus aspavientos de alegría.

»—¿A que te da alegría ver a tu familia al completo? —dice, y luego se dirige a la madre—: Lleva todo el día pensando en ustedes. Es un niño muy bueno, cada vez está más sano, así que en no mucho tiempo podrá volver a su casa a jugar con todos sus hermanitos, y cada vez come mejor, sobre todo las natillas, que son lo que más le gusta. —Y con esto lanza un guiño al enfermito. Busca entre los bolsillos de su uniforme y de uno de ellos saca unas natillas, que entrega al muchacho.

»El niño, loco de contento, agarra las natillas y las deja en la mesita.

»El niño no se levanta de la cama, y va recibiendo los besos de sus familiares uno a uno, mientras la enfermera continúa diciendo lo guapos que son todos los niños y lo que se quieren los unos a los otros.

»Entonces, la enfermera dice que lo mejor es que se vaya y los deje solos, porque además se acaba ya su turno y tiene que marcharse. Se despide de los padres con mucha pompa, felicitándolos una vez más por tener un hijo tan agraciado en todos los sentidos.

»—Estoy segura de que la sorpresa que les tiene preparada su hijo les va a ser muy placentera. —Y se va.

»—¿Cuál es esa sorpresa? —pregunta la madre al niño enfermo.

»El niño solamente la mira, con los ojos sin parpadear, y no dice ni media palabra. Como si de repente estuviera solo en su habitación, coge el frasco de natillas de la mesita y empieza a comerlas.

»El padre está asomado a la ventana, y la madre se sienta con el bebé en el regazo, en la cama del niño. Este mira al bebé unos segundos, siempre con sus ojos fijos e inexpresivos. Y la madre vuelve a insistir:

»—Anda, Leopoldito, dinos, qué es eso que tienes preparado, ¿no será un regalo para papá?

»El niño se reclina ligeramente hacia delante hasta poder tocar al bebé, y le acaricia la frente con la mano izquierda. La madre le acerca el bebé un poco más, y le invita a cogerlo mientras le dice:

»—¿A que es preciosa? Es igual que una muñequita.

»El niño sigue acariciando al bebé como se acaricia la cabeza de un gato, siempre con la mano izquierda. En la otra mano, escondida debajo de las sábanas, está el papel con el poema. El niño, que no deja de acariciar al bebé mientras lo mira sin sonreír, arruga el papel hasta hacerlo una bola. Tanto lo estruja que se ven los tendones en tensión, como si fuesen piezas de un robot, y sus venas hincharse cubriendo esa mano de niño que todavía no tiene nudillos.

Esa tarde Luisa había contado su historia mientras ayudaba a Marifé a reordenar la habitación del hermano muerto. La había animado a deshacerse de las ropas, que más falta harían a quienes las recibiesen después de una donación. También a tirar las sábanas viejas y comprar unas nuevas para cuando Marifé se trasladase a esa habitación.

—Esta habitación es la mejor de la casa y no tiene sentido ninguno que se quede vacía, mujer.

—Sí que es verdad que es la mejor. Ahí te tengo que dar la razón.

—Aquí vas a estar como una reina.

—Bueno, con el tiempo...

Habían apartado la máquina de respirar por las noches, hasta que alguien del hospital llegara para llevársela. Luisa la dejó en una esquina, un hueco que, cuando la puerta estaba abierta, quedaba oculto. Cuando ya quedaba poco por hacer, Luisa se sentó a los pies de la cama. No estaba cansada. Era una invitación a que se sentara también la dueña de la casa.

—No sé si he hecho bien contándote el capítulo —arrancó Luisa, a modo de confesión.

—¿Cómo dices eso? Si sabes que me encanta —respondió Marifé, sorprendida.

—He visto que te ponía triste.

—Es que la historia me tiene atrapada.

—No. Estabas triste de verdad.

—Es emoción. ¿Cómo me va a poner triste una historia de la televisión? Ni que fuera una niña, ya sé que lo que cuenta es mentira. Tú misma te emocionas más que yo.

—Estabas triste de verdad.

Marifé había aprendido que ante la insistencia de Luisa no valía responder con su propia insistencia, porque su vecina siempre le iba a ganar.

—Es que está la historia en un momento muy bonito. Me estaba imaginando a ese niño enfermo tumbado en una cama como esta en la que estamos y me estaba dando una pena tremenda. Cuando llega su madre y lo ve, y el niño rompe el poema, sin que la madre siquiera se dé cuenta de que lo había escrito. ¿Y por qué lo habrá roto? ¿Será que lo escribió solo porque quería las natillas? Los hijos a veces son egoístas.

Luisa no hablaba. Marifé, que no estaba acostumbrada a que su amiga estuviera en silencio, sintió que tenía que seguir hablando.

—Y, escuchándote, me he acordado de cuando yo era más joven y mi hijo era un niño, de las cosas que hacíamos, de nuestras costumbres. Fíjate tú qué tontería. Me he acordado de una manía mía con los zumos de naranja. Álvaro, el pobre, caía enfermo cada dos por tres. Todas las gripes, todas las epidemias que hubiera en el colegio, las pillaba. Piojos nunca —dijo con orgullo, y aprovechó para mirar de reojo a Luisa, que la escuchaba con atención—. Hubo una vez que Álvaro pilló el sarampión y tuvo que quedarse en casa una buena temporada. Entonces se decía que la mejor manera de curar a los niños era con zumos de naranja, sobre todo para prevenir las recaídas. Pero Álvaro odiaba los zumos, así que yo me inventaba que se los tenía que tomar rápidamente, y sin dejar nada en el vaso, porque bastaba que se dejara un poquito para que el diablo llegara y se quedase con las vitaminas de todo el zumo. Lo estoy viendo como si lo tuviera aquí delante. En su cama, tristón todo el día, hasta que llegaba yo con mis zumos y mis cuentos del diablo y de las vitaminas. Se bebía el vaso entero de un trago, con ansia, y todo con tal de que el diablo no se llevara nada.

Marifé terminó su historia con una sonrisa. Luisa seguía sin hablar. Eso, tan excepcional, agitaba a Marifé, que sentía que tenía que continuar interrumpiendo el silencio. Tenía un nudo de angustia, pero no lo notó hasta que ya abandonaba la garganta y llegaba a su cabeza. Salió en forma de dos pequeñas lágrimas. Luisa seguía sin decir ni una palabra. Marifé estaba perdida. A la angustia se sumaba la extraña y novedosa responsabilidad de tener que llenar los silencios. Lo sentía como una traición. ¿Qué le pasaba a Luisa que no hablaba? Era como si fuese otra persona. Ni una palabra de consuelo. A modo de defensa, pero también de rendición, Marifé dijo:

—No sabes lo que es que un hijo no te quiera. Es como una enfermedad. Es peor, porque con una enfermedad sabes si hay cura o si no la hay, o si puedes hacer algo o no puedes. Pero cuando un hijo ha dejado de querer a una madre el dolor es tan grande que no sabes si hay algo que hacer.

Marifé se secaba las lágrimas con los puños. Eran ya un río largo que le bañaba toda la cara.

—Ay, qué tonta soy. Va a resultar que sí que me creo las historias de la tele como si fueran de verdad. Además, que seguro que al final todo se arregla porque en la televisión las historias siempre acaban bien.

Luisa se levantó de la cama. Era como si el permiso para descansar que había dado antes se hubiese acabado. Se puso a recoger objetos mientras hablaba:

—No digas nunca más que eres tonta, si a mí me pasa igual. A veces, cuando veo la televisión, lloro y río sin parar y hay veces que hasta lloro mientras río y llega un punto que no sé si estoy llorando de alegría o de pena. Seguro que me oyes por el patio porque en este edificio, con poco que tengas las ventanas abiertas, todo se oye.

Un rayo sacudió a Marifé. Luisa continuó hablando.

—Bueno, ya no queda casi nada por tirar. Solo estas medicinas que ya no sirven. Las pongo todas en esta caja si te parece, y cuando vengan los del hospital que se las lleven también. Las medicinas no se tiran, ahora se reciclan y sirven como si fueran nuevas. Ahora todo se recicla.

Luisa dejó la caja con las medicinas de Roque junto a la máquina de respirar por las noches, escondida, detrás de la puerta. Marifé miró por la ventana que daba al patio. A través de ella se veía también la ventana del salón y, en la planta de arriba, la ventana del dormitorio de Luisa, que resplandecía.

—Vaya, me he dejado la luz de mi dormitorio encendida —apostilló Luisa.

Marifé estaba segura de que desde el dormitorio de Luisa se veía todo su salón, hasta el fondo. El lugar donde había estado el sofá, el trozo de suelo donde Roque había caído fulminado, el sitio desde el que ella había visto al hermano morir. Marifé imaginó a su vecina observando la escena de la muerte, pasiva, como una espectadora de televisión. Desvió su mirada de la ventana cuando notó la mano de Luisa enjugándole la cara, mientras le decía.

—Y con esto ya está todo. Guardado y bien guardado. No te tienes que preocupar de nada más.

Miraban las dos mujeres por la ventana. El patio estaba silencioso. Solo salía la luz tenue de la ventana de Luisa.

—¿Ves qué cerca estoy? Pues ahí me tienes. Para cualquier cosa que necesites.

Y con esas palabras se despidió hasta el día siguiente.

Los sueños

—La señora doña Leonor está sentada en su habitación, en una silla de madera como el trono de una emperatriz. Está doblando pañuelitos y amontonándolos uno encima de otro. Sus brazos, como siempre, van cubiertos por unos guantes. En esta ocasión son de raso de color púrpura que va a juego con el resto del traje, que es entero del mismo color. Su cabello rubio o, más bien, teñido de rubio, está peinado como siempre de la mejor de las maneras, pues, aunque nunca se la ve ir o venir de la peluquería, está claro que a esta señora la cuida un artista.

»Llaman a la puerta y doña Leonor tarda en dar permiso para entrar. Antes, deshace la torre que había construido con los pañuelos y los esparce por encima de la mesa, inventando un desorden que no existía. Mamá Jazmina entra en la habitación, sujetando con las manos sus enaguas como si se las fuera a pisar. Tan regordeta, bajita, es como el muñeco de un bebé, pero con sus cincuenta primaveras bien cumplidas, y seguramente hasta las sesenta. Todo en ella es rechoncho y sin esquinas, y como cubre su cuerpo con una tela encima de otra, se forman redondeces por todas partes. El pelo de la cabeza nadie se lo verá jamás, porque lo lleva tapado con uno o varios trapos, normalmente blancos como su mandil inseparable que lleva siempre puesto. Es un blanco limpio, que contrasta con su piel africana, dura y hermosa, tersa sin ninguna arruga. Sus pechos enormes están descolgados, tanto o más que su barriga, y si se le mira bien la cara no se sabe si tiene una o tres papadas. Así es ella, parece una persona que está siempre recién levantada por una alarma que acaba de sonar. Pero estos rasgos no la hacen desagradable a la vista. Decir que es como un muñeco es lo más exacto, porque se trata de una mujercita a la que dan ganas de abrazar, aunque solo sea para comprobar

cuánto pueden hundirse sus carnes.

»Todo un contraste con la escuchimizada doña Leonor, que no se levanta de su sitio cuando entra la criada, y tarda en preguntarle que qué la trae a su habitación. Como Mamá Jazmina prolonga su silencio, doña Leonor intuye que no se trata de una conversación cotidiana.

»—¿Se puede saber qué te pasa?

»Mamá Jazmina sigue en silencio, al lado de la señora. Mira la silla que está junto a la mesa en la que está doña Leonor, pero no se atreve a sentarse. La señora mira también la silla y a Mamá Jazmina, pero no se la ofrece, la malvada... Al revés, se levanta y le dice:

»—Jazmina, no estoy para tonterías ni silencios ni misterios, si te pasa algo me lo dices rápido y continuas con tus tareas que últimamente anda todo muy descuidado.

»La criada le responde:

»—Solo quería decirle, señora Leonor, que... pues que como no he tenido ocasión de verla a solas, quería decirle que siento mucho lo del señor Leopoldo María y que sé que sus hijos y Paloma le echarán mucho de menos y que nada volverá a ser igual en esta casa.

»Doña Leonor escucha a la criada, pero no la mira. Recibe estas palabras de espaldas, las dos mirando al frente, como si las personas normales tomaran estas posturas para hablar. Pero el caso es que ahora es la señora la que aguanta los silencios y tarda en responderle:

»—Sí, sí, muy bien, me doy por enterada. Y ahora basta de lamentaciones y de razonamientos que no nos conducen a nada. Puedes marcharte y continuar con tus cosas —concluye con su frialdad habitual.

»Mamá Jazmina hace el amago de marcharse, y la señora permanece siempre de espaldas. Pero antes de girarse completamente, Mamá Jazmina saca fuerzas de alguna parte y le dice:

»—Verá usted, señora. ¿Cuánto tiempo hace que trabajo en esta casa? ¿Veintiocho años? Usted me conoce bien, como yo la conozco a usted. —Y aquí doña Leonor pone la cara de sapa más sapa que imaginarse pueda—. Es por esto que quisiera hablarle, aunque sé que a usted no le guste, pero se trata más bien de una necesidad mía, de un susto muy grande que tengo en el cuerpo y que tengo que confesarle. Por eso le pido, por todos estos años de fidelidad, por los favores que le debo y que siempre le agradeceré, que me deje que, aunque solo sea por una vez, le hable a las claras y me desahogue de un pensamiento que me carcome. Deme un minuto solamente, no le pediré más.

No le pediré tampoco respuesta, pues lo único que quiero es que me escuche. Es solamente esto, se trata solamente de un sueño, de un sueño breve y fugaz como un latigazo de fuego. Es un sueño que tuve hace unos meses, y que se me viene repitiendo cada noche desde entonces. Comienza con uno de los señoritos gemelos, no sé si Ezequiel o Abel, que se está bañando desnudo en un río. Da chapuzones y piruetas, porque es un niño, pero a veces no es un niño, sino que es el señorito tal y como lo conocemos ahora. Cuando se zambulle como niño, es feliz, lleno de energía, risueño como lo son solo los niños, pero cuando es mayor, aunque da las mismas piruetas y chapuzones, es un hombre preocupado. Sus piruetas no son juegos, sino los movimientos de alguien que está alerta, como los de un bañista que teme que haya tiburones en las profundidades. Sale y entra en el agua, lleno de nervios, todo son aspavientos, como si el agua le quemase, o como si buscase algo en lo hondo del río. Vuelve a ser niño y las mismas zambullidas son otra vez jugueteos inocentes. A continuación, se le acerca el otro gemelo, sea quien sea, y juega con él de niño, y se preocupa con él de mayor. Y, entonces, llega un tercer gemelo, idéntico a los otros dos, y después un cuarto, y un quinto, y un sexto, y así hasta que esta escena se repite miles de veces y todo el río está lleno de gemelos que se zambullen y salen. Y aquí me llega una visión terrible que no logro interpretar: todos los gemelos, niños y mayores, comienzan a gritar de repente como si las aguas estuviesen hirviendo y, en menos que canta un gallo, se convierten en ratas, ratas enormes y peludas, grandes como leones. Tantas ratas hay que no se ve el agua, pero es que resulta que ya no hay agua porque todo el río es un torrente de ratas que fluyen las unas por encima de las otras, haciendo sus ruidos de rata, chirriando sus dientes de rata y arrastrando sus colas terribles de rata. Todas se dirigen a un mar de ratas, tan inmenso como los mares de verdad, cubierto como un universo de ratas. Pero resulta que, al final del horizonte, cuando parece que las ratas van a llegar hasta el infinito cubriéndolo todo, hay un hueco muy grande, como el que hizo Moisés en el mar Rojo cuando se abrieron las aguas. Y en ese desierto entre el mar de ratas hay un señor muy mayor que tiene solo una pierna y grita aterrorizado. Le gustaría escapar, pero se ve rodeado de ratas, y llora de angustia al comprobar que su única pierna está atada a las profundidades desnudas del mar de ratas con una argolla indestructible. Entonces, aparecen Ezequiel y Abel sobre una barca de madera que surca el mar de las ratas y, cuando dan una orden que yo no entiendo porque está dicha en el lenguaje de las ratas, todas las ratas infinitas de ese mar se abalanzan sobre el viejo sin pierna y lo devoran vivo.

Se comen los ojos, arrancan de su cabeza sus pelos uno a uno con una fuerza que más que de rata parece de pantera. Engullen sus dientes, uno tras otro, le absorben la sangre y, cuando ya no queda nada más que la calavera, se marchan dejando en el desierto la barca con los gemelos. Ezequiel y Abel bajan de la barca y observan la calavera cogidos de la mano. Entonces, uno de ellos la besa y rompe a reír, mientras el otro, que ahora es un niño pequeño otra vez, llora sin consuelo.

»Doña Leonor ha escuchado este relato tan extraño con mucho más interés del que le hubiese gustado aparentar. Cuando Mamá Jazmina comenzaba hablando de los gemelos, doña Leonor ponía cara de desagrado, como si no le pareciese correcto que su criada soñase con sus hijos. Después, mientras le contaba todo lo de las ratas, la señora hizo un amago de querer parar la historia, pero Mamá Jazmina no le dejó abrir la boca y continuó con su relato. Pero lo más curioso es que mientras contaba toda la parte del viejo atado a las profundidades del mar de las ratas, la señora Leonor ponía una cara terrible que bien podía ser de asco o de preocupación.

»Cuando Mamá Jazmina termina de contar su relato, doña Leonor continúa guardando silencio. Siempre de espaldas, se la ve reflexionar y poner caras que Mamá Jazmina no está viendo. Son caras de ansiedad, de impaciencia, de desesperación, gestos que se revuelven por su rostro como si los rasgos fuesen hormigas que se mueven deprisa por la tierra. Y entonces estalla, como si hubiese estado intentando que el silencio pudiese contener el vapor que la iba a hacer explotar, pero no hubiese podido, y comienza a decir todas las barbaridades del mundo.

»—¡Vieja idiota del demonio! ¿Quién te manda venir con tus bobadas de loca? ¿A quién crees que le interesan tus sueños de curandera borracha? ¿Cuál es el significado de esta chifladura que me cuentas? ¿Por qué vienes a romper mi paz con tus demencias? ¿Es posible? ¿Es posible que después de tanto tiempo sigas creyéndote tus manías con los sueños? ¿De verdad sigues creyendo, loca del demonio, que tus sueños te revelan el futuro, que solo hace falta descifrar las claves para entender que te hablan de algo que va a ocurrir próximamente? ¡Fuera! ¡Fuera te digo! ¡Largo de mi vista! ¡Al demonio con tus sandeces y tus barrabasadas! No vuelvas a intentar perturbarme con tus boberías ni tus ensoñaciones, y recuerda lo que te digo: si insistes en tus adivinaciones, si cuentas media palabra de esos disparates tuyos, sabrás hasta dónde puedo llegar y comprobarás que ninguna de tus pesadillas tiene los colores suficientes para pintar el terror que yo sería capaz de causarte.

»Pero estos gritos no amedrentan a Mamá Jazmina. Al contrario, saca fuerzas para enfrentarse a su señora, y le dice:

»—No sé si sería posible hacer lo que me dice, olvidarme de los sueños y de las advertencias que traen. Pero lo que sí sé es que sería una equivocación, como lo fue ignorar esas advertencias cuando llegué a esta casa hace ya tantos años y usted no me quiso escuchar. Doña Leonor: no me haga poner en palabras lo que tantos años llevamos intentando olvidar. Algunas personas nacemos con fuerzas especiales que nos hacen únicas. Usted es una de ellas, y yo también. Igual que a usted solo le basta con desear el mal para que ocurra, a mí me basta soñar una tragedia para que se cumpla con el tiempo. Por eso no le sorprenderá que le diga que soñé la muerte del señor Leopoldo un día antes de que ocurriera. Y por eso temo que los gemelos vayan a hacerle algún daño al señor Maldonado.

Sería la medianoche cuando Marifé se acostó en su cama pequeñita, en la de siempre, la de la habitación sin ventana. Lo último que había hecho esa noche había sido tender en el patio una lavadora. Eran unas sábanas de matrimonio que estaban sin estrenar. Hacía lo mismo con la ropa nueva: no se la ponía sin lavarla antes, porque recién llegada de la tienda no implicaba que estuviera limpia. Olor a plástico no era olor a limpio. Las sábanas nuevas estaban tendidas en el patio y, como estaba haciendo un día de calor y sin humedad, pensó, por la mañana ya estarían secas.

Cayó rendida en seguida. Primero vino un duermevela agradable, en el que se mezclaron imágenes que resumían su día con las historias que le había contado Luisa. Después, reconfortada en el calor que desprendía su propio cuerpo, disfrutó de un largo rato durmiendo hondo y sin sueños. Entonces salió de esa profundidad porque llegó una pesadilla. Marifé se agitaba entre las sábanas. Empapada, hundía la cabeza en la almohada y tanto se movía que un borde de la sábana se enrollaba fuertemente, convirtiendo en una cuerda resistente lo que no era sino un trapo fino. Por suerte se despertó. Incorporada, cubrió con las palmas de las manos sus brazos, para darles calor, pues el mucho sudor los había enfriado. Recordaba perfectamente lo que acababa de soñar.

Estaba Álvaro bañándose en un río, de niño. Extrañamente, después de cada chapuzón resurgía del agua con una edad distinta, sin orden. Entraba en el agua

el Álvaro adulto y salía el bebé, y después de sumergirse volvía a salir de adolescente. Ella le llamaba en la distancia y le pedía que saliera del agua. Pero Álvaro seguía con su baño, feliz. La Marifé del sueño entraba en pánico porque veía que de la distancia llegaba una horda de ratas, directas al río donde estaba su hijo. Y, detrás de las ratas, el marido, subido a una barca que navegaba sobre las mismas ratas. De las manos del marido, miles de correas atadas a los cuellos de las ratas, como si fueran sus mascotas. Y Álvaro sin oír los gritos de la madre, que no podía evitar que la infinitud de ratas se abalanzase sobre él y lo devorase. En ese punto es cuando se despertó.

La cama estaba toda empapada. Marifé salió de la habitación pequeña, se asomó por la ventana y comprobó que las sábanas tendidas estaban casi secas. Las recogió intentando hacer el menor ruido posible. Miraba sin parar la ventana de Luisa, para comprobar que no la despertaba. Con el mismo sigilo, puso las sábanas sobre la cama de matrimonio. Pasaba su mano suavemente, disfrutando del tacto que daba el grosor de una sábana por estrenar. Notó, con agrado, que el roce de su camión con las sábanas nuevas producía chispas de electricidad estática. Se arropó plácidamente y siguió disfrutando de ese tacto, ahora por todo su cuerpo.

Entonces la luz del salón de Luisa se encendió y cayó sobre la cama de Marifé, como si fuera otra sábana más. Luisa se asomó un poco, sonrió, se metió de vuelta en su dormitorio, y su luz se apagó. Pero Marifé no se dio cuenta de nada porque para entonces ya estaba dormida en la cama grande.

La explosión del amor

—Está Arturo tumbado en una hamaca, en el patio de la mansión. Se ve mejor que nunca su pecho, que es moreno, generoso como dos grandes filetes de carne. En medio, viene partido por una línea que es como la cuenca de un río, fina al principio pero que va ensanchándose y desemboca en un mar de abdominales que son de otro mundo, porque en este mundo de los vivos cuerpos así no hay. Tan dorada es su piel que el color de un campo de trigo parecería gris si se comparasen. No hay ni un solo vello, como si la naturaleza sabia no quisiera que nada pudiese entorpecer la contemplación de una de sus maravillas. Solo se ven unos poquitos pelos debajo del ombligo, un rastro negro de virilidad que es como un camino lleno de señales.

»Por supuesto, en la mansión tenía que haber una piscina. No está lejos del porche por el que se ha visto pasear a doña Leonor, el mismo en el que hablaban aquella noche Arturo y Paloma. Ahora está Arturo recostado en una hamaca al lado de esta piscina. Lleva un albornoz amarillo que cubre su cuerpo, pero deja ver las piernas. Lee un libro, sin mucho interés, hasta que se da cuenta de que detrás del libro está Paloma observándolo fijamente, con sus ojos de chiquilla que le echan una mirada sin parpadeo y una sonrisa abierta. Paloma, como el animalillo que es, le quita el libro de las manos. A Arturo, que tan apesadumbrado está desde la muerte del padre, y más con los remordimientos de haberse quedado sin verlo, le divierte esta chiquillada, y sale corriendo detrás de la muchacha. Suben por los sillones de mimbre de la terraza y se cuelgan por las hamacas.

»—¡Devuélveme mi libro ahora mismo! —le grita entre risas.

»—Si sigues estudiando tanto te vas a convertir en un repelente. No te me acerques, ¿eh? Como des un paso más, el libro va al agua —amenaza Paloma

mientras sujeta el libro sobre la piscina.

»Arturo ríe y salta sobre Paloma como una pantera que saltase sobre un cervatillo, y lo hace con tanta fuerza que los dos caen al agua al mismo tiempo. Se están divirtiendo tanto que ya no parece importarles que todas las hojas del libro estén flotando ni que la bata de Arturo se haya perdido por el camino. Paloma tiene todas sus ropas pegadas al cuerpo, y cualquiera diría que iba vestida para la ocasión porque su camiseta transparente se le ajusta como una pieza de seda y la mejor ropa de baño no le quedaría mejor que la ropa interior que lleva puesta. De tanto reír y chapotear, a Paloma se le mete agua por donde no debe y empieza a toser. Arturo no puede evitar unas risas mientras intenta socorrerla, pero de tanto que ríen y ríen, Paloma se ahoga cada vez más. Entonces Arturo coloca una mano en la espalda de Paloma y otra en su pecho justo donde acaba el cuello, y la tumba boca arriba para que flote en el agua. Paloma, apoyada en el brazo fuerte de Arturo, flota como un nenúfar, sus cabellos abiertos como los de una Venus que sale de las aguas.

»—Así, ya se te va pasando —le dice Arturo en voz baja, y Paloma permanece muda, con los ojos cerrados, dejando el peso de su cuerpo sostenido únicamente del brazo de Arturo, disfrutando de la ilusión de que alguien juegue a salvarle la vida.

»Hay un silencio que lo cubre todo de paz, pero repentinamente este silencio se revela una pátina espesa de incomodidad. Arturo suelta de golpe a Paloma porque presiente una mirada que los observa, y sale rápido del agua cuando descubre que el señor Maldonado los contempla desde el mismo borde de la piscina.

»—Cómo me gusta ver alegría en esta casa —dice el viejo—, de verdad que me congratula encontraros en esta calma y comprobar cómo un hijo y una hija, porque, Paloma, sabes que tú puedes considerarte una hija, cómo un hijo y una hija, decía, cómo dos hermanos luchan juntos por superar la pérdida de un padre. Pero no quiero molestaros, no dejéis que un viejo como yo interrumpa vuestros juegos inocentes, haced como si no me hubieseis visto, por favor. He venido solamente a hablar con vuestro hermano Leopoldo María, cosas de negocios, ya sabéis. Tan tonto soy, después de tantos años, no sé ni cómo no he recordado que los lunes es el día en que Leopoldo María va a la ciudad. Me dolería bastante haber hecho este viaje en balde y aunque, repito, lo último que quiero es molestaros cuando estáis divirtiándoos tan plácidamente, creo que Arturo podría ayudarme y dejarme entrar en el despacho de Leopoldo María. Necesito encontrar unos papeles, un asuntillo

sin la mayor gravedad. Estoy seguro de que no te costará nada ponerte decente y acercar a este pobre viejo al despacho. Sé que no me dirás que no, y que tampoco tendrás ningún problema en conseguir la llave. Es solamente una pequeña cosa, de verdad, no quiero molestaros, en cuanto haya encontrado esos papeluchos me volveré a casa y os dejaré donde estabais, tranquilos, relajados, disfrutando de esa cosa tan bella como es el amor entre hermanos.

Marifé ya había hecho todas las tareas previstas para ese día cuando se puso a echar cuentas. Nunca hubiera imaginado que un funeral fuese tan caro. Cuando el entierro de su padre, hacía tantos años ya, las cosas eran de otra manera. Verdaderamente el mundo se estaba volviendo loco. Dejó los papeles con mucha frustración y viendo que, por más que tachara y borrara, los números nunca iban a estar de su parte. Apoyó las dos manos sobre la mesa, con las palmas abiertas. Quien la hubiera visto habría pensado que estaba invocando a algún espíritu, pero solo estaba dándose un tiempo para pensar. Se levantó y buscó en la cocina su pequeña caja de herramientas. Volvió al salón y desplegó en el suelo todas las que había y dedicó a cada una de ellas unos momentos de atención. Todas ellas tenían algo amenazante, con sus picos puntiagudos, sus bordes dañinos y sus brillos metálicos como guillotinas. Seleccionó de entre todas unos alicates, con mandíbulas que cuando se juntaban sonaban como deben de sonar las pirañas. También cogió un cuchillo, idéntico a los que tenía en la cocina, pero este oxidado y ennegrecido. Añadió una cinta de celo, gruesa y oscura, como las que se ven en las películas cuando un secuestrador amordaza a su víctima. Cogía Marifé cada utensilio sin dejar de mirarlo, como haría un torturador dispuesto a disfrutar de su sadismo. Los apartó momentáneamente. Con esfuerzo, metió la mano entre el mueble y la pared y consiguió agarrar el cable suelto de la televisión. Con el cuchillo, peló un poco el plástico que envolvía las dos puntas del cable cortado y luego unió los pelillos. Usó los alicates para apelmazar la unión de los dos cables, que cubrió cuidadosamente con celo.

Marifé miraba fijamente los dos agujeros del enchufe en la pared, como si fuesen dos insectos que hubieran entrado en su casa y no estuviesen dispuestos a irse. Tan pequeñitos y, sin embargo, tan amenazantes, eran también como dos ventanas que introducían en su hogar toda clase de peligros. Agarraba fuertemente el cable de la tele como si fuera su única defensa frente a los dos

agujeros malditos. Apretó las mandíbulas y, como el navajero que ha empuñado su arma sin querer usarla hasta que se ve acorralado, hundió el enchufe en los dos agujeros.

Fue un golpe seco. Y el estruendo que siguió pilló a Marifé completamente desprevenida. El sonido, como una bomba, salió de las paredes de todo el edificio y retumbó un segundo que pareció eterno. ¿Cómo podía ser que dos agujeritos tan diminutos pudieran ser el epicentro de un susto tan grande? Marifé miró sus brazos y sus piernas, y se llevó una mano al pelo, revisando que todo estuviera en su sitio. Calmada al comprobar que nada le había pasado, reparó en que la oscuridad era total. Había sido como un eclipse. Pero no lo había causado la Luna ni ningún planeta. Era un eclipse creado por ella misma.

Pérdida de papeles

—El señor Maldonado es un mal bicho. Se le ve ahí plantado, con esos bigotes de estropajo viejo, apoyado en su muleta que es como si fuese una espada. Está nerviosísimo, rebuscando entre montones de papeles. Nunca antes se había visto su casa, y lo poco que se ve ahora, que es su despacho, es un caos tremendo. De las paredes no cuelgan retratos, lo que demuestra que es un hombre solitario, sin familiares ni nadie que considere que merezca la pena estar colgado en sus paredes. Que vive solo se ve también por el propio desorden que desborda todo, no solamente el montón de papeles con el que se pelea como un poseso: también una mesa de billar llena de libros acumulados sin orden ni concierto, un sillón de mucha apariencia sobre el que hay un abrigo encima de otro, un flexo en la mesita que tiene una bombilla fundida y otra que parpadea. En fin: un sitio que fue de mucho lujo hasta hace algún tiempo, pero que está ahora descuidado.

»En este maremágnun revolotea el señor Maldonado como un torbellino. Por si fuera poco el desorden, rebusca entre los montones y arranca papeles como los hombres de campo arrancan las malas hierbas, y los lanza por todas partes. Del sudor que le cae de la frente le resbalan las gafas por su nariz picuda, pero tan ofuscado está en su búsqueda que no repara en colocárselas bien. En estos momentos suena la puerta, y el señor Maldonado grita como una fiera:

»—Pasa, adelante, a buenas horas me llegas, Rufo del demonio, bien debes saber que a mí no se me hace esperar. Bestia ignorante como tú habrá muy pocas, y siempre me toca a mí lidiar con ellas, ¿qué sabrás tú de la situación en que me hallo? Porque el embolado es bueno, no aparecen por ninguna parte, me he traído los papeles del niñato, pero no están entre este montón.

»Y en este momento se ve entrar en el despacho a aquel hombre tan brutote que se vio con Marilú y Leopoldo María en el funeral de Leopoldo padre. Es un calvo horroroso, con dientes amarillos y los ojos hundidos y tan negros en su alrededor como negro es el iris. Los labios de tan finos que son dejan de existir y cuando abre la boca parece que va a salir una lengua de lagarto. Pero, no, sale una lengua normal. Va a decir algo, y entonces...

El disgusto de Luisa era tremendo.

—Esto era lo único que había visto yo, ¿a que no es casi nada? Apenas unos minutos. ¿Te das cuenta de mi situación? ¡Ay! El disgusto que tengo encima no tiene nombre. Menudo sofoco, para mí se me queda el mal trago y el mal rato que llevo pasando todo el día, y lo descompuesta que ando, con todo el cuerpo revuelto y sin probar bocado. La pena que siento por no poder contarte bien lo que pasó, y la mortificación en que me vi cuando se fue la luz, no se la deseo a nadie. ¿Cómo me voy a enterar ahora? A ver, ¿a quién pregunto yo ahora en qué se quedó el episodio de ayer? Porque fue justo en ese momento, cuando el tal Rufo entraba en el despacho, que se fue la luz de golpe y porrazo, y me quedé a oscuras por fuera y por dentro. Fue tan poquito el tiempo de placer, y me supo a tan poco, que más me hubiese valido no ver nada en absoluto. Pero, no, eso hubiera sido peor, porque por lo menos pude disfrutar, aunque fuese por tan breve tiempo, de estas intrigas y estas gentes, que, no sé lo que tendrán, hacen a una sentir la ilusión de que... de que unos pocos instantes de cada día, además de mi casa de verdad, donde cocino, limpio y hago mis cosas, además de esa casa, tengo otra que es una mansión y donde pasan cosas que no se ven en el mundo real. ¿A que sí? ¿A que a las mujeres como nosotras estas intrigas no nos pasan?

Marifé buscaba palabras de consuelo, pero nada podía hacer para calmar a la vecina, que seguía con su perorata.

—Ya es mala suerte. Con la de horas que tiene el día, que el apagón tuviera que ocurrir precisamente en mitad del episodio. ¿Y por qué sería ese apagón? Afectó a todo el edificio. ¿No te diste cuenta?

—Un poco... —respondió Marifé, casi sin voz.

—Estos edificios viejos... un día salimos todas ardiendo.

—No será para tanto, no te apures.

—No tenemos bien los plomos. En las casas de ahora estas cosas se hacen

bien: cada piso con sus plomos. Pero en estos edificios viejos cualquier día tenemos un disgusto.

—Ya verás que no.

—¿Tú qué crees que pudo pasar? —continuó Luisa, pisando el silencio de su vecina.

—Yo es que de apagones no entiendo.

—Me refiero a la tele. ¿Qué pasaría en el resto del capítulo? Seguramente algo que tiene que ver con el papeleo que tanto preocupa al señor Maldonado. Tiene que ser algo importante que une a Leopoldo María con Maldonado, y el Rufo este está implicado también. ¿Qué serán esos papeles? A veces en las historias de la televisión los personajes hablan mucho de documentos y de papeleo y le dan mucha importancia, o mejor dicho, son excusas para algo importante, aunque en sí mismos ni siquiera entendemos lo que son, ¿me explico? Vamos: que me importa un pepino lo que sean esos papeles, porque lo importante es lo que representan y a lo que conducen, que tiene que ser un lío de tomo y lomo.

Y algo hizo clic en la cabeza de Marifé. Inventó excusas que ella misma no reconocía para despegarse de su vecina, a la que dejó plantada en el rellano, y corrió a su piso. Le temblaban las manos y no acertó a meter las llaves a la primera. Corrió a su salón. Buscó por los cajones del mueble, por los de la mesita de noche, entre las carpetas donde guardaba las cartas del banco, las de la seguridad social, las facturas de la luz y del gas, las instrucciones de los electrodomésticos. Arrancó los libros de la estantería y los sacudió en el aire, haciendo así que cayeran hojas sueltas. En unos segundos todo el salón y hasta el pasillo estaban inundados de papeles. Ella era un punto sobre ese océano de papeles, blanco como un mar agitado donde solo hubiera espuma de las olas. Pero los que buscaba Marifé no se veían por ninguna parte, y por eso estuvo a punto de gritar. De alguna manera, encontró fuerzas para contenerse, y por eso el grito no salió de su garganta.

Amor propio

—Otra vez en la piscina. Pero todo tan diferente a como estaba en la última ocasión... La otra vez había una luz celeste que llenaba todo de brillos, con ese cuerpo moreno de Arturo, y una blancura resplandeciente en las paredes. En estos momentos parece otro mundo. Arturo está tumbado en la misma hamaca y ahora tiene otro libro entre las manos, pero no logra concentrarse y lo aparta de su lado. Es cuando quita los ojos del libro que se da cuenta de que Paloma se acerca a la piscina con su traje de baño, y ve cómo la muchacha se da media vuelta al verlo a él. Arturo vuelve a coger el libro, pero entiende al momento que no va a conseguir concentrarse ni medio segundo. Se levanta de la hamaca otra vez, respira muy profundo para sacar fuerzas y llama a Paloma con ese vozarrón que Dios le ha dado.

»—¡Paloma! Espera, quiero hablar contigo.

»Para la chica es como si la voz de Arturo fuese una piedra arrojada con toda la fuerza contra su pecho, porque en cuanto la escucha se queda fosilizada y detiene su paso con cara de ojalá se abriera la tierra y me tragase viva. Caminando sobre sus propios silencios, la pareja se reúne y, aunque tarda en arrancar, Arturo le dice:

»—Paloma, me parece absurda la situación en la que hemos vivido estos últimos días. Noto que un abismo desagradable se ha abierto entre nosotros y me pesa mucho respirar una violencia tan grande. Me duele tanto ver cómo me evitas cada vez que nos cruzamos por los pasillos de la casa, o cuando vas paseando por los campos y cambias de rumbo para no coincidir conmigo, o cuando finges estar indispueta para poder ausentarte de las cenas. Me siento responsable por no haber sabido reaccionar ante el señor Maldonado, que tan incómodos nos hizo sentir, y a todo esto se le añaden unos remordimientos muy

grandes por haberle dejado entrar en el despacho de Leopoldo María sin haberle pedido permiso a mi hermano mayor.

»Paloma escucha estas palabras con dolor, sin responder nada. Cuando hace un amago de abrir la boca, Arturo, que la mira desde arriba, le dice:

»—No llego a entender qué puede pasar por la cabeza de ese señor, ni quiero imaginármelo. Es más, quiero pensar que no me importa. Porque no quiero que nada enturbie nuestra preciosa unión. Este hilo que nos comunica y que debe ser invisible para todos los demás, pero que es como una cuerda muy gruesa para nosotros, en la que no podemos enredarnos y a la que tenemos que temer, porque es una cuerda innombrable que lucha por atraparnos y contra la que tenemos que batallar, para no dejar que este amor de hermanos tan inmenso que nos tenemos nunca se desvíe y crezca cada día más, pero siempre como lo que es, lo que debe ser, el cariño fiel y limpio de dos hermanos.

»Paloma hace un intento por hablar, pero la voz se le ha perdido en una fuente de dolor y vergüenza, y solamente acierta a decir un “sí” que le sale apagado e inofensivo. Evitando la mirada de Arturo, se levanta con recato de su asiento y, cuando está bien segura de que el muchacho no la puede ver, apresura el paso hasta correr, y acelera cada vez más y más. Va corriendo por los campos, soleados como nunca, y aunque es evidente que lucha con todas sus fuerzas por contener unas lágrimas que quieren escaparse, no puede controlar que dos borbotones le broten de los ojos como dos torrentes. En la inmensidad de los campos, llora a lágrima tendida y no le importa suspirar ni lanzar sollozos que le salen entrecortados por la angustia. Sus ojos están rojos cuando se detiene para intentar tomar el aire que le falta. No deja de llorar y sin duda se cree sola. Pero en ese momento percibe algo oscuro en el horizonte. Con las muñecas y las palmas de las manos, como si fuese una niña pequeña, enjuga las lágrimas de sus ojos para poder ver mejor. En el fondo de un camino desconocido para ella va caminando doña Leonor, altiva como siempre, veloz en sus movimientos de reptil. Lleva una bolsita muy pequeña y sus pasos son seguros. De repente, doña Leonor se para y vuelve la cabeza hasta que su mirada coincide con la de Paloma. La cara de la señora es un retablo de maldad y furia. Acelera el paso hasta casi correr y en unos segundos se planta donde está Paloma y le grita colérica:

»—Maldita muchacha husmeadora, ¿qué se te ha perdido por aquí? ¿Quién te ha mandado meterte donde no se te llama? ¿Así desperdicias la educación que nuestra familia te ha dado? Y, ¿qué son estas lágrimas? ¿A qué viene todo este alboroto infantil con el que me torturas desde hace tiempo, chiquilla

tonta? ¿Cuándo, dime, llorona, cuándo dejarás de ser una niña inútil y te convertirás en la mujer que tan feliz hubiera hecho a tu madre?

»La pobre Paloma reúne las pocas fuerzas que le podían quedar y más que correr vuela por los campos. Desanda el camino recorrido con más dolor del que traía, y algo ha cambiado en su cara. La pena que había antes sigue intacta e incluso se ha multiplicado, pero ahora se le ha añadido algo que hasta este momento no había mostrado: amor propio.

En tres ocasiones se había escondido Marifé entre las cortinas de su balcón de la casa vieja, la del pueblo.

Una: la primera vez que vio al hombre que sería su marido. Entonces tenía dieciocho años y ya sabía que los hombres habían vuelto del extranjero porque no se había hablado de otra cosa en toda la comarca, sobre todo entre las muchachas de su edad. Casi todos los hombres se habían ido a la vez, aunque sería más correcto decir que se habían ido siendo muchachos y regresaban hombres. No habían sido muchos años, pero sí los suficientes para que volvieran con dinero y con planes de encontrar una mujer y no marcharse más. El primer día tras la llegada de los hombres, el pueblo entero había cambiado. Las mujeres de la edad de Marifé ya no estaban en las calles, como había pasado hasta el día anterior. ¿Quién sería la primera en salir? Estaba todavía por ver mientras Marifé espiaba desde detrás de las cortinas del balcón de su dormitorio. Los hombres paseaban por las calles y todos le parecían iguales, con sus pieles blancas como solo las deja el tiempo de los países del norte, sus ropas tan diferentes a las que vestían los hombres mayores que se habían quedado en el pueblo, sus voces eufóricas. Voces de hombre joven, recién estrenadas, libres aún de los destrozos que añaden los años. Estuvieron recorriendo las calles toda la mañana y toda la tarde, como si fueran conquistadores llegados al Nuevo Mundo que quisieran ver las tierras de su descubrimiento, y antes de que comenzara a anochecer, la manada de hombres se fue dispersando.

El hombre que sería su marido se quedó solo cuando los demás se fueron. Marifé no lo había visto nunca, así que adivinó que era de otro pueblo cercano. Llevaba una gorra, por lo que Marifé no podía verle la cara claramente. Subía la cuesta sin esfuerzo, modulando el movimiento de sus hombros potentes. Cuando llegó a la altura de la casa de Marifé, se paró. Con

un respingo, Marifé se apartó de las cortinas, con un vuelco al corazón. Se preguntaba si el hombre la habría visto, o si habría notado el movimiento de la cortina cuando ella se retiraba. Dio un frágil paso adelante y volvió a correr la cortina tímidamente. Se asomó, siempre tras el cristal, y comprobó que el hombre seguía ahí, firme, frente a la casa, pero sin mirar hacia arriba. Marifé se atrevió a deslizar la cortina un poco más, y, entonces, el hombre, como si tuviera un superpoder para oír todos los sonidos, levantó la cabeza y la vio. Desplegó una gran sonrisa de dientes blancos al mismo tiempo que se quitaba la gorra y revelaba unos cabellos rizados, espesos. Con una ligera inclinación, mostró sus respetos a Marifé, y volvió a ponerse la gorra antes de marcharse. Fue un saludo que llenó a Marifé de júbilo, breve para no comprometer a la mujer, pero con la intensidad suficiente para que la muchacha supiera que esa sonrisa era para ella, y que, si ella quería, podría haber más ocasiones para saludarse y para ser beneficiaria de más sonrisas idénticas.

A Marifé, por un conocimiento que nadie le había enseñado y que por lo tanto era instintivo, correspondió no apartarse de su escondite entre las cortinas hasta el momento en que el hombre llegó a la esquina donde acababa la calle. Desde allí, el hombre se giró y, al comprobar que la cortina seguía recorrida, volvió a desplegar una sonrisa de satisfacción que era también la confirmación de que él encontraría la manera de que se volvieran a ver.

Dos: el día de su noche de bodas. El hombre que ya era su marido estaba tumbado en la cama que había sido de Marifé hasta la noche anterior, y que desde esa noche ya era de los dos. Habían pasado varias horas desde el momento en que el hombre había entrado en la cama, agotado y bebido, después de toda la jornada de celebración. Marifé no había pegado ojo. Se preguntaba cómo era posible que hiciera tanto frío esa noche de verano. Su camisón, de estreno, era precioso, pero dejaba descubiertas partes de su cuerpo que nunca antes habían estado expuestas a la frialdad de la noche. Tumbada, notaba esas partes helarse. Era como si le chillaran para que las cubriera. Los hombros, el escote y buena parte del torso, las pantorrillas. Nunca antes en toda su vida había tenido un pijama o un camisón que las dejaran al aire, y no se hubiera imaginado que ni tapándose con la sábana iban a ser esas partes tan exigentes y tan obcecadas en su exigencia. No solo eso: el cuerpo que yacía a su lado, lejos de darle calor humano, parecía robárselo. ¿Sería posible que su costado izquierdo, que quedaba en el lado donde estaba el marido, estuviera incluso más frío que el derecho? Cuanto más pensaba en esto más frío sentía, y hasta sus mandíbulas llegaron a tiritar sin parar, como si

masticando el aire fuera a calentarse.

Marifé sabía que no le estaba permitido abandonar la habitación precisamente esa noche, pero hubo una llamada que no pudo dejar de oír. Los balcones permitían que entrara una luz que iluminaba las cortinas y, todavía con las mandíbulas batiéndose, saltó de la cama y se envolvió en ellas. El peso de las telas era reconfortante. Le aplastaba los hombros y el pecho, que estaba helado. Eran tan largas que, incluso retorcidas sobre su cuerpo, llegaban a cubrirle los tobillos. El sueño del marido era profundo, así que Marifé se atrevió a quedarse en su rincón un rato largo. Miraba tras los cristales del balcón y veía las calles iluminadas. Pensaba en las otras muchachas del pueblo, que seguirían celebrando y aprovechando los restos del convite. En su hermano, que no se había portado tan mal como ella había temido y había estado elegante como nunca en su traje nuevo. Y así estuvo un largo rato, hasta que su cuerpo consiguió robar todo el calor a las cortinas. Entonces volvió a su lado de la cama y por fin pudo dormir un poco esa noche.

Tres: el último día que estuvo en la casa del pueblo, antes de venderla. El hombre que llevaba siendo su marido cuatro años la esperaba abajo con el coche arrancado. Desde el balcón, Marifé oía cómo se entretenía con el pequeño Álvaro, jugando a enseñarle a conducir. Roque estaba sentado en el asiento trasero. Marifé sabía que era la última vez que pisaría esa casa en la que había crecido, esa habitación en la que había enseñado a leer a Roque. Entendía que vivir en la capital era lo mejor para Álvaro porque tendría más oportunidades, lo mismo que el marido para encontrar trabajo y, aunque no había opuesto resistencia a dejar el pueblo, ahora que llegaba el momento último de la despedida, una fuerza la desgarraba. Había pasado los últimos meses con una desazón que atribuía a la incertidumbre de lo que estaba por venir en una ciudad nueva donde no conocía a nadie, pero ahora se daba cuenta de que lo que la angustiaba no era el futuro, sino la despedida de un pasado al que, con la venta de su casa, ya no podría volver nunca más.

Oía la bocina del coche, el marido estaba impaciente. El niño gritaba, el hermano daba voces. Apartó con sigilo las cortinas para que entrara luz suficiente para poder leer. Repasó rápidamente los papeles para asegurarse de que no faltaba ninguno: el testamento del padre y la última carta que le escribió, las escrituras de la casa. Volvió a sonar la bocina. Escondió los papeles debajo de sus ropas y se dispuso a bajar adonde estaba su familia, pero antes se aseguró de que la cortina quedara bien cerrada, por última vez.

Aparición inesperada

—La habitación de Paloma se ve bonita como una casa de miniatura, con mueblecitos y detalles que la ornamentan por todas partes. Ahora está tumbada en la cama, que parece una nube de caramelo de tamaño descomunal. La muchacha está rodeada de sus muñecas, pero ahora ya no las mira ni cuida con el interés de la otra ocasión. Las coge con mimo, eso sí, y las va colocando con cuidado en una estantería que después cierra con llave. Las mira como si se despidiese de ellas cuando oye el ruido de la puerta y entra Mamá Jazmina, toda sonriente y tierna como ella es. Mamá Jazmina ve todas las muñecas guardadas bajo llave y las mira con compasión, como si en vez de muñecas fueran mujeres de verdad encerradas contra su voluntad.

»—Paloma, últimamente se te ve cabizbaja. Tú sabes que si estás triste o hay algo que te preocupa, siempre me lo podrás contar, ¿verdad?

»Paloma se sienta en la cama, hundiéndose como si atravesara una aureola, y la criada se siente invitada a tomar asiento también, porque está claro que Paloma se ha desahogado con ella otras veces.

»—¿Qué es lo que te pasa, mi niña?

»—Creo que puedes imaginar lo que me pasa. Últimamente doña Leonor me está haciendo la vida imposible.

»Mamá Jazmina baja la barbilla como quien dice: “Lo sé, también yo lo he notado”, o mejor: “Y qué le vamos a hacer si ella es así”, y Paloma sigue poniendo mil ejemplos de su desamparo.

»—No me dirige la palabra cuando nos cruzamos por la casa, y si lo hace es de mala gana y para reprocharme algo, se inventa mil historias para tenerme siempre ocupada, no para de torturarme con constantes reproches y consejos para que salga y busque amistades y conozca gente. —Paloma calla unos

instantes y, cuando ha recobrado fuerzas, continúa—: Y lo peor de todo es que nada la detiene a la hora de interponerse entre Arturo y yo. Desde hace ya al menos tres semanas no nos ha dado ocasión ni de mirarnos las caras, pues siempre tiene algún invento para Arturo, y cuando no lo tiene rebusca encargos por donde puede e inventa quehaceres imposibles.

»Mamá Jazmina está muy triste de oír a Paloma hablar así. Se apoya en sus brazos rechonchos para levantar su cuerpo envuelto de trapos y acercarlo al de Paloma. Alza el brazo por encima del hombro de la muchacha y la abraza con todo el amor del mundo.

»—Cualquier madre estaría muy orgullosa de que su hijo encontrase el amor en una muchacha tan linda y tan buena como lo eres tú.

»Paloma responde con una sonrisa triste de agradecimiento y la criada sale de la habitación. Cuando cierra la puerta y ya está al otro lado del pasillo, no puede evitar echarse a llorar. Está pensando en la pobre Paloma, tan desgraciada, huérfana como es, y en el pobre Arturo, con tanto conflicto.

»Paloma sigue en su habitación, abatida por su pena, pero reconfortada por el amor que Mamá Jazmina le ha dado. Se echa un chal por los hombros y sale por la puerta principal de la mansión. Está andando el mismo camino que anduvo aquella vez que tanto lloraba. Pero ahora va pisando sobre seguro, agarrándose el chal con fuerza. De vez en cuando se gira, para comprobar que nadie la sigue. Llega al mismo punto en el que tuvo ese encuentro tan desagradable con doña Leonor, y anda un poco más hasta llegar a un trecho que en nada se parece al paisaje que estamos acostumbrados a ver en esos campos. Se trata de un bosque espeso, con árboles altos y ramas que cruzan por todas partes. Paloma sin duda conoce este camino porque pisa fuerte mientras aparta con destreza las ramas que se le van cruzando. Cuando llega a un arroyo diminuto, recoge unas tablas apoyadas junto a un árbol y las coloca entre dos piedras que hacen un puente perfecto. Camina un poco más hasta llegar a lo que parece ser el final de este bosque. Dos árboles más grandes que ningunos otros, y que parecen dos columnas puestas por la mano del hombre, son la salida. Y justo al otro lado hay una torre de ladrillos, igual que las que aparecen en los cuentos de los niños, esas torres altas, sin ventanas, en las que vivían las princesas enamoradas que esperaban a su príncipe azul. Solo que esta torre sí que tiene una ventana, una sola. Como las de los cuentos, sus paredes no están pintadas, sino que dejan el ladrillo visto. Es alta e imponente y se levanta solemne en mitad de una nada desconocida. Es como un único rayo de luz que las nubes dejasen pasar y que junta los cielos con la Tierra.

Paloma la observa con sigilo, la rodea y la estudia desde varias partes. Sigilosa, se acerca a la puerta y la acaricia, con miedo, como si fuese a quemarla. Vista desde arriba, desde la altura donde debe de terminar esta construcción tan singular, la muchacha parece verdaderamente una paloma que rodea desorientada la cúspide de una catedral, minúscula y desconcertada, apabullada por la impotencia de no saber qué secretos pueden esconderse tras los muros arrogantes de la torre.

Cuando Marifé abrió el buzón solo esperaba encontrar los panfletos publicitarios de siempre, así que se sorprendió cuando vio una carta, que además no era de ningún banco. Subió las escaleras con su compra, como siempre, y no abrió la carta hasta que no estuvo bien dentro de la casa, sentada en el sofá. Después de leerla varias veces, se dirigió al mueble del salón y la metió en la caja de zapatos donde estaban todas las cartas que tenía guardadas.

Estaban todas ordenadas por orden más o menos cronológico. Las primeras eran tan antiguas que hasta tenían sobres del dictador. Esas esquinas superiores con los sellos eran el único colorido en ese recorrido postal por su vida. Había sellos de todos los colores, con toda clase de dibujos, que de algún modo también acompañaban el contenido de las cartas, y las fijaban en un tiempo pasado: una postal con un sello de las Olimpiadas, de cuando Álvaro fue de viaje de estudios, y, del mismo año, otra con un sello de la Expo. Se podía ver cómo envejecía el rey, como si fuera un dibujo animado. Las más excéntricas estaban al principio y venían de Suiza, de cuando el marido tuvo que volver una temporada breve, siendo ya novios. Esos sellos eran diferentes, en vez de rostros de políticos mostraban paisajes verdes o distintas especies de flores. Guardó la caja, con la carta nueva al final de todas, y se dirigió al teléfono.

Álvaro le respondió tras el segundo tono.

—¿Te pillo bien, hijo?

—Sí, dime.

—¿No estarás en ninguna reunión del trabajo?

—No, me pillas bien.

—¿Y cómo estás?

—Como siempre.

—Como no te he visto desde el entierro de tu tío.

—He tenido tanto lío...

—Sí, ya me imagino. A ver cuándo vienes.

—A ver si encuentro hueco.

—Te dejé la ropa limpia.

—Sí, me pasaré a por ella.

—Me ha escrito tu padre.

—¿Cómo?

—Bueno. No es tu padre, es un abogado.

—¿Es mi padre o un abogado? No te entiendo.

—Es un abogado que habla en nombre de tu padre.

—¿Y qué es lo que dice ese abogado?

—Dice muchas cosas, es una carta complicada, con palabrerío de abogados. Si te esperas, te la leo. —Marifé volvió al mueble y sacó la carta de la caja. Con ella delante, continuó la conversación con su hijo—. Al principio dice que me escribe en representación de tu padre. Después vienen exposiciones. Expone en nombre de tu padre que llevamos separados ya tantos años, y que en nombre de tu padre me dice que durante todos esos años yo he hecho uso del domicilio familiar. Expone también que durante todos esos años el representado no ha podido hacer uso del domicilio familiar. Después vienen consideraciones. Considera en nombre de tu padre que durante todos estos años ha habido un abuso de las posesiones matrimoniales por mi parte, así como del patrimonio familiar. Considera en nombre de tu padre que durante todos estos años tu padre ha tolerado este abuso por consideración con su cuñado enfermo, mi hermano, que también se ha aprovechado del patrimonio familiar. Considera en nombre de tu padre que, en ausencia del cuñado ya fallecido, no existe motivo alguno para que continúe este abuso del patrimonio familiar por mi parte. Después vienen las solicitudes. Solicita en nombre de tu padre que se proceda a la restitución de la normalidad con respecto al patrimonio familiar, que consiste en la devolución del domicilio familiar al demandante, tu padre, y finalmente solicita también en nombre de tu padre que se dé inicio al procedimiento de divorcio.

La mujer perdida

—El gran salón de la mansión, en la misma mesa donde se reúnen para cenar, con sus mismos manteles blancos como nubes en un día claro y sus mismos cubiertos de plata resplandeciente. Preside doña Leonor, con un moño que recoge sus cabellos y la hace parecerse más que nunca a una faraona despiadada. A sus dos lados están los dos gemelos, hermosos y joviales como siempre, con esas sonrisas de niños malos. A la izquierda de Ezequiel se sienta Paloma, que no abre la boca y come con la cabeza gacha. En frente de ella se sienta Leopoldo María, que está revoltoso como nunca y hecho un manojo de nervios, para no variar. El otro lado lo preside Arturo, vestido otra vez con una camisa blanca que le hace parecerse a un almirante bravucón. Leopoldo María no para quieto ni un instante. Tiene piropos para todo el mundo y agradece a Mamá Jazmina —que no deja de llevar y traer platos— la buenísima cocina que les ha regalado esa noche. Tiene palabras para los gemelos y les pregunta por sus proyectos artísticos porque dice que hace ya bastante que no sabe cómo les va. A Paloma le dice que está más guapa que nunca y que no debe andar siempre con la mirada perdida por los suelos porque nadie puede reparar en la belleza de una persona que oculta su mirada, y que ella es ya una muchacha en edad de encontrar un pretendiente. A doña Leonor no le hacen gracia estos comentarios, y salta como un demontre:

»—Leopoldo María, compórtate y deja que haya paz en esta casa, aunque sea tan solo durante la hora de la cena.

»Arturo observa el panorama con resignación, perdido entre mil pensamientos que para él se queda, pero obviamente turbado. Leopoldo María responde a la madre:

»—Madre querida, tienes que entender mi felicidad porque para mí es una

noche muy importante. No sabéis lo que me alegra que esté toda la familia reunida, porque estoy deseoso de comunicaros una muy buena noticia, pero todavía tendréis que esperar un poco.

»—¿Es algo de los negocios? —pregunta uno de los gemelos.

»—¡Déjate de rodeos! —ordena doña Leonor, siempre tensa—. Y dinos cuanto antes cuáles son esas buenas noticias, y si no las puedes decir en este momento, más te vale tener la boca cerrada porque el cupo de disparates que se suceden en esta casa ya está alcanzando su límite. —Y lanza una mirada incendiaria a Paloma que la deja seca.

»Mamá Jazmina, que en ese momento está retirando unos platos, aguanta con resignación, aunque parece que bien le gustaría estampar uno de esos platos en el moño de doña Leonor.

»Entonces suena el timbre de la puerta principal, y Leopoldo María manda a Mamá Jazmina a que vaya a abrirla.

»—Querida madre, queridísimos hermanos, Paloma. Han sido estos unos tiempos muy difíciles para nosotros, pero hoy es una noche de alegría porque por fin ocurre en mi vida lo que todo hombre ansía desde el momento en que entra en la edad adulta. No he querido esperar más tiempo para haceros partícipes de la dicha que invade cada rincón de mi cuerpo desde que una de mis metas se ha visto cumplida. Estoy feliz de compartir con vosotros el gozo del que soy presa desde el momento en que oí las palabras más importantes para un hombre enamorado, ese «sí» mágico que transforma a un hombre y lo sacude hasta convertirlo en una persona nueva. Quiero presentaros a la que muy pronto va a ser mi esposa: María Lucía.

»En ese momento Mamá Jazmina deja entrar en el salón a Marilú, que pasa decidida mirando a todas partes, pero sin detenerse apenas en las personas, fascinada por los techos y los oropeles que la rodean. Todos se levantan de sus sillas, más estupefactos que otra cosa. Ver a Marilú en esa habitación es como ver a una mona en las butacas de una ópera. No cabe duda de que la muchacha se ha vestido para la ocasión, pero sus colores son tan desatinados y su peinado tan excéntrico que es imposible no sentir el apuro y la vergüenza ajena que están sintiendo todos los demás.

»Doña Leonor mira a su hijo Leopoldo María con la boca abierta y la cara desencajada, pero el primogénito se limita a observar sin parpadear a su prometida, como un bobo, con una sonrisa de oreja a oreja. Nadie se atreve a romper el silencio, que finalmente desaparece cuando Mamá Jazmina casi tropieza y tira una bandeja, de lo descompuesta que está. Como todos están

petrificados y Leopoldo María parece incapaz de salir de su hechizo, es la propia Marilú la que se decide a romper el hielo.

»—Leo me ha hablado tanto de vosotros y he esperado tantísimo este momento que tendréis que entender mi aturdimiento. Pero es que es todo tan bonito, es una mansión de un gusto tan exquisito, que mi impresión no tiene límites. Por eso quiero que mis primeras palabras en esta linda casa sean de agradecimiento y regocijo, aunque sé que ni rebuscando en todos los diccionarios del mundo podría dar con la forma de expresar la felicidad que me da entrar a formar parte de esta familia, porque quiero que sepáis que nunca, ni en mis mejores sueños, me hubiese imaginado en un mundo tan maravilloso como el que me regala mi Leo.

La muchacha joven tendría en realidad apenas quince o veinte años menos que Marifé. Sí que era bastante más alta. Normal, porque esos años de diferencia eran justo los que habían cambiado a las generaciones nuevas, cuando habían llegado los yogures y el fin a la condena ancestral de ser un país de bajitos. La muchacha joven también era más delgada, y sabía maquillarse y ponerse la ropa que ajustara las partes que había que ajustar y escondiera las que había que esconder. Estaba pendiente de ir a la peluquería antes de que fuera necesario, y no cuando ya no quedaba más remedio, como hacía Marifé. El mismo cuidado lo ponía para sus uñas, siempre de una largura impresionante, como los colores que las cubrían. La muchacha joven se cuidaba y no tomaba pan, ni leche de animales, ni azúcar en el café ni en ningún sitio, y todo lo comía sin sal. En general, se podía razonar que la muchacha joven no ingería nada que fuese blanco, como si fuera una superstición, como quien evita los gatos negros o vestir de amarillo en un escenario. Con una lógica más o menos similar, tampoco comía nada después de ciertas horas del día.

Todas estas informaciones las sabía Marifé por comentarios que había hecho Álvaro. También otras: a pesar de su juventud, era viuda, sin hijos porque nunca le habían gustado los niños (claro: esto también explicaba su figurín), con estudios (el salto generacional con respecto a Marifé explicaba esto también), pero sin vida laboral. Nacida y criada en la ciudad, y no tenía ningún pueblo. Dijo Álvaro en una ocasión que lo que más le había impresionado de la muchacha joven no tenía nada que ver con lo visual, sino

con lo sonoro. Para Álvaro, la muchacha joven no paraba de sonar allí donde estuviera. Sonaba sin parar, como un cascabel, por estar recubierta de joyas por sus muñecas, su cuello y escote, sus dedos y sus orejas. Aros, pulseras y pendientes que no dejaban de tintinear con cada movimiento. La muchacha joven era un sonajero.

Marifé no podía hacerse a la idea de esos sonidos porque nunca había visto de cerca a la muchacha joven. Solo una vez, al otro lado de la calle, cogida del brazo del marido. Pero para Marifé la visión fue tan impresionante que dio un giro rápidamente y huyó aspaventada con la esperanza de que la muchacha joven no la hubiera visto a ella también. En tan breve tiempo, Marifé solo había podido fijarse en que la muchacha joven llevaba unos tacones que la hacían todavía más alta de lo que la había imaginado, y que sus labios estaban cubiertos por un carmín obscuro, brillantísimo, plástico.

A Marifé no le sorprendió que su marido se hubiera enamorado de la muchacha joven. Al contrario, lo encontró de lo más natural. Si lo hubieran hablado, le habría dicho al marido que, aunque ese giro en su vida no era lo que ella había esperado, tampoco podría decirse que fuese sorprendente. Era frustrante, sí, y descorazonador, y la hería en lo más profundo y en lo más superficial, pero no la sorprendía. El problema, o uno de los problemas, fue que nunca lo hablaron. El marido empezó a estar ausente por las tardes, y luego los fines de semana, y, finalmente, algunas noches, hasta que un día no vino nunca más. Cuando Álvaro le dijo que su padre se había ido a vivir a la casa de la muchacha joven, Marifé sintió que podía dar el tema por zanjado.

Con la excepción de aquella tarde en que se los cruzó por la calle, Marifé no había vuelto a ver a su marido hasta el día del entierro. Pero ¿de verdad que nunca habían hablado de la ruptura? La conversación nunca había ocurrido, sobre este punto no podía haber discusión alguna, pero Marifé la había recreado tantas veces en su cabeza que era como si de verdad hubiera pasado.

Así hubiera sido el último momento del marido en la casa, y así era la recreación construida por Marifé: el marido le habría explicado que se había enamorado como nunca en su vida y que no esperaba que ella lo entendiera. También —todo en la misma y única conversación— que le dolía a él más de lo que le pudiera doler a ella, pero que se iba de casa porque, después de tantos meses manteniendo la relación en secreto, ya no aguantaba más, y que no era justo para la muchacha joven, que no se merecía tener que esconder algo tan bonito como lo que sentían. Le habría dicho todo esto mientras

empaquetaba algo de ropa, algo de sus utensilios del baño. Le habría explicado también que, aunque Marifé no lo fuera a entender, la culpa no era de ella, ni de él, ni mucho menos de la muchacha joven. La culpa, según el marido, sería de la vida, que les había juntado a ellos, el marido y Marifé, aunque nunca deberían haber estado juntos. Por último, le habría explicado que Marifé no lo podía entender, pero que todos los hombres, desde el momento en que se hacen adultos, sueñan con encontrar esa persona de confianza, esa mujer que les dé el sí incondicional, mágico, que los transforma en otras personas y los lleva al lugar al que pertenecen.

Esa tarde, Marifé recreaba una vez más la conversación que nunca había ocurrido. Como en otras ocasiones, se imaginaba al marido saliendo de la casa para no volver más. Pero esa tarde Marifé añadió un elemento nuevo al recuerdo imaginario. ¿Cómo no lo había pensado antes? En esa despedida que nunca ocurrió Marifé debería haberse acordado de pedirle al marido algo importantísimo: las llaves de su casa.

La mujer asediada

—Detrás de los dos árboles que son como columnas se oculta alguien que vela su cabeza con un pañuelo blanco marfil. Es Paloma, que se encoge escondida sin quitar ojo de la torre. Un ruido la alerta y se adentra un poco más en el bosque, en un rincón oscuro desde el que todavía se puede ver bien la torre. Se ha encendido una luz dentro, en la única ventana que hay, y unas sombras indescifrables se revuelven por las paredes como ondas de agua en el mar. Solo son unos segundos lo que dura la luz encendida. Se siguen oyendo ruidos, y ahora se entiende claramente que son pasos, alguien está bajando una escalera. Paloma no puede evitar acercarse más a los árboles cuando advierte que la puerta de la torre empieza a abrirse y se lleva las manos a la boca para ahogar un grito cuando ve salir a doña Leonor. La visión de la señora deja un rastro de pánico en la cara de Paloma, y la hace estar todavía más intrigada. No pierde detalle y, a pesar de la oscuridad que lo envuelve todo, observa claramente cómo doña Leonor cierra la puerta con mil vueltas a la cerradura, aparta uno de los ladrillos que forman el marco de la puerta, deja escondida la llave detrás y, como un animal que ha terminado de devorar a su presa, emprende el camino de vuelta a la casa.

»Paloma se cuida bien de esconderse y se oculta tras el árbol cuando la señora pasa por su lado. De repente, doña Leonor detiene en seco sus movimientos de culebra y se planta como una efigie, justo al pasar los árboles. Paloma contiene la respiración y se acurruca junto al árbol, porque sabe que, si la señora gira su cara unos pocos grados de nada, la va a sorprender. Encoge los hombros como si pensase que haciéndose más delgada hay menos posibilidades de que la sorprendan. Si doña Leonor se vuelve solo unos centímetros más, descubrirá a Paloma espiando. Pero no se gira. Doña Leonor

emprende el paso nuevamente y Paloma rodea el árbol hasta situarse en frente de la torre.

»Se mueve con destreza, porque es evidente que ya lleva varias noches yendo por allí y espiando como una Mata Hari. Con decisión, pero con mucho respeto, se acerca a la puerta. Una vez más, se la ve desde arriba, diminuta como un grano entre miles dentro de un reloj de arena. Aparta la piedra del marco de la puerta y saca la llave. La mira, como si le tuviese miedo. Se detiene para considerar lo que está haciendo y, después de observar una vez más la llave, la introduce en la cerradura y la gira con gran esfuerzo. Desde la oscuridad, se ven los brazos débiles de Paloma abriendo las puertas enormes. Mira a todas partes, ya está dentro.

»Lo que hay en el interior de la torre no se sabe, porque todo es oscuridad. Solo se intuye el aura del blanco marfil del pañuelo de Paloma, y sus manos delicadas que se apoyan en los murallones de ladrillo. Es un pasadizo tenebroso y estrecho, de paredes circulares. Según avanza, la luz de la luna que se cuele por la ventana va dejando ver más de este pasadizo tétrico como no se ha visto nunca, que parece que se puede respirar la humedad y hasta la oscuridad misma que lo rebaña todo.

»La luz azulada guía a Paloma por unos escaloncitos minúsculos y tan difíciles de subir que la pobrecita resbala un poco y casi se cae. Parece que le preocupa más el ruido que haya podido causar que el daño que se haya podido hacer, pero, en cualquier caso, sigue adelante. Cada vez las paredes hacen el camino más estrecho y los techos más bajos. Ya le es casi imposible caminar erguida. No se sabe bien cuántas plantas ha podido subir ya, porque todo es tan igual y tan lóbrego que se pierde la noción del espacio y del tiempo.

»Ahora las paredes, además de estrechas, son abovedadas y hasta el techo se inclina hacia el centro de la torre, porque sin duda ha llegado ya a la cúpula. El final del pasadizo conduce a una habitación amplia, en la que por fin la luz lunar, azulosa y ahumada, deja ver con algo más de claridad. En una esquina del fondo se ve una estantería pequeña repleta de juguetes. La pared está cubierta de un papel con tonos pastel y dibujos de ositos de peluche. Todo se ve impoluto, como de un anuncio. Sin embargo, hay algunos detalles extraños. Por ejemplo, de una pared cuelga un reloj de cuco detenido, marcando una hora que debió de perderse en el tiempo hace ya una eternidad. En una segunda visión, es evidente que el mucho cuidado no ha evitado que estos objetos oculten su antigüedad. En una esquina, al fondo de la habitación, hay una oscuridad total y desde donde está Paloma solo se intuyen unos

reflejos blancos. El silencio es absoluto, salvo por unas potentes ráfagas de viento que se cuelan por la única ventana.

»De repente, Paloma tiene que mirar hacia esos reflejos blancos porque algo llama su atención. Parece un chirrido, sí, es un clamor sin intermitencias que se mete por los oídos en dos tiempos, chis-chas, chis-chas, y recorre todo el cuerpo de Paloma, un maullido similar al de un animal herido, o, mejor dicho, como las notas agudas de unas cuerdas de violín rozadas por un arco infinito. No se atreve a mirar, pero una fuerza la empuja a acercarse a esa oscuridad desde donde salen los destellos, y cuando está más cerca descubre que los sonidos son el resultado del movimiento de una cuna de bebé, oscilando a merced de las ráfagas de viento. La cuna se mece cada vez más rápido, a causa del viento incesante, y los sonidos se precipitan: chis-chas, chis-chas, chis-chas. Paloma quiere acercarse a la cuna para parar ese movimiento cada vez más veloz, cuando, de repente, este chis-chas es ocultado por un crujir, un chasquido roto de madera podrida que no viene de la cuna sino de detrás de donde ella está, y el miedo que siente es tan grande que corre despavorida escalera abajo.

»Paloma, aterrorizada, baja los peldaños de dos en dos, y hasta de tres en tres, atormentada por los chirridos de la cuna que no cesan, confundidos entre su respiración agitada. Súbitamente repara en una puerta que está a su lado izquierdo y que no había visto cuando subía. Es una puerta pequeña y de madera que está entornada. Casi no ha tenido tiempo de asomarse cuando unas manos oscuras que brotan de la nada la empujan adentro. Sus gritos se acaban con el portazo seco y un crujir de llaves.

»Paloma está encerrada, rodeada solo de oscuridad.

Sonó el timbre insistentemente y Marifé se quiso imaginar que sería alguien vendiendo una religión o un estafador de los que van casa por casa engañando a viejitas. Nada de eso la hubiera asustado, por ser habitual. Pero no, al otro lado de la mirilla estaba el marido. Él no podía saber que Marifé estaba detrás de la puerta, por el sigilo experto con que ella había llegado hasta allí. El timbre sonó por lo menos seis veces, y el marido se fue.

El corazón de Marifé palpitaba a toda velocidad. Pensaba que había sido una mala idea no responder a la carta del abogado. Si lo hubiera hecho, tal vez el marido no se hubiese personado ahí. Se regañaba a sí misma por esa

costumbre suya de posponer la solución a los problemas lo máximo posible. Era imprescindible que ella encontrara un abogado también, alguien que le evitase el trance de tener que ver a ese hombre. Por lo menos, se consolaba, ya se había marchado.

Entonces el timbre sonó otra vez. Marifé, con el mismo sigilo, miró por la mirilla y vio que el marido estaba acompañado por la muchacha joven. Álvaro tenía razón: con cada movimiento del brazo de la muchacha joven, se desplegaban una multitud de tintineos que, sumados a las campanas del timbre, eran un estruendo para los oídos de Marifé. Estaba pegada a su puerta, petrificada igual que los arbotantes de una iglesia, como si ella misma fuera una extensión puesta ahí para evitar que alguien pudiera derribarla. No se apartó ni siquiera cuando el marido empezó a dar golpes.

—Marifé, ábreme la puerta. Sé que estás ahí.

Marifé se retiró rápidamente. La voz del marido sonaba como siempre. Igual que sonaba en sus recuerdos y en su reconstrucción de conversaciones que nunca habían ocurrido.

—¿Es que no vas a responder a la carta del abogado? Mira que te vas a meter en un lío. Los plazos son los que son.

Los golpes seguían sonando, y en esta ocasión venían acompañados del sonido del sonajero. Sin duda era ella la que golpeaba ahora.

—A lo mejor no está —se oía susurrar a la muchacha joven.

—¿Dónde va a estar? —respondía el marido.

Marifé estaba apoyada en la pared, frente a la puerta.

—Dile que también es tu casa —decía la muchacha joven.

—También es mi casa —repiqueteaba el marido.

Las piernas traicionaban a Marifé, que se iba hundiendo hasta el suelo.

—Dile que es mejor que lo arreglemos entre todos —decía la voz femenina, entre tintineos.

—¿Es mejor que lo arreglemos entre todos! —gritaba el marido.

Marifé miraba la puerta, que cada vez le parecía más grande. Qué situación tan odiosa, ¿por qué no se iban? Estaba decidida a no abrir la boca. Pasara lo que pasara, se prometía a sí misma no decir nada.

Siguió un silencio. Los cascabeles y los porrazos a la puerta habían cesado. Marifé se preguntaba si se habrían ido cuando oyó el sonido de la llave introduciéndose en la cerradura. Corrió como las gacelas y encontró su escondite tras otra puerta, entre la máquina de respirar y las medicinas del hermano. Desde allí podía oírlo todo. El taconeo de la muchacha joven fue

prolongado, sin duda porque había entrado hasta el salón, desde donde podía hacerse una idea del tamaño y distribución de la casa, y de las posesiones que había en ella. El marido, sin embargo, solo dio unos pasos, los justos para plantarse en la entrada, desde donde dijo:

—Marifé, no quiero líos. Las cosas están claras. No me hagas hacer lo que no quiero. Hemos venido con las mejores intenciones, pero está visto que no puede ser por las buenas. Es lo que has querido. La próxima vez, no me vas a encontrar de buen humor.

Los tacones desanduvieron el camino y la puerta se cerró. Marifé salió de su escondite. Sudaba, quería sentarse en su sillón para tomarse su tiempo. Se dirigía al salón cuando le pareció oír el sonido de un cascabel. Temió por un momento que los intrusos siguieran dentro. Caminó por el pasillo hasta la puerta y se tranquilizó al oír el cascabel al otro lado. Marifé observaba la puerta. El tintineo acabó, hasta que de repente se volvió a oír el sonido de la llave en la cerradura. Entraba lentamente, como con lubricante. La llave estaba dentro hasta el fondo. Y entonces comenzó a girar y con un poder impensable en un objeto tan insignificante dejó encerrada a Marifé dentro de su propia casa.

La mujer encontrada

—Paloma está dormida pero no descansa, claramente está a disgusto. Solo se ve su cara más bien desencajada con los ojos cerrados, las pestañas largas batiéndose como alas de mariposa y las aletas de la nariz palpitando, pues es claro que está teniendo una pesadilla. Cuando comienza a despertar, se ve que está tirada por un suelo, y después se reconoce que es el suelo del cuartucho de la torre, solo que ahora entra bastante luz y parece otro mundo. La puerta que la encerró ahora está abierta de par en par. La muchacha ve la salida. Está asustada, pero se recompone como una valiente. Se limpia el polvo del vestido, porque se conoce que la pobrecita ha debido de pasar toda la noche encerrada y con el susto metido en el cuerpo. Sale de la habitación y mira a todas partes para cerciorarse de que no hay nadie observándola, y, cuando está bien segura, baja las escaleras. Pero cómo será de valiente que, cuando ya está a punto de salir de la torre, se lo piensa dos veces y se da media vuelta, y vuelve a subir. Impensable en cualquier otra persona, ¿verdad? Pues ahí la tienes escaleras arriba otra vez, y venga a subir peldaños, sin miedo aparente, como si fuesen los de su propia casa. No se detiene hasta llegar al final, al lugar que daba a la sala grande que había visto la noche anterior. Y se lleva las dos manos a la boca una vez más para tapar sin duda un grito que se le quiere escapar.

»En esa sala, aquella misma donde se veían esas estanterías con juguetes y ese reloj de cuco, ahora no hay absolutamente nada. La luz, que entra por la ventana, ilumina una habitación amplia, que lo parece más todavía porque está absolutamente vacía. Donde antes había una pared cubierta con papel de tonos pastel, ahora no hay nada salvo humedad y manchurroneos. En el lugar donde estaba la cuna ahora no hay nada. El polvo lo recubre todo, y los suelos están

tan sucios y tan cubiertos de arena y mugre que se diría que nadie ha estado allí desde hace siglos.

»Paloma lo observa todo con desesperación. Las aletas de la nariz le siguen temblando y su cara está más desencajada que nunca, solo que ahora no parece que sea una pesadilla, sino una persona que enloquece. Está aturdida, preguntándose sin duda si lo que vio la noche anterior fue un sueño o fue realidad, y por su gesto final, de seguridad, se deduce que la muchacha concluye que lo que vio la noche anterior fue tan real como el aire que respira.

»Pues ahí se queda Paloma. Porque lo siguiente que se ve es a Leopoldo María que va caminando por una calle de la ciudad. Esto es muy raro, porque nunca se ven sitios al aire libre más allá de los jardines y fincas, y es especialmente extraño porque Leopoldo María va que parece otro. Cuando alguien se le cruza y chocan, le sonrío por respuesta y le pide perdón, aunque no haya sido su culpa. Luego se cruza a una viejita y la ayuda a llevar las bolsas hasta la puerta de su casa, y cuando la viejecita le pregunta que por qué está tan contento, él le responde:

»—Porque en unos minutos voy a reunirme con la mujer que me ama y a la que amo, y juntos vamos a empezar una nueva vida llena de alegrías.

»Y así varias cosas más, hasta que se detiene en la puerta de un lugar destartalado que resulta ser el club de noche donde estaba aquella vez con Marilú. Leopoldo María mira los neones apagados y descompuestos con un punto de desazón, porque de repente se le ha enturbiado esa exaltación que traía, de pensar sin duda en el sitio tan repugnante en el que ha conocido a la que va a ser su esposa. Pero hace de tripas corazón y entra con fuerza, dejando la vergüenza a un lado.

»El interior está como la otra vez, iluminado con bombillas raquílicas que enturbian todo con luz rojiza. Leopoldo María anda casi a tientas, y llama a voces a Marilú, pero nadie le oye seguramente porque la música que suena de fondo esconde su voz. Llama también a otras chicas:

»—¿Gladis? ¿Romina?

»Pero nadie responde.

»Entonces entra por una puerta que hay detrás de la barra y llega a un cuartucho donde ya no se oye la música. Allí está Rufo, sentado de espaldas a Leopoldo María. Este va a saludarlo, pero se detiene en seco porque oye los pasos machacones del bastón del señor Maldonado, que se adelanta hasta donde está sentado Rufo y, sin percatarse de que Leopoldo María está escuchando la conversación, habla así:

»—Por eso te digo que tú tienes la culpa de todo, bestia sin cerebro. Ese no era el plan. Os subisteis a la parra, pensando que todo en el monte era orégano. Claro, ¿por qué quedarse con unas migajas cuando podíais tener acceso a la panadería entera? Era tan fácil... solamente había que dejarse llevar, total, el pez llevaba atrapado en el anzuelo desde el momento en el que conoció a la chica. Pero no: cuando yo me dirigí a ti era para que me llevases a los papeles de Leopoldo, para que tus mujeres me lo distrajesen y me lo engatusasen, que ya me encargaría yo de quitármelo del medio cuando lo creyese conveniente. Pero no contaba yo con que los soldados fuesen a ser más avisados que el general, ni imaginaba que las gentes de vuestra clase fuesen tan tontas como para creer que yo iba a permitir que se escapase de mis manos lo que he estado cuidando y esperando durante años. Ni, para serte del todo sincero, hubiese podido creer que el señorito Leopoldo sería tan necio como para dejarse engañar por una pilingui del tres al cuarto. Lo creía estúpido, y conozco lo suficiente de su biografía para saber que el cuco no ha parado en su jaula desde que era niño, pero hasta ese punto... ¡Querer casarse con lo más bajo del mundo! Y no me vale que me digas que todo es una farsa perfectamente organizada y que acabará a los pocos meses de que se haya firmado el matrimonio. ¿Crees que eso no lo sé yo ya? Claro que sé que Marilú no es una más de tus gallinitas, la más valiosa de tu corral, y que vosotros dos os queréis de verdad y no la dejarías separarse de ti de verdad. Pero no voy a consentiros que echéis a fracasar el plan que tanto tiempo he estado acariciando y por eso he venido hoy a verte aquí, a tu propio terreno, para que veas que soy hombre decidido y cumplidor con mi palabra. Aquí tienes el dinero que os prometí, multiplicado por veinte. Tenéis más que de sobra para que Marilú y tú desaparezcáis de mi vista y de la ciudad, sin dar explicaciones ni despedidas. Nadie os echará de menos, nadie salvo Leopoldito, un niño mimado que nunca crecerá.

»Por un momento, parece que Leopoldo va a saltar enfurecido como un gato salvaje, que le va a dar un arrebató de los suyos y que se va a liar a mamporros con el viejo y con Rufo, con el primero por traidor a su familia y por conspirador y liante, pero sobre todo con el segundo por ser el verdadero amor de la mujer que lo tiene loco. Pero no es así. Leopoldo María se ha dejado caer al suelo, allí donde nadie lo puede ver. Los ojos están abiertos como pámpanos en primavera, y fijos en un punto invisible. Tiene las manos apoyadas en las rodillas, y se lleva un puño a la cara, a la nariz. Su dedo índice lo tiene dentro de la boca, doblado, y se lo muerde con tantas fuerzas y

tanta saña que un chorro de sangre le cae abriéndose camino por su piel tensada, como un río nuevo que nace buscando la forma de llegar al mar.

Marifé notaba las manos grandes acariciando sus mejillas. La invitaban a despertarse, pero estaba tan cansada... Quería dormir un poco más, así que, todavía medio dormida, se dejaba mimar, hasta que la voz la despertó poco a poco.

—Mamá, despierta, ¿estás bien? ¿Qué haces aquí tirada por el suelo? ¿Es que te has vuelto loca?

Marifé se incorporaba poco a poco, con la ayuda de Álvaro.

—Hijo, ¿cuándo has venido? No te he oído entrar.

—Tú no estás bien, vas a tener que ir al médico.

—No te preocupes, me dio un mareo y me he quedado traspuesta. —Y mientras decía eso se preguntaba cuántas horas habrían pasado desde que había recibido la visita del marido y la muchacha joven—. Qué bien que hayas venido, vamos a la cocina que te preparo el desayuno.

—¿El desayuno? Pero si son las diez de la noche. Tú no estás bien.

—Quería decir la cena —corregía, mientras se confirmaba que, efectivamente, había pasado toda la tarde y parte de la noche tirada en el suelo. Olvidó ese pensamiento rápidamente, preocupada por otra cuestión. Era la segunda vez en poco tiempo que su hijo aparecía en casa por la noche. Se notaba extraña pensando que algo que debía alegrarla seguramente escondía motivo de preocupación—. Te quedarás a dormir.

—Sí, eso creo.

—Qué bien. Pues te cambio las sábanas.

—No hace falta.

—Con unas sábanas limpias se duerme mucho mejor.

—Me lo dice una mujer que estaba durmiendo en el suelo.

—Te las cambio en un momento. —Y, según lo decía, ya estaba poniendo las sábanas limpias.

—¿Qué has hecho en el salón? ¿Cómo has movido los muebles tú sola?

—Me ha ayudado Luisa, la vecina.

—No sé quién es.

—La has tenido que ver, la del segundo derecha.

—¿La vieja?

—No es vieja, es más o menos de mi edad.

—¿Se mudaron aquí cuando yo vivía? ¿Con otro viejo?

—Claro. Ahora es viuda.

Estaban los dos en la cocina. Marifé ya estaba preparando una ensalada, tostando unas rebanadas de pan y friendo unas pechugas de pollo.

—Siéntate, hijo.

Y entonces oyó algo que nunca antes había oído en los labios de Álvaro:

—¿Te ayudo en algo?

Secretamente, Marifé notó el mismo temor que había sentido unos minutos antes. Era la segunda vez en apenas unos minutos que reflexionaba sobre la idea de que sufría una preocupación por algo que debería haberla hecho feliz.

—Me apaño mejor sola. Tú estarás cansado de trabajar. ¿A qué hora entras mañana?

—Mañana no trabajo.

—¿Es fiesta, mañana?

—No es fiesta.

Álvaro se había sentado y le daba la espalda. Marifé entendía que no podía preguntar más.

—Estos filetes los estoy haciendo como a ti te gustan, con bien de ajo. El ajo es bueno para todo.

—No hacían falta filetes a esta hora, con una ensalada nos hubiéramos apañado.

—Un hombre alto como tú tiene que cenar más.

—Yo ceno poco.

—Así estás, cada día más delgado —dijo la madre mientras servía el primer plato.

—Estoy como tengo que estar.

—Antes estabas más hermoso.

—¿Te vas a sentar ya?

—Si me siento, ¿cómo te tuesto el pan?

—Pues me lo como sin tostar.

—Tostado está más rico cuando no es pan recién comprado. Y además le voy a restregar ajo como a ti te gusta.

Álvaro explotó.

—Madre mía con el ajo... Es que de verdad que no hay manera. No paras quieta. Yo solo quería venir y cenar un poco y dormir tranquilo, pero no te das cuenta de nada. Es llegar a casa y ponerte a hacer mil cosas a la vez y hacerme

comentarios impertinentes sobre si estoy o no estoy delgado o si como o no como bien. Y luego sales siempre con las preguntas indiscretas sobre el trabajo. ¿No te das cuenta de que no se puede estar tranquilo a tu lado?

Marifé notaba cómo Álvaro se iba acelerando poco a poco. El volumen de su voz aumentaba, para dar énfasis a su queja.

—No eres consciente. Llego a casa y te encuentro tirada por el suelo, como si fuera normal quedarse dormida en el suelo, y en un momento has cambiado las sábanas de una cama donde solo había dormido una noche, hace apenas unos días.

Marifé notaba ahora que el cabreo de Álvaro ya no iba en aumento. Al contrario, parecía que su voz se iba a quebrar.

—¿Qué vas a hacer? ¿Cambiarle las sábanas cada vez que venga a dormir? ¿Cada noche? Porque lo que yo quería decirte es que me gustaría quedarme una temporada aquí, por lo menos hasta que encuentre trabajo, porque me echaron del trabajo hace ya un tiempo y está todo tan mal...

Finalmente, como Marifé había temido, la voz de su hijo se quebró.

—Salen entrevistas, pero son solo entrevistas, y parece que cada entrevista va a ser la buena, pero al final no. Y encima hay que alegrarse de que salgan entrevistas, como si ya fueran un éxito, cuando en realidad no son más que otra oportunidad para fracasar. Y la ayuda del paro se acabará, es inevitable.

Marifé quería acercarse a su hijo y abrazarlo, pero había algo que no le dejaba hacerlo. Sentía que el muchacho todavía tenía algo más que decirle. La voz le salía cada vez con más esfuerzo, y era ese mismo esfuerzo el que indicaba a Marifé que su hijo estaba luchando para resistir y poder llegar hasta el final de su discurso.

—Con los alquileres por las nubes, normal que no pudiera pagarme una habitación. Por eso dejé mi casa hace ya un tiempo. Unos meses. Medio año viviendo con papá y su nueva mujer. Y ahora quiero quedarme aquí.

Álvaro lanzó su confesión desde la derrota asumida, pero dolorosa. Y Marifé, gracias a ese poder mágico que le otorgaba su maternidad, supo que Álvaro todavía tenía algo más que decirle. Así que se mantuvo en silencio unos segundos más, confiando en que su hijo encontrara las fuerzas que le hacían falta para terminar su desahogo. Y las encontró. Dijo Álvaro:

—Y papá... y su nueva mujer... no lo están haciendo bien.

No hicieron falta más palabras. La madre entendió que a lo que Álvaro se refería no era a que no lo estuvieran haciendo bien con él, Álvaro, sino con ella, Marifé. No había visto a su hijo así de indefenso desde que era niño. Le

correspondía a ella acercársele y darle la confianza que había perdido durante todo ese tiempo sintiéndose como un fracasado, y como un cómplice. Se acercó adonde estaba Álvaro, restregando los ajos sobre el pan, y le dijo:

—Hijo mío, tu habitación está donde ha estado siempre y donde estará mientras yo siga viva. Tuya es y tuya será. Cena lo que quieras y duerme tranquilo, que mañana será otro día.

Álvaro masticaba su cena, sin dejar de mirar a la madre. Era un animalillo herido. La madre sabía que estaba débil y que no era justo que ella abusara de su posición. Por eso lo cogió de la mano y, dándole golpecitos de ánimo, le dijo:

—Lo has hecho bien. Tu padre es tu padre, y los padres y las madres estamos para lo bueno y para lo malo. La casa donde vive tu padre tiene que ser también tu casa, es así como son las cosas, y espero que te haya cuidado este tiempo como un padre tiene que cuidar a su hijo. Y ahora te voy a cuidar yo el tiempo que haga falta.

Marifé se levantó y dejó un beso en la frente del hijo, que seguía masticando. A través de sus labios sintió el movimiento de las mandíbulas, la fuerza de los dientes destrozando la comida. La frente, calurosa, contagiaba los labios de Marifé de una energía poderosa, como la del agua que riega campos en sequía. Cortó el beso y notó que Álvaro tragaba como si no hubiera comido en mucho tiempo, con ansia. Le quiso decir que fuera más despacio o le sentaría mal, pero se dio cuenta de que la comida le estaba sentando mejor que nunca.

Según salía de la cocina, Marifé reflexionaba sobre lo que acababa de ocurrir. ¿Cómo era posible esa sensación de felicidad surgida en medio de la tragedia del hijo? Desde luego, no se alegraba en absoluto de que Álvaro estuviera indefenso, y daría lo que fuese por poder ayudarlo a encontrar trabajo. Que el hijo volviera a su habitación le aportaba una satisfacción plena, eso estaba claro. Pero la felicidad dulce, perezosa, que sentía en esos momentos, según caminaba y dejaba al hijo atrás, no era solo por la vuelta del muchacho. De hecho, no era en absoluto por la vuelta del muchacho. Marifé era honesta consigo misma cuando reflexionaba sobre esto y concluía que esa felicidad era el resultado de un alivio muy grande. Se sentó en su sofá. Del final del pasillo se oían los sonidos de los cubiertos de Álvaro sobre el filete de carne y el plato de la ensalada. Miró por la ventana del patio y vio que la luz de Luisa estaba encendida. Y se quedó un rato sentada tramando su plan.

El deseo de una madre

—Es una noche de tormenta que lanza rayos traidores que se reflejan en las ventanas de la mansión. El niño que estaba en el hospital corre por los pasillos, larguísimos. Es el mismo niño, pero más chico, por lo menos un año o dos. La casa también es diferente a como estamos acostumbrados a verla. Están las mismas cosas, pero ahí se ven nuevas. Las mismas alfombras que recubren los suelos, solo que relumbran con colores que no han envejecido todavía. El niño Leopoldo corre desesperado por esos pasillos, con la misma cara de frenesí que volverá a tener de adulto en la noche que espía a Maldonado y Rufo, y los mismos ojos desesperados de terror loco. Los relámpagos se confunden con los quejidos encolerizados de un bebé que llora sin consuelo, al fondo del pasillo. En el otro lado, con más fuerza aún, resuenan los gritos de una mujer que se mueve entre las sombras de una habitación en penumbra. Esta mujer se lamenta de su vida, de la tortura eterna a la que se ve condenada. Maldice como una posesa mientras pasea por la sala, siempre a oscuras. Se sienta en un butacón, pero la ira le puede, y vuelve a dirigir sus pasos hasta el balcón, descorre los cortinones y grita a la noche, como si quisiera culpar de sus males a la lluvia que no cesa:

»—Maldita esta casa y maldita mi suerte, y malditos los días en que pude escapar y no lo hice.

»Entonces vemos que es doña Leonor, mucho más joven y bella que la víbora en que se ha convertido después. Y sigue maldiciendo:

»—No quiero más castigo ni quiero más sacrificios, ni quiero más hijos tuyos de estas entrañas mías. Ojalá se lleve el viento todo lo que me ha traído contigo, y lo arrastre allá a los infiernos de donde te has escapado para mortificarme, ¿me oyes? Ese es mi único deseo, ¡librarme de esta vida que me

has dado!

»El niño Leopoldo observa este espectáculo entre llantos, sin atreverse a acercarse a su madre. Corre despavorido por el pasillo, alejándose de las siluetas grotescas que se proyectan desde el balcón abierto, y llega hasta el fondo, hasta la habitación donde llora el bebé. La pena que dan los llantos desgarrados de esta criatura no es para contarla, pues de verdad se le ve angustiado, al borde de la asfixia. Toda su cabecita minúscula está roja de la irritación que tiene, y en sus gritos se nota ya el agotamiento de una garganta que lleva mucho tiempo sin descansar. El niño Leopoldo se aproxima a la cuna, que es de estas que tienen un velo que cuelga desde el techo y forma una pirámide sobre el bebé.

»Por la ventana entra la misma luz azulosa que dibujaba la figura de doña Leonor a contraluz. Es una luz débil pero tiene un punto brillante, casi fluorescente, que convierte en fantasmagorías las imágenes terribles que se ven, las manos del niño Leopoldo meciendo la cuna, las telas que caen desde el techo y esconden a los dos niños, los truenos que se cuelean por los ventanales como peces que saltan en un mar nocturno, los ojos empapados del bebé indefenso, el cabello rizado de angelito del niño Leopoldo, el almohadón sobre la cara del bebé, los brazos tensos del niño Leopoldo aguantando el almohadón sobre el bebé, el llanto que cesa de repente, como si nada, el último relámpago que suena y el último rayo que se apaga y lo deja todo negro como un punto final.

Marifé salió de casa antes de que Álvaro se levantara de la cama. Sigilosa, había empujado la puerta de la habitación del muchacho para espiarle durmiendo. Solo estaba tapado de cintura para abajo. La almohada bajo sus hombros lo colocaba de tal manera que el pectoral estaba erguido y la cabeza caía hacia atrás, como un mártir. Sus piernas, tan largas, rebosaban el borde de la cama.

Marifé pensó en cuando era niño, en esa misma cama, y sobraba tanto espacio por debajo que dormía con sus peluches a los pies y aun así sobraba sitio. Se acercó a su hijo, sacó cuidadosamente la almohada de debajo de los hombros para que quedara en una postura más cómoda, tiró de la sábana hasta que le cubrió el cuello, y lo besó en la mejilla. Fue un beso largo. Sus labios, secos, quedaron pegados al rostro del muchacho y se fueron separando de la

piel lentamente, como hojas de papel que se despegan después de mucho tiempo adheridas.

Dejó al hijo arropado y salió de casa a su hora de siempre. Caminaba por las calles pensando en esos dos besos que le había dado en tan corto espacio temporal, uno por la noche, en la frente, y otro por la mañana, en las mejillas. Habían sido extraños porque eran dos besos robados. El primero, por pillar a Álvaro de improviso, en pleno disgusto, y el segundo por estar dormido. Hasta esos dos besos, Marifé había necesitado alguna clase de permiso para poder besar a su hijo: un cumpleaños, unas navidades, un año nuevo... pero besarle sin más no había estado permitido.

Se acordaba en esos momentos de la última vez que lo besó sin permiso, siendo él adolescente, casi un niño. Estaba Álvaro viendo la televisión, el mismo aparato que seguía aún en el salón, ahora mutilado. Daban unos dibujos animados japoneses, ruidosos, llenos de destellos y personajes que no hacían otra cosa que darse golpes los unos a los otros en peleas interminables. Tenía la costumbre, el muchacho, de sentarse en la misma silla, con el brazo cubriendo el espaldar a un lado. Marifé observaba a su hijo y pensaba en lo rápido que estaba creciendo. Tantos años después, se acordaba de que daban dibujos animados porque en aquella ocasión pensaba en que pronto dejarían de gustarle y se pasaría a los programas con personas de verdad. Las espaldas de Álvaro ya empezaban a tener hechuras de hombre, con esa forma de V tan reconocible. Estaba sin camiseta, y su piel se veía oscura al contraluz de los destellos de los dibujos japoneses. Marifé lo observaba y le parecía que seguía siendo la piel de un niño, con el mismo vello infantil que había tenido siempre. En la cara empezaban a asomar las primeras amenazas del acné, pero sus espaldas conservaban aún el rastro de la niñez. No lo pudo evitar. Quería saber si esa piel de su hijo seguía siendo tan suave y tan salada como ella la recordaba. Se le acercó y lo besó en la nuca. Álvaro se asustó y, como si fuera un personaje de los dibujos japoneses, se giró rápidamente sobre la silla y clavó el codo en la mejilla de la madre.

—¿¡Qué haces!?! Vaya susto me has dado. ¡Qué asco! Me has llenado de babas el cogote, ¡puaj! ¿Es que estás loca?

Álvaro olvidó en seguida el susto porque los dibujos animados ocupaban su atención y Marifé siguió observándolo un rato. Se llevó la mano a su mejilla. El codazo había sido torpe y no le había hecho demasiado daño. Pero el gesto sí, porque con ese gesto y esas palabras entendía que se había acabado el contrato no escrito que le permitía, como madre, besar a su hijo cuando

quisiera.

Acababa ahí el recuerdo esa mañana, justo cuando Marifé entraba en el mercado. Quería surtirse con alimentos para muchos días. Aún no había decidido qué cocinaría esa mañana y se debatía entre varias opciones. Cuando llegó a la verdulería de siempre, la encontró llena de gente, pero no le importó esperar. Llegado su turno, el tendero le dijo:

—Buenos días, qué buena mañana se está quedando, ¿verdad? Y eso que decían que iba a llover.

—Si tiene que llover, lloverá.

—¿Y qué le pongo?

—¿Los tomates están frescos? Pues medio quilo. Y de esos pepinos, media docena. Son de huerta, ¿verdad? Y un manojo de perejil, si puede ser.

—Patatas las tengo de oferta, ¿quiere un quilo? El perejil ya no se regala.

—Póngame tres quilos. Pues toda la vida se ha regalado el perejil, pero si ya no se regala, ¡qué le vamos a hacer!

—Si le pongo cinco quilos, las patatas salen más baratas. Toda la vida se ha regalado, pero los tiempos cambian y ahora lo tenemos que pagar también los tenderos.

—Pues cinco quilos, y naranjas, esa bolsa entera. Los tiempos cambian.

—Vaya, pues hoy se va a ir cargada, más que otros días. Venga, le regalo el perejil, pero la última vez.

—Es que tengo al hijo en casa, por eso hoy compro más. Muchas gracias.

—Será por eso que se la ve tan contenta —replicó el verdulero mientras llenaba bolsas.

Y el resto de la clientela clavó la mirada en Marifé, como si la observación del dependiente hubiese sido una señal a la que todos tenían que responder. Además, todos sintieron la necesidad de contribuir con una opinión.

—Es que con los hijos cerca está una más a gusto —dijo una señora.

—También dan disgustos —dijo otra.

—Pero se les perdona todo —añadió otra más.

—Yo a los míos no los quiero cerca —decía otra entre risas—, con saber que están bien me vale.

—No digas eso, mujer —le regañaba otra—, que no lo piensas.

El tendero intercambiaba con Marifé sus bolsas mientras ella le daba el dinero. Y, antes de salir, dijo Marifé a todo el público:

—Sí que es verdad. Con los hijos cerca se está mejor. Lo que pasa es que los hijos siempre están cerca, incluso cuando se han ido.

Y salió arrastrando el carro pesado, camino de su casa. Tenía ganas de sacar partido al viejo contrato de los besos, ahora renovado. Y vaya si lo hizo. En cuanto llegó, soltó en el pasillo las bolsas de patatas y naranjas y perejil regalado, y corrió al dormitorio a ver si el hijo seguía dormido. Se estaba desperezando, ya de pie.

—Buenos días, hijo. He comprado naranjas por si quieres que te haga un zumo.

Álvaro iba a darle las gracias, pero se encontró con que tenía a su madre dándole un beso en la cara. Le dio un poco de vergüenza, así que fingió un bostezo. Después, el hijo dijo a la madre:

—Venga, preparo un zumo para los dos.

Efectivamente, el muchacho se dirigió a la cocina y se preparó su desayuno, con sus tostadas, su mermelada, sus cereales y su café. También eligió las mejores naranjas, con mimo. Las exprimió lleno de euforia, sin dejar de sonreír, como el niño que ha redescubierto un juego que tiempo atrás le hacía feliz.

Marifé lo observaba todo sin perderse detalle.

—Tómalo rápido, ¿o es que quieres que venga el diablo y se lleve las vitaminas? —dijo Álvaro mientras ofrecía un vaso a su madre y separaba otro para él—. Y te lo tienes que beber todo porque basta con que dejes un poco para que venga el diablo y se lleve las vitaminas del zumo entero.

El muchacho apuró su vaso de un trago y, al acabarlo, soltó un suspiro de satisfacción, con la boca abierta, orgulloso de que el diablo no tuviera la más mínima oportunidad en esa casa.

A Marifé, que nunca tomaba zumo y menos a esas horas, su vaso le supo a gloria.

La declaración

—Paloma está en su habitación, tumbada en la cama, blanca y queda como si fuese una estatua de sal. No oye los golpes que alguien da a la puerta y ni siquiera parpadea. Después de insistir un poco más, Arturo abre la puerta y se acerca hasta donde está Paloma. Se le ve más hombre que nunca, con ese porte de caballero de otro siglo y esa mirada triste de soldado herido, tan guapo que duele verlo. Se sienta al lado de Paloma y la llama por su nombre, y parece que el aliento de sus palabras debe de oler a miel, del amor y de tanto cuidado que pone en ellas. La muchacha entonces sale de su aturdimiento y se fija en Arturo, al tiempo que se lleva las sábanas al cuello para tapar el escote que descubre su camiseta diminuta.

»—Perdona si te he asustado, Paloma.

»—No te preocupes, es que llevo unos días con el miedo en el cuerpo.

»—Lo sé. Te he notado con más preocupación que nunca —dice él, sin mirarla.

»—Siento mucho causarte estas ansiedades. Soy consciente de que, cuanto más preocupada me ves, más te preocupas tú mismo —dice ella, buscando que él la mire.

»Arturo le aguanta la mirada como solo él sabe hacerlo, saboreando esos momentos como si los silencios fuesen de un aire fresco que da placer de respirar, y, acercándose a Paloma hasta casi rozar sus rostros, le dice:

»—Estoy cansado de tantos momentos incómodos y tantas preocupaciones. Lo que más deseo en este mundo es hablar contigo para liberar un fantasma que se está alimentando de mis dudas y mis prejuicios, y que crece cada día más. Llevo muchos días y muchas noches cavilando y ha llegado el momento de ser valeroso y enfrentarme a mis miedos, porque temo que ese fantasma

puede hacerse más y más poderoso y perseguirnos el resto de nuestras vidas.

»Paloma escucha entre recelosa y escandalizada, pero algo en su expresión —tal vez las comisuras de su boca, que se pliegan como si se prepararan para una sonrisa feliz, tal vez su mirada fija en los ojos de Arturo, que tan cerca están— la delata impaciente por escuchar a su primo, deseosa de saber hasta dónde llegará ese valor del que le está hablando. Tan cerca están el uno del otro que casi casi se puede ver cómo el aliento de Arturo hace vibrar el cabello de Paloma, y que su calor le da brillo en la cara. Y cada vez se acercan más, porque Arturo continúa hablando y diciéndole que es ella la que le da este valor que ha ido recogiendo y la que le transmite las fuerzas necesarias para dar un gran paso. Y aquí Arturo extiende su brazo por encima de Paloma y parece que la va a agarrar de los hombros, como si le fuese a decir: “Despierta, ¿no te das cuenta de lo que nos está pasando?” Pero lo que en realidad sucede es que acerca su mano hasta la mejilla de la muchacha y le acaricia los pómulos, que parecen de maniquí y no de persona. Tocar la piel de la joven y brotar lagrimones de sus ojos es todo en uno, y es entonces cuando Arturo dice:

»—Paloma mía, luz de mis días y de mis noches, te amo como nunca pensé que se pudiera amar.

»Y, atrapando a Paloma con su mirada con la misma fuerza con la que un pescador agarra el hilo con el anzuelo, los dos jóvenes se besan apasionados, furiosos, con deseo vehemente pero también con alivio, solos y protegidos en su intimidad, con la fuerza y las ansias de un volcán que hubiese estado esperando siglos para estallar.

Todas las paredes que la rodeaban estaban llenas de diplomas. Cada diploma era la confirmación de lo mucho que valía ese señor y debían dar a Marifé confianza en el trabajo que realizaría para ella. Sin embargo, sentada en ese despacho mientras esperaba al señor, los diplomas le causaban más ansiedad que otra cosa. ¿Cuántos títulos necesitaba un abogado y cómo era posible que no bastase con un solo diploma? ¿Serían así todos los abogados? Este tenía diplomas que confirmaban su licenciatura y su doctorado, su paso por infinidad de colegios, magistraturas y comités. Toda una vida dedicada a lidiar con matrimonios deshechos. Pensaba Marifé que, por supuesto, habría trabajos peores. Era muy bueno en ese terreno, según le había explicado

Álvaro, que era quien lo había encontrado para su madre. El mejor «abogado matrimonialista», habían sido las palabras exactas. Marifé no había querido entender lo que quería decir ser buen abogado matrimonialista: ¿era el que menos hacía sufrir a sus clientes?, ¿el que conseguía que el trance fuese lo más rápido posible? o ¿el que solucionaba a la pareja, volviendo a unirlos y evitando así el divorcio? También le había dicho Álvaro que, siempre según su investigación, era un abogado matrimonialista especializado en casos como el de ella. Pero, ¿cómo era el caso de ella? ¿Se refería Álvaro a que se trataba de un abogado especializado en mujeres, habituado a ponerse de parte de ellas? A lo mejor estaba tan especializado que se centraba en mujeres de su edad, o en mujeres abandonadas por el marido, más concretamente en mujeres cambiadas por otras muchachas más jóvenes, o en mujeres que podían perder su casa. Era todo tan complicado y los matices eran tantos que, ahora sí, cobraban sentido todos esos diplomas que la rodeaban.

Cuando por fin se acabó la espera y el señor abogado la pudo atender, no hizo casi falta que Marifé contara su situación. Efectivamente, tan experto era el señor abogado que anticipaba cada exposición de Marifé. Los pocos datos que ella le había contado a la secretaria antes de la reunión y un vistazo rápido a la carta que había enviado el abogado del marido bastaban a este señor para entenderlo absolutamente todo. Marifé, su caso, eran de repente una fórmula. Su drama, el encaje dentro de un patrón que había ocurrido miles de veces y que para este abogado no suponía mucho más de lo que podía suponer al frutero despachar fruta cada día o, mejor aún, a un médico arrojar diagnósticos de diversa gravedad.

—De modo que nos encontramos con una situación que, siguiendo los cauces habituales, debería convenientemente derivar en un divorcio contencioso o controvertido —diagnosticaba el señor, y Marifé callaba, pensando que, efectivamente, el asunto era controvertido—. Esto quiere decir que, en el supuesto de que no llegaren los cónyuges a un acuerdo mutuo, empujarían a que la justicia decidiera cómo resolver la situación.

Marifé asentía con fuerza, pensando que así haría entender a su interlocutor que, a pesar de los tiempos verbales tan insólitos, ella le entendía. Pero no debió de asentir con la fuerza suficiente, porque el señor le dijo:

—¿Me está entendiendo usted, señora? Se lo pregunto porque no estoy seguro de que usted sea consciente de la gravedad de la situación a la que se enfrenta. Usted debería haber atacado esta situación antes, con la urgencia que le correspondiere. Su marido le reclama el domicilio familiar y las

pertenencias que en él hubiere. Al no haber usted respondido al requerimiento formal, nos encontramos con la inminente demanda contenciosa o controvertida, a la que usted debiere responder en un plazo máximo de veinte días después de que el juzgado admitiere dicha demanda contenciosa o controvertida.

Ahora sí que Marifé empezaba a sentir la oscuridad de las palabras del abogado. No sabía si veinte días eran muchos o pocos. Tampoco sabía si le gustaría que el señor le explicara más o que le explicara menos, porque cuanto más hablaba, menos le entendía. Le recordaba a esas veces en que un doctor da un diagnóstico y el paciente, indefenso, solo puede admitir con culpa que además de estar enfermo, no tiene estudios de medicina.

—Nos encontramos con una situación peliaguda, señora. Con una citación inminente en la que yo, en su representación, debiera responder a la demanda de su marido, de tal manera que, en el momento en que se realizare el juicio contencioso, pudiere el juez sopesar los requerimientos de ambos letrados, para así deliberar una sentencia ajustada a derecho.

—¿Sentencia? —saltó Marifé—. ¿Un juicio? ¿No se puede arreglar entre abogados?

—Podría, señora. Debería, señora. Convendría. Pero me temo, señora, que de poco le valdría. Su marido quiere la casa.

—Pero la casa es mía.

—La casa es de ambos, de momento.

Marifé aprovechó que el señor hablaba al fin con palabras cortas para hacer sus preguntas.

—Y, si él se fue, ¿cómo es de ambos?

—La casa son bienes gananciales.

—¿Gananciales? —preguntó Marifé, con la esperanza de que si ella decía frases cortas el abogado se adaptaría al compás que ella marcara.

—Bienes gananciales. El patrimonio, las pertenencias acumuladas por el matrimonio durante sus años de vida compartida, obtenidas por conjunto o por separado. Son la recompensa por el esfuerzo mutuo, resultado del amor compartido. Una vez que ese amor se deja de compartir, esas ganancias acumuladas deben repartirse según estipulare la legislación aplicable.

—Pero la casa es mía —argumentó Marifé, sin subjuntivos.

—Escúcheme, aunque solo sea por respetar la voz de la experiencia. No sería exacto decir que su marido quiere echarla de la casa común, pero tampoco quiere que se la quede usted sola. Con un poco de esfuerzo,

podríamos conseguir un reparto justo de los bienes gananciales, de tal modo que, después de vender la casa, podrían cada uno de los cónyuges repartir ese dinero. Su casa es céntrica, más valiosa ahora de lo que fue cuando ustedes la adquirieron. Podría usted comprarse una vivienda más pequeña, más acomodada a sus necesidades.

—Pero yo quiero mi casa.

—Suya y de su marido, de momento.

—Allí he estado siempre desde que nos vinimos del pueblo, allí se ha criado mi hijo.

—Señora, ¿le puedo preguntar por su vida laboral? ¿Cuántos años ha cotizado?

—Mi trabajo era mi casa. Mi hermano, mi hijo. Y mi marido también.

—Pero no ha respondido a mi pregunta. Y cuidar de la familia no cotiza.

—Pero la casa es mía. La casa se compró con el dinero de la herencia de mi padre y con la venta de mi casa del pueblo. No es justo.

—Señora, ¡por Dios! No corresponde a usted decidir sobre lo que es justo o no. Eso es labor de la justicia, ¡que nos protege a usted y a mí!

Y el señor abogado se levantó indignado, en vista de que su clienta no razonaba a sus argumentos. Las palabras que siguieron las dijo el abogado de espaldas a Marifé. Debió de descubrir de repente que uno de sus diplomas estaba cubierto de polvo, porque lo arrancó de la pared y, después de soltarle vaho, se dispuso a limpiarlo con la manga de su traje:

—Usted no me entiende, señora. En la demanda de su marido se adjunta la escritura, con el nombre del esposo. Y la vida laboral del demandante, con el detalle de su contribución económica continuada durante más de dos décadas.

—Yo me dedicaba a cuidar a mi hermano, a criar a mi hijo.

—No me escucha usted, señora. Está legislado que en el régimen económico matrimonial de gananciales las herencias se consideraren privativas del cónyuge que las recibiere. Si se compró la vivienda con el dinero de su herencia entonces dicha vivienda pudiere tener carácter privativo. No obstante, en caso de que se cuestionare dicho carácter judicialmente, habría que probar dicha afirmación, la herencia y el pago de la compra de la vivienda con el dinero de la herencia. ¿Me entiende? Más claro no se lo puedo decir.

Marifé aguantó el silencio. El abogado prosiguió:

—Usted dice que el domicilio conyugal se compró con un dinero que le dejó su padre, pero eso no consta en ninguna parte. ¿Dónde están esos

papeles? ¿Qué documentación prueba lo que usted dice? ¿Cómo me presento yo ante un juez, señora, y le explico cuál ha sido su contribución al patrimonio familiar?

Marifé no necesitaba oír más. Se levantó del despacho, se despidió cortésmente del señor abogado y quedó en llamarle en el plazo de unos días. Corrió a la casa que todavía era suya.

La petición

—El mismo punto donde se quedó Leopoldo María, enloquecido después de espiar la conversación entre Rufo y el señor Maldonado, mordiendo sus propios puños para contener la rabia y el dolor. Pues los esfuerzos por contener esa ira no le sirven, así que Leopoldo María salta de su escondite y comienza a gritarles:

»—Rufo, esta me la pagarás, si crees que te puedes reír de mí es que estás muy equivocado. —Y también tiene palabras para el viejo cojo—: Maldito viejo traidor, después de todo lo que mi familia ha hecho por ti, con el cuerpo todavía caliente de mi padre, que fue un hermano para ti.

»Con quien más se ensaña es con el señor Maldonado, le llama canalla, usurero, se le lanza encima y comienza a pegarle. Sus manos tiemblan como las de un loco, y tan ido está que no se da cuenta de que, mientras se ensaña con Maldonado, Rufo se mueve sigilosamente hasta sacar una pistola de un cajón.

»—¡Detente, niño! —grita Rufo, empuñando el arma—. Suéltale, ¿no ves que es un viejo y que encima le falta una pierna? Conmigo no te atreves, y ahora que te ves con una pistola cargada apuntándote seguro que te harás pipí encima, porque no eres más que un niño de mamá.

»Se oye cómo Rufo quita el seguro de la pistola, sin dejar de apuntar. Pero, lejos de amedrentarse, Leopoldo María agarra con más fuerza al viejo y, con la velocidad de un destello, empuña un abrecartas que había sobre la mesa y lo coloca sobre la garganta de Maldonado. La tensión que se respira es enorme. El uno con la pistola y el otro con el abrecartas. Es un duelo a muerte.

»De pronto, se oye el pisar de unos tacones y todos miran adonde está la puerta. Es Marilú, que como es una avispada, se percata en seguida de lo que

está sucediendo. Leopoldo, al verla, comienza a temblar más aún de lo que estaba temblando hasta entonces. Su mano aprieta con fuerza el abrecartas, muy próximo a punzar la piel del viejo.

»Leopoldo María, con voz humillada, dice a la muchacha:

»—Dime que no es verdad lo que acabo de oír, que no me mentías cuando me decías que soy el hombre más importante de tu vida, que solo mis besos te han hecho palpar.

»Marilú, con su voz siempre sensual, le responde:

»—Leo de mi vida, ¿qué está pasando? ¿Cómo puedes dudar de mí?

»Leopoldo, que va desplazándose despacio, acercándose cada vez más al lugar desde donde Rufo lo apunta con la pistola:

»—Yo, que te lo di todo, que te prometí una vida de felicidad, que te presenté a mi familia.

»Marilú, que se va acercando adonde está Leopoldo, pasando cerca del otro con su pistola:

»—Y esa es la vida que quiero, junto a ti, mi único hombre.

»Leopoldo, cada vez más cerca de Rufo, que no tiene espacio para moverse, atrapado entre Marilú y Leopoldo:

»—Yo, que pensé que contigo podía empezar una vida diferente, superar por fin los recuerdos terribles del pasado.

»Y aquí todo pasa rapidísimo. Leopoldo lanza al viejo sobre Marilú, los dos caen rodando por el suelo. Se abalanza entonces sobre Rufo y, con una fuerza que no conocíamos en un muchacho tan enfermizo, comienza una lucha sin tregua. Los dos hombres forcejean, sin duda peleando por conseguir el control del arma. Marilú y Maldonado, malheridos, despeinados, doloridos, observan como espectadores.

»Marilú, aterrorizada, grita:

»—¡Amor mío, cuidado! ¡Mátale y vámonos de aquí! Amor de mi vida, Rufo mío, ¡mátale ya!

»Y entonces suena un disparo.

—No me dirás que no tiene emoción —comentaba Luisa.

—Sí, y eso que a mí las pistolas no me gustan.

—A mí tampoco. Son cosas de la televisión. En la vida normal las personas no tenemos pistolas, ni los ricos ni los pobres. ¿Tú cuándo has visto una

pistola en tu vida? Pues nunca, normal.

Había mucha oscuridad esa tarde en el rellano de la escalera. En otras ocasiones, las dos vecinas se habían ido turnando para pulsar el interruptor de la luz cada vez que se apagaba, pero esa tarde se habían olvidado de hacerlo o no habían sentido la necesidad. Sus pupilas se habían ido adaptando progresivamente, tanto que, a pesar de la oscuridad, se veían los rostros la una a la otra, con todo detalle.

—Menos mal que me has contado el capítulo —agradecía Marifé—. Pensaba que no te iba a ver hoy.

—Claro que sí, mujer.

—Como no te vi a la hora de siempre... —agregó Marifé, con el tono de las parejas celosas.

—Es que nos han adelantado el baile.

—¿El baile? —Y no se le iba el tono de las parejas celosas.

—Sí. Antes era solo los lunes, y ahora lunes y miércoles. Lo pedimos nosotras de tanto que nos gusta. Es aquí mismo, en un local del barrio.

—Por eso vas tan arreglada. —Y Marifé aquí sí que se dio cuenta de que estaba hablando como una pareja celosa, y se propuso contenerse.

—Claro, mujer. Es que si no fuera por el baile no tendría ni motivos para comprarme ropa nueva, tú me dirás. Bah, es una tontería. Nos juntamos unas cuantas y un monitor nos enseña pasos. Bailamos de todo: el bugui, el suin, el jipjop. Las hay más jóvenes que yo, pero pocas son más ágiles, no te vayas a pensar. —Y reía Luisa mientras lo contaba. A continuación, bajó un poco la voz—: Y, poco a poco, se han ido apuntando hombres.

En la oscuridad del rellano, y ahora que hablaban entre susurros, parecían dos conspiradoras.

—¿Y qué hacen los hombres? —preguntó Marifé, como si le escandalizara, y sin renunciar al susurro.

—Como bailarines son un desastre, pero nos echamos unas risas. Bah, casi todos unos carcamales. Viudos, la mayoría. Pero son agradables y animan el baile, la verdad sea dicha. A ver si un día te unes. —Y añadió un guiño del ojo a esta última frase.

—¿Yo? ¿Al baile? Calla, calla. Yo no valgo para bailar.

—Esta mañana uno me echó un piropo. Un canalla. No te repetiré lo que me dijo. Le puse mala cara, y cuando no me veía me dio por reír. Un día te vienes.

—Estoy yo para piropos...

—¡Ay! Se me ha ido el santo al cielo —cortó Luisa, acabando con el tono

susurrante—. Fíjate qué horas, me voy pitando que, si no, ceno tarde, y me sienta mal.

—Sí, yo también me voy a ir yendo.

—Tienes el niño en casa —dijo Luisa, porque no podía irse sin comentarlo.

—Ahí sigue —respondió Marifé, llena de orgullo.

—Muy bien que está. Es hermoso. Está bien criado.

—Es igual que mi padre, desde bebé ya era idéntico —explicó con más orgullo todavía.

—Lo vi salir ayer. Da alegría ver a un muchacho tan guapo.

Marifé se ruborizó, sintiendo que el piropo fuera para ella, porque en verdad que una parte del piropo era para ella.

—Bueno, ya sí que me voy —dijo Luisa, decidida—. Mañana te busco y te cuento qué pasa con esta familia, que está la cosa como para ir a mear y no echar gota.

La oscuridad era ahora casi total. Marifé tenía algo que decir a Luisa y la vecina se le escapaba. Antes de que Luisa arrancara a andar, Marifé la agarró del brazo.

—Luisa. Espera. Hay algo que te tengo que comentar. —El susurro era ahora más bajo que nunca. Sus caras no se veían, solo un pequeño haz de luz, proveniente del ascensor, iluminaba la boca de Marifé. Era la irradiación justa para mostrar el movimiento de sus labios mientras hablaba a su vecina—. Es algo que te quiero pedir. Necesito que me ayudes. Ven a casa. Tenemos poco tiempo antes de que vuelva mi hijo.

El momento de la verdad

—Arturo y Paloma marchan a través de los campos, por los mismos caminos por los que se había visto a Paloma andar tan preocupada y con tanto miedo. Pero ahora es diferente porque los dos van cogidos de la mano. Trotan más que andan y realmente da la impresión de que los campos son infinitos y la torre está en un lugar inaccesible. Cuando por fin llegan al bosque, y antes de adentrarse por el sendero oculto que Paloma conoce, ella le habla:

»—Arturo, quiero que me prometas una cosa. Quiero que, pase lo que pase y veamos lo que veamos en esa torre, vas a estar siempre a mi lado, como yo estaré al tuyo.

»Arturo abraza a su amada por la cintura y vuelven a besarse con una pasión de locos.

»—Paloma, nada es más importante para mí que pasar el resto de mi vida a tu lado. Mis únicos deseos son poder demostrarte mi amor y lucharé contra viento y marea para que así sea.

»Decididos, aprietan el paso y en un momento llegan a los pies de la torre. Arturo la observa. El sol lo ciega y sube su mano hasta la frente para improvisar una visera. Contempla el monumento con recelo, como si fuese un navegante que ha llegado a un nuevo continente desconocido. Paloma lo coge de la mano, le sonrío para darle fuerzas, como sonrían las madres cuando enseñan a sus hijos a leer y, casi tirando de él, entran en la torre.

»Bueno, pues aquí se corta, porque de momento estamos otra vez en la habitación del burdel, donde peleaban Rufo y Leopoldo mientras Marilú y

Maldonado miraban. Solo que ahora lo que vemos es a Leopoldo con las manos atadas por detrás, sentado en el suelo apoyado en la pared. Y, sobre su camisa blanca, una gran mancha de sangre. Es un charco que le cubre toda la parte del estómago. Sus ojos dan muestra de mucho cansancio y tensión, pero nada nos invita a pensar que el muchacho tenga miedo. Cuando vemos más de la habitación nos damos cuenta de que Marilú y Rufo ya no están. Leopoldo, con respiración agotada, mira hacia arriba. De pie, sobre su sola pierna, está Maldonado, apuntando con su bastón, que ahora tiene una punta afilada como una espada, sobre el cuello del muchacho. Por la posición en que están, y dada la debilidad de Leopoldo María, bastaría al señor Maldonado un breve impulso, tan solo dejarse caer, para acabar con la vida del joven.

»Maldonado, más amenazante que nunca, le dice:

»—Mejor que se hayan ido. A mí ya no me servían para nada. ¡Menudos cobardes! Salir corriendo después de oír un pequeño disparo. —Y, según dice esto, va apretando más su bastón contra el cuello de Leopoldo, que está mudo —. Te gusta, ¿eh? ¿Sientes el frescor del metal sobre tu arteria? Es una sensación placentera, lo sé bien porque hace tan solo unos minutos tú me la hiciste sentir con el abrecartas. ¿No es curioso cómo los grandes eventos de nuestras vidas siempre se repiten?

»Leopoldo está perdiendo las fuerzas segundo a segundo.

»—Sí no quieres que termine de hundir mi bastón solo tienes que decirme dónde tenéis escondidos los papeles de los sobornos.

»Leopoldo casi no tiene voz. Dice el muchacho:

»—No sé nada de esos papeles.

»Pero el señor Maldonado apenas lo oye.

»Y, ahora, de vuelta adonde nos habíamos quedado con Arturo y Paloma dentro de la torre. En estos momentos están subiendo por el pasadizo, ya llegan casi hasta el final, y Arturo se detiene en seco. Parece que ahora es él el que tiene dudas y que va a ser Paloma la que tenga que darle ánimos. Arturo está justo a la altura de esa ventanita pequeña por la que entra la luz en los pasillos de la torre. Paloma va a pedirle que no se desaliente, pero considera en el último momento que lo mejor es darle unos segundos.

»Arturo está observando la inmensidad de los campos. La mansión, que se ve al fondo, parece más que nunca una gran tarta con un millón de adornos.

Luce majestuosa, presidiendo campos, tierras y colinas, riachuelos y plantaciones, poderosa como un templo de la antigüedad que es capaz de resistir en la eternidad. El cielo despejado que lo baña todo permite que destaquen detalles hermosos, como los brillos que se reflejan desde el manantial, que, si fuesen música, serían sin duda notas escapadas de un arpa; o las bandadas de pájaros que surcan los aires dejando sombras arañadas en las tierras.

»Cuando Arturo retira su mirada de la ventana, Paloma vuelve a tomarle la mano, comprendiendo que es justo eso lo que el muchacho necesita. Entran agarrados en la habitación de la torre, y allí ven, con la claridad del día, una estancia perfectamente cuidada. Las miradas de los dos enamorados recorren los suelos pulidos, las paredes bien pintadas, los muebles desempolvados y una cuna de bebé antigua pero conservada con mimo. En estas están cuando se dan cuenta de que, el final de todo, en el fondo más oscuro de la estancia, una figura estática los observa. Es doña Leonor, que arranca su paso hasta llegar adonde ellos están. Los mira de arriba abajo, y clava sus ojos en las manos entrelazadas de los jóvenes. Mira a los ojos a Paloma, sin que ni un solo músculo de su cara se inquiete. Luego dirige su mirada a Arturo, que se la aguanta y, finalmente, le devuelve otra llena de orgullo. El silencio es largo, aguantado con fuerza por los tres, hasta que doña Leonor abre sus labios para hablar:

»—Ha llegado el momento de que sepáis toda la verdad.

—¡Buh! —gritó Luisa, y cuando Marifé se giró para verla la encontró con una herida sangrante que le atravesaba el cuello de lado a lado. Mostraba una cicatriz abierta, espantosa, por lo menos de un centímetro de profundidad, y dos o tres de ancho. Recorría la parte delantera del cuello al completo, con la forma de una sonrisa y el rojo terrible de la sangre brillante.

Marifé se asustó y dio un grito que dejó petrificados a los niños que las rodeaban.

—Quítate eso, que da no sé qué de verlo.

—Son bromas. Pero tienes razón. Vamos a lo que vamos.

La tienda de disfraces estaba repleta de gente. Había niños por todas partes. Corrían con los disfraces puestos, todos monstruosos: de esqueletos, calabazas con muecas grotescas, muertos vivientes con cicatrices de todo tipo,

de un verismo espeluznante.

—¡Qué divertidísima esta fiesta! Mucho mejor que el día de los muertos que había en nuestros tiempos. ¿Cómo vas a comparar? A nosotras nos hacían ir a llorar a los cementerios, y los chiquillos de ahora se visten de momias y de vampiros y se lo pasan pipa.

Luisa estaba encantada con la experiencia. Arrancaba su cicatriz de plástico del cuello y la dejaba en el estante donde había cientos de cicatrices más.

—Allí está lo que buscamos —dijo Marifé, para llamar al orden a su compañera.

Se dirigieron las dos a una sección que estaba llena de pelucas. La primera impresión para Marifé fue algo deprimente, porque todas las pelucas que veía eran de colores estridentes, algunas fluorescentes.

—Muchacho —dijo Luisa a un dependiente—, ¿es que no tenéis pelucas de verdad?

Y el muchacho, entendiéndola, le desplegó varias opciones. Era un chico muy joven, delgado, con los pómulos firmes y rosados como una niña.

—¿La quiere rubia o morena? ¿Para qué la quiere usted? —preguntó el tendero.

—Es para un baile. Un baile de disfraces para las fiestas del barrio.

—¿De Halloween? —inquirió el dependiente.

—No, de normal. Que nos ponga guapas —explicó Luisa.

—Ustedes no necesitan pelucas para estar guapas. —Pero las mujeres entendieron que lo decía sin flirtear, y que este dependiente, de flirtear con alguien, lo haría con sus clientes varones.

—Pues más guapas todavía —siguió Luisa, y cualquiera hubiera dicho que ella sí que estaba flirteando.

—Pues por el tono de sus pieles, yo les recomendaría dos pelucas de color castaño dorado, que está muy de moda. —Y desplegabá varias pelucas—. Miren qué tacto, y qué brillos. Son de altísima gama.

—Sí que son bonitas, sí. Pero, ¿no se verán un poco falsas? —preguntó Luisa.

—¡Uy! ¡Para nada! —respondió el dependiente, como si le hubieran dicho la mayor de las ofensas—. ¡Si son las pelucas que usan las famosas! ¡Raquel Welch sin ir más lejos!

Luisa se colocó la peluca y se miró en el espejo que galantemente sostenía el dependiente.

—¿Tú qué dices, Marifé? ¿Me parezco a Raquel Welch o no me parezco?

—¡Igualita! —dijo el dependiente, orgulloso como si Luisa fuera una creación suya.

—Nos sirven para lo que las necesitamos —respondió Marifé, diplomática.

—Ay, no sé... Yo siempre he querido verme rubia —reflexionó Luisa en voz alta.

—Rubia no se lleva —sentenció el dependiente, tajante.

—¿Y se fijan bien a la cabeza? —preguntó Marifé, siempre práctica.

Pero no la oyó el dependiente o no le interesó, porque se entretenía con Luisa.

—Si la ladea un poco más le favorecerá, y con una pincita aquí le quedará divina, déjeme a mí y verá usted.

Luisa cogió la peluca rubia y se la puso. Volvió a mirarse en el espejo, y concluyó:

—Ya quisiera Raquel Welch. ¡Nos las llevamos!

Salieron de la tienda de disfraces. Las calles estaban abarrotadas de gente. Tantas personas había que las aceras estaban desbordadas y los transeúntes rebosaban sobre el asfalto. Los caminantes se empujaban los unos a los otros sin piedad. No escatimaban en codazos ni atropellos. Luisa y Marifé se dieron cuenta entonces de que, aunque todavía faltaban varias semanas, ese día daba comienzo a la euforia de las navidades. Las dos mujeres, en medio de la multitud, luchaban como podían para no dejarse arrastrar por la marabunta de personas.

—Qué barbaridad. Si todavía no han puesto ni las luces de adorno en las calles. Teníamos que haberlo previsto —decía Marifé.

—No pasa nada, mujer, así pasamos más desapercibidas —añadió Luisa.

Y entonces se dio cuenta Marifé de que su amiga estaba viviendo la experiencia como si estuvieran en una película de espías o en una serie de misterio.

—Esto nos viene al pelo para nuestro plan —añadió Luisa, y se alegró Marifé de que su amiga hablara del plan como algo que pertenecía a las dos.

Notaron que la marabunta no dejaba de crecer. No les quedaba más remedio que adentrarse en ella y seguir las mismas normas de conducta, esquivando codazos con más codazos. Hubo un punto, cercano a un paso de peatones, en el que la marabunta parecía el torrente de un río que con su fuerza las separaba.

—¡Marifé! —gritó Luisa, extendiendo la mano para tocar la de su amiga.

—¡Aquí estoy! —le respondió Marifé, con el brazo igual de estirado, hasta tocar con la punta de sus dedos los dedos de la amiga.

Hasta el ruido que causaban las voces humanas parecía ahora el rugido de las aguas de un río bravo. Tiraban las dos con fuerza, mientras el torrente seguía empujándolas para separarlas, y tan fuerte tiraron que finalmente se encontraron la una frente a la otra.

—No te despistes o nos perderemos —dijo Luisa, y la agarró de la mano.

Continuaban por las calles, sin soltarse las manos.

—Allí está la ferretería que te decía —dijo Luisa, y entraron las dos.

Eligieron una linterna de entre varios modelos, y después Luisa dio un repaso por el resto de la tienda.

—¿Qué buscas? —preguntó Marifé.

—Estoy pensando qué más nos puede hacer falta. Mira, esto es perfecto —dijo Luisa mientras aguantaba una palanca metálica, grande, acabada en una punta bífida amenazante.

—¡Calla! ¿Adónde vas con eso?

—Nunca se sabe.

—Bueno, pues échala y ya veremos.

—¿Sabes a lo que me recuerda? Al bastón del señor Maldonado, ese que se transforma en un pincho y se lo pone al cuello de Leopoldo hijo.

Y Luisa, bromeando con la palanca, la llevó cerca del cuello de su amiga.

—¡Dame los papeles! ¡Maldito niño mimado del demonio!

—Calla, calla, no bromees con esas cosas —dijo Marifé.

Y Luisa se sintió un poco tonta por haber chinchado a su amiga.

—Si es jugando, Marifé. Tonta, no te preocupes, que va a salir todo bien.

Pagaron los artículos y salieron a las calles. Ya no había más gente. La multitud estaba enloquecida y no se podía decir que nadie anduviera libremente. Más bien, se formaban ríos de gente que se dejaban llevar arrastrados. Marifé pensaba que, con razón, nunca iba al centro de la ciudad. Había personas forasteras y extranjeras que gastaban sus ahorros en un hotel para pasar unos días en ese infierno, y ella, que lo tenía al lado, podía pasar años sin pisarlo.

Marifé sentía que las piernas empezaban a agotársele. Le costaba respirar, pero, más que por el cansancio, era por el humo. ¿De dónde había salido? ¿Había estado ahí toda la tarde? Serían los tubos de escape y las calefacciones. Marifé caminaba aguantando una tos que, finalmente, explotó. Se llevó las manos a la boca por educación, pero realmente le hubiese gustado meterse los dedos dentro de la garganta y librarse de todo el picor que sentía. Pensaba que cada vez había más humo y entonces se dio cuenta de que, en

realidad, se trataba más bien de una niebla, tan densa que casi no distinguía nada más que sus brazos y las bolsas con las compras. A su lado, Luisa caminaba más decidida, una figura difuminada entre la niebla. Marifé aceleró el paso, temerosa de perder de vista a su amiga. De repente, como de un salto, aparecieron en otra calle. Era una arteria sin las luces al fondo de la calle principal. También había mucha gente, pero menos. Las dos amigas observaron que, entre los grupos formados dentro de la nueva masa de gente, había uno que destacaba especialmente. Estaba esquinado y era un conjunto circular, de personas eufóricas. Se acercaron, curiosas, y se dieron cuenta de que el grupo rodeaba a alguien. Cuanto más se acercaban más curiosidad sentían por saber quién sería esa persona merecedora de la adoración de los demás. Luisa abrió paso con decisión para que su amiga se acercara también. El círculo se despejó por un lado y por ese hueco se colaron. La cara de Luisa cambió de repente y adquirió unas expresiones que Marifé no le había visto nunca.

—No puede ser, no me lo creo —dijo Luisa, y buscaba a Marifé con su mirada, como si quisiera que su amiga le recordara que estaba viva—. Marifé, esto es imposible.

—¿Qué pasa, Luisa?

Las dos estaban atrapadas en el círculo. Brazos salían por todas partes y Marifé se asustó. Pensaba que querían tocarla a ella, pero se dio cuenta de que a quien querían tocar era a la mujer del centro del círculo.

—¡Mírala, aquí mismo la tenemos! —le dijo Luisa.

—¿A quién?

—¿No la ves? ¡Es doña Leonor!

Luisa estaba tan llena de euforia como el resto de las personas del círculo, que cada vez era más grande y más enloquecido. Algunos acercaban papeles para que la señora les firmara un autógrafo. Otros le pedían fotos o se las hacían ellos mismos, con la mujer al fondo. Una madre intentaba darle a su niño para que lo cogiera en brazos. Otros, los más exaltados, le gritaban:

—¡Mala madre! ¡Tratar así a la sangre de tu sangre! No hay vergüenza.

—¡Asesina!

—¡Engañadora! ¡Pérfida!

Pero otros, los más razonables, hacían callar a esos fanáticos.

—Voy a tocarla —dijo Luisa a Marifé, y así lo hizo. Con su mano, acarició la mejilla de la actriz, que se dejó tocar sin aparentar molestia, y hasta parecía que le gustaba—. Tócala tú también.

Luisa agarró la mano de su amiga y la llevó hasta la mejilla de la actriz. Era

una piel de anuncio, suave, llena de vida, y sorprendió a Marifé por la juventud que transmitía su tacto. No podía ser esa piel, desde luego, la de alguien que hubiera pasado por tantas experiencias como doña Leonor, ni por ningún purgatorio. Ni ese cuerpo el de una mujer que ha dado a luz tantas veces. Imposible.

—¡Qué preciosidad de mujer! —decía Luisa—. Mucho más guapa al natural.

—¡Y qué bajita es! En la tele se ve más alta —comentaba otro, sin pensar en que la actriz podía oírle.

—Y más delgada, si parece una modelo —dijo uno de más allá.

—Y qué peinado más moderno. Parece otra.

Estaban todas las personas del círculo felices, como si fueran adoradores de una religión en la que el dios ha bajado al fin a recibirlos. Pero Marifé, sin embargo, sentía cierta melancolía, parecida a la que deja una decepción, o el descubrimiento de una mentirijilla.

—¡Vamos a decirle algo! —dijo Luisa a Marifé.

—¿Y qué le vamos a decir? —contestó Marifé, con vergüenza.

Luisa, rápida y sin que su cara dejara de sonreír, consiguió colocarse de frente a la actriz y atraer su atención. El resto de los componentes del círculo de adoradores también notaron la fuerza de Luisa y, como por milagro, se produjo un silencio que interrumpió la euforia colectiva. Luisa se notó de repente el centro de atención. El público esperaba ahora algo de ella. Tenía a Marifé agarrada de la mano y la miró para, sin palabras, pedirle ayuda. La actriz miraba a las dos mujeres, expectante. Entonces Luisa, sin soltar de la mano a Marifé, dijo a la actriz mientras la miraba fijamente a los ojos:

—Muchas gracias.

El público seguía pidiendo autógrafos y fotos.

—Venga, despejad la calzada, dejad a la señora tranquila, que no es un mono de feria —dijo alguien.

El círculo se rompió entre aplausos y la actriz prosiguió su camino, satisfecha con su público. Un momento después, había desaparecido por la calle lateral, como las hadas que se van y solo dejan una nube de humo.

Luisa y Marifé continuaron su camino. Las luces de la noche centelleaban sobre la multitud y hacían que la ciudad pareciera infinita. Quien la hubiera visto desde la distancia habría notado que, entre el cielo y la superficie, se distinguía una gruesa línea dibujada por puntos redondos luminosos, de todos los colores, rutilantes y de apariencia irreal. Agarradas a sus bolsas, las dos

mujeres no pudieron evitar sentirse diminutas. Luisa cogió la mano de su amiga y las dos avanzaron juntas por las calles, sin soltarse ni perderse. Y así llegaron hasta su edificio.

El momento de la mentira

—En el burdel. El crujido de electricidad que lanzan las bombillas se oye más fuerte que nunca. Tanto Leopoldo María como Maldonado están cubiertos de sudor.

»—¡Dime qué habéis hecho con los papeles! —grita Maldonado.

»—No sé nada de esos papeles, no sé de qué me hablas —responde Leopoldo María, débil.

»—Sabes perfectamente de lo que hablo, no hay nadie más interesado que tú en esos papeles, y mucho más ahora que tu padre está muerto.

»—De verdad que no sé nada, yo ni siquiera quería quedarme con ninguna empresa familiar.

»—Siempre han estado guardados en la caja fuerte, solo tú tienes acceso a ella.

»—Yo ni siquiera quiero dinero, a mí no me gusta el dinero, siempre habéis dicho que soy un niño mimado, pero no es verdad, yo nunca he pedido nada, lo único que yo he querido ha sido que me quisieran un poco.

»Leopoldo está sin fuerzas.

»—Se agota mi paciencia, veo que no vas a ceder, te he dado la oportunidad de seguir viviendo, pero no estás dispuesto a darme los papeles.

»Maldonado apunta con su bastón puntiagudo sobre el cuello de Leopoldo María. Parece decidido a hundirlo, pero antes hace que la punta recorra el cuello de lado a lado, como si dibujara una sonrisa. La primera gota de sangre va a borbotar cuando se oye una voz que viene desde la entrada de la habitación.

»—Aquí tienes tus papeles. —Son los gemelos, que han llegado justo a tiempo para socorrer a su hermano—. ¿No es esto lo que buscabas? Pues ya lo

has conseguido. Aquí los tienes.

»Maldonado corre a por los papeles, mientras uno de los gemelos se apresura a socorrer a Leopoldo.

»El otro gemelo sigue hablando:

»—Una lista completa y detallada del dinero que mi padre te ha estado transfiriendo durante más de veinte años. Me pregunto qué deuda tendría mi padre contigo para haberse sometido a este chantaje.

»Maldonado se abraza a esos papeles como si fueran un tesoro, no se ha amedrentado con la llegada de los hermanos. A pesar de ser un viejo enclenque y mutilado, habla como si fuera un dictador y los tres jóvenes fueran sus súbditos.

»—¿De verdad queréis saberlo? En ocasiones, es mejor que los secretos no escapen de las cajas fuertes. Pero, pensándolo bien, sí, creo que es mejor que lo sepáis. Debéis aprender cuanto antes que la muerte de vuestro padre no cambia nada. Me debéis tanto o más como me debía él. ¿Acaso no habéis heredado su fortuna? Pues entended entonces que también sois los herederos de sus deudas y que es vuestra obligación seguir pagándolas mientras yo así lo pida. Pero... un momento, estos papeles no son más que copias, ¿es que queríais engañarme?

»Comienzan a oírse ruidos de personas entrando en el burdel. Son muchas, por el ruido que hacen. Uno de los gemelos dice:

»—Los originales están en un lugar seguro. Un juez se encargará de que nunca más vuelvas a hacer daño a nadie de nuestra familia.

»Los policías entran como caballos a galope y se llevan esposado al viejo. La última mirada de este sobre los muchachos es de pura impotencia, tan derrotado está que no encuentra las energías que le harían falta para insultarlos.

»Al fondo se oyen las voces de los policías leyendo los derechos al señor Maldonado.

»—Tiene usted derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en un tribunal de justicia. Tiene el derecho de hablar con un abogado y que un abogado esté presente durante cualquier interrogatorio. —Y, después de un silencio, el policía continúa, mirándolo a los ojos—: Se le acusa de un delito de soborno, perpetuado durante más de veinte años. La documentación demuestra que usted chantajeó al difunto Leopoldo para que le realizara pagos continuados a cambio de su silencio.

»Los tres hermanos están abrazados, dándose consuelo. Uno de los gemelos

ayuda a que Leopoldo María se ponga en pie, mientras el otro recoge los papeles. Este último dice:

»—Me alegro de que por fin acabe este episodio que no ha traído más que dolor. Trabajaremos a partir de ahora para que nuestra familia y sus negocios prosperen y nos traigan unión.

»El otro gemelo, con Leopoldo María apoyado a su hombro, responde:

»—Pero es un episodio que no ha terminado aún. Es necesario que sepamos qué pecado cometió nuestro padre y cómo de terrible tuvo que ser para que estuviera expiándolo hasta el final de sus días. Nos merecemos una vida sin más mentiras.

Marifé esperaba impaciente, sentada en su sofá. Sobre la mesa, había dejado preparadas una bandeja con todo tipo de pasteles, vasos y una jarra con agua. Por fin, sonaron los porrazos en la puerta y corrió a abrirla. Eran tres golpes rápidos y dos cortos, tal y como habían acordado. Dejó pasar a Luisa, que hablaba con la respiración agotada.

—¿Ha llegado? —preguntó Luisa, según entraba por el pasillo al salón.

—No —respondió Marifé—, pero tiene que estar al caer. Cuéntame rápido.

—Tengo toda la información.

—Vamos a apuntarlo no se nos vaya a olvidar —dijo Marifé.

—De eso nada. Conviene no dejar evidencias escritas —advirtió Luisa, como una espía profesional.

—Venga, pues cuéntamelo.

Se sentaron las dos a la mesa y Marifé ofreció las pastas a su amiga, que no les hizo ascos. Hablaba sin dejar de comer.

—Qué alegría de pasteles. No te imaginas el hambre que da conspirar —dijo Luisa mientras se llevaba una magdalena a la boca.

—Venga, mujer, dime —urgió Marifé al tiempo que llenaba un vaso de agua para su amiga.

—El edificio es como todos los del barrio. Más o menos, la misma distribución que el nuestro. Normal, se hicieron todos en la misma época. Pero el nuestro está mejor conservado —observó Luisa, sin modestia—. La hora tiene que ser a las seis, ni un minuto más, ni uno menos. Es cuando sale para las clases de aeróbic y la casa se queda vacía.

—¿La portería? —preguntó Marifé mientras acercaba la bandeja de

pasteles a su vecina.

Luisa estaba revolucionada, y le parecía a Marifé que una buena dosis de azúcar le vendría bien para que siguiera soltándole la información necesaria.

—La portería es idéntica a la nuestra, a mano derecha según se entra. También sin uso.

—Te lo dije. Si es que ya no quedan porteros.

—¿Y la cafetería de enfrente?

—Ideal —afirmó Luisa.

Aunque estaban las dos solas, hablaban en voz baja. Las ventanas estaban cerradas.

—¿El ascensor? —preguntó Marifé.

—Viejo y destartalado. De los que aprovechan el hueco de la escalera.

Luisa aportó esta última información con mucha alegría, pero Marifé no terminaba de relajarse.

—¿Y crees que desde el ascensor se puede ver la escalera?

—En absoluto —aseguró Luisa—. No hay peligro. Es de puertas opacas. Cómete tú también un pastel, que están de vicio.

—Tengo el estómago cerrado.

—Está visto que no sabes vivir al límite.

—¿Y no te habrán visto? —preguntó Marifé, con evidente preocupación.

—Puedes estar tranquila —respondió Luisa, como lo hubiera hecho James Bond.

—Acércate, que te ayudo a quitarte la peluca —dijo Marifé, pero su vecina no le hizo caso y se llevó otro pastel a la boca.

Las dos mujeres estaban en silencio, Marifé digiriendo la información y Luisa digiriendo los pasteles. Se oyó entonces el ruido de la llave entrando en la cerradura. Del susto, Luisa dio un respingo y quiso esconder la bandeja de pasteles, como si habérselos comido fuera un delito. Solo quedaba un gran pastel, de manzana.

—Es Álvaro —dijo Marifé.

Álvaro entró en el salón y se alegró de verlas allí sentadas. Le parecieron dos niñas que descansaban después de una tarde de aventuras.

—Anda que... no quiero saber qué juego os traéis.

—¿Qué tal ha ido la entrevista? —preguntó Luisa, con un descaro que la madre nunca hubiera tenido.

—Muy bien —respondió Álvaro—, pero que vaya bien no quiere decir nada. Ya han ido bien otras veces y, al final...

—Al final... —continuó Luisa—, das con la tecla y sale lo que estabas esperando, y entonces te alegras de que las anteriores no salieran, porque no eran para ti.

Eran palabras muy sinceras y las había dicho tanto para animarlo como para presentar su punto de vista.

Álvaro siguió compartiendo información:

—Si la pasara, todavía tendría que ir a otra entrevista más. Me llamarán hoy mismo.

—¿No quieres merendar? —preguntó la madre.

—Es de la pastelería del barrio, una exquisitez. Había más pero tu madre se los ha comido —dijo Luisa, ofreciendo el único pastel al muchacho.

—Tal vez más tarde —respondió Álvaro.

Marifé se había levantado de su sitio y estaba al lado del hijo. Le ayudaba a quitarse la chaqueta. Luisa observó que su amiga registraba los bolsillos, y todo lo que dijo a continuación fue para distraer a Álvaro:

—Anda, cómetelo, que es de manzana y la fruta es sanísima. Y esta pastelería es de lujo, dicen que sirve a la casa real. Mira qué color. —Y acercaba el pastel hasta casi estampárselo en la cara, de tal manera que el ángulo de visión del muchacho lo ocupaba enteramente el bollo—. Y como el relleno de dentro no verás otro igual. Y el hojaldre es del bueno. Nada de bollería industrial, ¡hay que cuidarse!

Calló al fin porque vio las señales que le hacía Marifé, que confirmaban que había encontrado lo que buscaba.

—Bueno, pues si no lo quieres, para mí. —Y se llevó el pastel a la boca.

Álvaro dijo que quería descansar y se encerró en su cuarto.

Marifé entregó a Luisa un manojo de llaves, que había sacado de la chaqueta del hijo.

—Corre y haz las copias —dijo Marifé.

—Voy volando y vuelvo en seguida. Acuérdate de la contraseña: tres golpes rápidos y dos cortos. —Y se dirigió a la salida.

—Luisa, ya te puedes quitar la peluca.

—Calla, si es que le he cogido el gusto. Ya te dije que siempre quise ser rubia.

Oscuridad

—Doña Leonor es joven y bella, tiene tan solo veintipocos años, pero sus cabellos son rubios como los de una niña pequeña, como los de esa niña pequeña que pedía deseos para ayudar a sus padres infelices. No lleva ninguno de los moños que llevará cuando sea mayor, sino que sus cabellos van libres y recortan la forma de su cabeza perfecta. Su piel es de un color blanco lunar, pulcro e inmaculado, y no se arruga con las expresiones amargas que acostumbrará más tarde en su vida. Pero ya tienen sus pocas arrugas un atisbo de dolor, y los surcos que empiezan a rodear los ojos son como riachuelos por los que han pasado muchas lágrimas. Donde ella está, la oscuridad es casi total. Solo hay luces de velas, y una chimenea al fondo que desprende una luz roja de infierno. Está sentada en un sillón muy antiguo, observándose las manos como hipnotizada. Entonces no llevaba guantes, sino que sus manos pequeñas iban al descubierto. Pero de sus muñecas parten unas vendas que cubren sus antebrazos. Leonor se mira las manos con las palmas abiertas, como las miraría alguien que sujeta un montón de arena que se le ha ido perdiendo entre los dedos. A continuación, pasa sus dedos con cuidado por encima de las vendas, más que rascándose, acariciándose. De este ensimismamiento la saca una voz que le llama a su espalda; es un hombre apuesto, que todavía no ha llegado a los cuarenta años, y que lleva en sus brazos un bebé envuelto entre sábanas.

»El hombre susurra, más que habla, cuando le dice a Leonor:

»—Ven ya, está todo listo, está al venir. María dice que puedes ayudarla, pero, por favor te lo pido, no hagas ningún sobreesfuerzo, recuerda que todavía estás muy débil.

»Leonor se levanta de su asiento apresurada y cruza la habitación. Es

entonces cuando se ve que está en la mismísima torre, solo que parece otro lugar e incluso otro mundo porque todo está cuidado y es nuevo, y hay muebles por todas partes, y una chimenea que debe de dar el calor de un hogar. Hay cortinas que cubren las paredes, y hasta un cuadro modesto y diminuto, y unas alfombras que, aunque se ven viejas, confirman que es un lugar habitado.

»Leonor llega con decisión hasta el fondo de la habitación, y cruza a otra estancia en la que hay una muchacha que lleva un mandil blanco. Esta mujer, jovencísima, más que Leonor, y bella como una cariátide, se mueve con arrojo alrededor de una cama en la que alguien debe de estar postrado. Desdobla con prisas toallas, empapa paños, desenvuelve camisas y hace jirones con muchísima habilidad, y le dice:

»—Ven, Leo, necesito que me ayudes.

»Leonor se acerca a esta muchacha e intenta seguirla en sus movimientos, pero es más torpe y no acierta a responder a sus órdenes. Entre las dos vacían un cubo de agua en una palangana y en estas están cuando se oye un pequeño grito de dolor que viene de allí mismo donde se encuentran. La muchacha le dice:

»—Leo, ponte a su lado, para esto que estamos haciendo me sirvo y me basto yo sola, vete al lado de Jazmina y dale los ánimos que puedas.

»Leonor dice:

»—Sí, María.

»Y avanza unos pasos hasta llegar a la cabecera de la cama, y allí se reclina y, con mimo, acerca su rostro al de otra muchacha que está allí tumbada, con expresiones de dolor incontrolable. Es una muchacha bellísima, delgada y de piel morena como una diosa de un pergamino egipcio, con una frente y unos pómulos y unos ojos que ni el pintor más dotado hubiese sido capaz de imaginar.

»Como una madre que cuida a su hijo, Leonor lleva su mano a la frente de la joven Jazmina, y le dice:

»—No hay que temer, después de esta noche todo va a ser distinto.

»Jazmina quiere decirle muchas cosas con la mirada, pues palabra alguna no puede articular, y de hecho es tan grande el dolor que la corroe que sus ojos tampoco aciertan a expresar significado alguno. Cuando Leonor se aparta un poco de Jazmina, para arroparla bien, se ve que la pobre sufre porque está embarazada, y el parto es inminente.

»A todo esto, el señor que ha acompañado a Leonor hasta esta habitación está sentado al fondo, en una butaca, al lado de una cuna. Observa todo lo que

están haciendo las tres muchachas, y no deja de mecer al bebé que tiene en sus brazos, y que llora desconsoladamente.

»La joven Jazmina grita ahora más que nunca. Su cabeza es una bomba roja a punto de estallar, con venas angustiadas que le suben por el cuello y por la frente.

»María y Leonor se preparan en sus posiciones. Una desenvoltura inédita guía sus movimientos. María está a los pies de Jazmina, mientras que Leonor, a la izquierda de la criada, coge su mano con fuerza y atiende las órdenes de María. Jazmina sopla y resopla con mil esfuerzos, sus piernas abiertas y sus pies clavados con nervio en el colchón. El berrinche del bebé que mece el señor apuesto ha ido creciendo, sin duda asustado por los gritos de las tres mujeres, y solo se silencia cuando se le une otro llanto de bebé, un recién nacido minúsculo que cuelga bocabajo de los brazos hábiles de María, quien ya le ha dado su primera palmadita en el culo y lo limpia con destreza. Lo envuelve en unas sábanas y lo acerca hasta la madre, que yace exhausta y satisfecha.

»Leonor no puede evitar que le salten unas lágrimas cuando ve a Jazmina acariciar a su niño, y menos aún cuando el señor, que se ha levantado de su sillón del fondo de la habitación, coloca al otro bebé al otro lado de Jazmina.

»—Mirad: son dos criaturas maravillosas, destinadas a vivir en un mundo que les pondrá muchas pruebas. Sortearán algunas con más y otras con menos fortuna. Le pediremos a Dios que ninguna de estas pruebas sea tan dura como las que estas pobres criaturas han tenido que pasar ya, antes de nacer.

»Los cuatro adultos intercambian miradas que mezclan la pena más profunda con la esperanza que irradian los recién nacidos. María dice que Jazmina debe descansar, y Leonor se apresura a tomar en brazos al bebé. Jazmina suplica, con lágrimas en los ojos:

»—Dejádmelo un poquito más, solo un poco. Dejad que tenga a mi bebé en brazos un poco más, solo esta noche.

»Pero Leonor ya ha salido de la habitación, con el recién nacido envuelto entre sus brazos.

Eran las cinco y media y Marifé y Luisa caminaban por la calle. Cada una llevaba un bolso grande y su peluca puesta. Antes de salir de casa, para darse ánimo, Luisa le dijo a Marifé que estaba guapísima.

—No se trata de que esté guapa o fea, sino de que no me reconozcan.

—No te van a reconocer porque no te van a ver, estate tranquila —continuó Luisa, y agarró a su amiga de las manos, viendo que le temblaban un poco—. Va a ser un momento.

Se separaron la una de la otra. Marifé se sentó en la cafetería que quedaba en frente del edificio que ellas habían denominado «zona cero». Pidió una bebida y se dispuso a esperar. Llevaba su mirada del reloj a la puerta del edificio, sin cesar.

Luisa caminaba por la calle. Marifé la veía y admiraba la seguridad de sus pasos. Cuando llegó el momento oportuno, Luisa entró en el edificio. Marifé la vio desde la cafetería. Actuó tan rápido que parecía que la puerta se la hubiera tragado. Entonces Marifé dejó el dinero suficiente para pagar su bebida y corrió al otro lado de la calle.

Cuando Marifé entró en el edificio vio, de refilón, que Luisa estaba en la portería abandonada. Marifé subió corriendo las escaleras y solo pudo lanzar una mirada rápida a su amiga.

Dentro de la portería había unas cuantas bicicletas y alguna maleta mal colocada. Luisa buscó el sitio desde el que mejor se oía lo que pasaba en las escaleras y comenzó la espera. Duró poco. En seguida se oyó el ruido de la puerta que primero se abría y luego se cerraba, y las llaves dando vueltas en la cerradura. El cascabeleo incesante informaba a Luisa de que la muchacha joven ya había pulsado el botón del ascensor, que subía planta a planta. La muchacha joven abría la puerta del ascensor y entraba, sin que su tintinear parara. El ascensor estaba bajando. Luisa abrió su bolso y corrió a la pared del fondo de la portería. Tenía que hacerlo en ese momento. Con brío, sacó el cable cortado de la televisión y lo metió en el enchufe. Sintió como si el apagón hiciera retumbar el edificio entero, pero no se le despeinó ni un solo cabello de su peluca rubia.

La muchacha joven daba gritos desde dentro del ascensor atascado. Golpeaba las paredes con los puños y taconeaba en el suelo.

Marifé bajó las escaleras hasta llegar a la planta del piso donde vivía el marido y sacó las copias de las llaves. Sabía que no tenía mucho tiempo. Entró. El primer mueble que vio, en el rellano, podía tener los papeles, pero lo descartó. Avanzó hasta el salón, donde había un mueble más grande, y comenzó a rebuscar entre los cajones, con la linterna. Era un mueble con cuatro cajones. En el primero no había más que baratijas y bisutería. En el segundo sí que había papeles, pero con un vistazo rápido comprobó que no

eran los suyos. Abrió el tercero, lleno de objetos viejos. Se agachó para abrir el cuarto, y comprobó, con terror, que estaba cerrado con llave. Marifé notaba que iba a entrar en pánico. El cascabeleo no cesaba. De repente, Marifé se paró en seco. Sintió que alguien había entrado en el piso. Se giró y entre la oscuridad vio la silueta de alguien moviéndose. Apuntó con la linterna y se alivió al descubrir que era su vecina.

—Déjame a mí —dijo Luisa. Y sacó de su bolso la palanca metálica. Abrió el cajón, sin importarle el destrozo que causó.

Marifé se abalanzó sobre los papeles que allí había y reconoció los suyos. Los metió rápidamente en su bolso.

Las dos mujeres bajaron las escaleras. Rodeaban el ascensor, desde el que seguían saliendo los sonidos metálicos de la muchacha joven. Estaban ya en la calle cuando Luisa dijo de repente:

—¡El cable!

Y volvió a entrar en la portería. Salió inmediatamente y, ahora sí, avanzaron con prisa por las calles. Iban cogidas del brazo. El aire les refrescaba la cara. En cuanto doblaron la esquina, no pudieron evitarlo. Rompieron las dos a reír como no lo habían hecho en mucho tiempo y el ataque de risa les duró hasta que llegaron a sus casas.

Alumbramiento

—Pero sigo sin entenderlo. —Paloma habla sin apartar sus ojos de doña Leonor. Agarra el brazo de su amado, con fuerza—. ¿Quién es el hijo de Mamá Jazmina?

»Doña Leonor no tiene fuerzas para mirar a los ojos a los dos jóvenes, que la escuchan perplejos. La señora camina por la estancia de la torre. Acaricia las paredes. Hay algo de despedida en sus gestos, como si no fuera a tocar nunca más esos muros.

»Entonces, de la oscuridad donde empieza esa habitación, se oyen unos trapos moviéndose. Entran en la penumbra para traer luz. Son las faldas de Mamá Jazmina, que dice las siguientes palabras:

»—Ese niño eras tú, Arturo.

»Sus ojos, cubiertos de lágrimas, miran a los de Arturo, que está también a punto de llorar.

»—Madre —dice el muchacho, y no se sabe bien si está hablando a doña Leonor o a Mamá Jazmina.

»Doña Leonor rompe a llorar y Mamá Jazmina acude corriendo a ella. Le ofrece su hombro, donde la señora esconde su cabeza. Paloma abraza fuerte a Arturo. Las cuatro personas están divididas en dos bloques, como dos columnas dentro de la torre. Mamá Jazmina habla, sin separarse de su señora.

»—¿Cómo contar aquello que se ha estado escondiendo durante toda una vida? —dice mirando a quien es su hijo.

»Y, de entre las telas de sus faldas, saca una cajita: es la caja que tenía escondida en el suelo de su habitación, y que aquella noche corrió a abrazar después de tener una de sus pesadillas. Abre la cajita y va desplegando distintos objetos. El primero, un papelito doblado muchas veces.

»—Naciste un niño hermoso —dice Mamá Jazmina, pero sin mirar a Arturo, pues no separa sus ojos de doña Leonor, que la sigue abrazando—. Lleno de sonrisas y de alegría. Y llegaste en un momento en el que en esta casa no había más que pena. —Y aquí despliega ese papelito doblado y revela que se trata de una foto, idéntica a la que Paloma encontró el día en que los gemelos preparaban la fiesta de bienvenida de Arturo.

»Doña Leonor levanta la cabeza y mira a la criada. Es una mujer rendida, y ahora se ve por primera vez lo frágil que puede llegar a ser. La liberación que siente le permite mostrarse como nunca antes: es una guerrera luchadora, pero deseosa de que acaben las batallas. Las fuerzas que le quedan son suficientes para —con una sola mirada— dar permiso a Mamá Jazmina para que siga hablando.

»—Era una pena terrible, la más grande que puede haber: la causada por la muerte de una criatura recién nacida. Pero esa pena no había estado siempre. Cuando yo llegué aquí como criada, encontré una familia feliz. Leopoldo María era un niño pequeño, travieso, enfermizo siempre, pero tal vez precisamente por necesitar más cuidado que nadie le queríamos tanto. Los gemelos, dos muñecos que apenas sabían hablar. Leonor, más una amiga que una dueña. En sus entrañas llevaba la semilla del que sería su último hijo y ese fue el motivo para que yo entrara en la casa.

»Y, según va diciendo todo esto, va sacando objetos de su cajita de madera: una foto de ella y doña Leonor, las dos jóvenes, las dos bellísimas. Otra foto de los niños, radiantes de felicidad. Un pequeño sonajero viejo. Una ropita de bebé. Continúa:

»—Tu madre, Paloma, era la tercera amiga. Cuando entré a servir, no faltaba tanto para que quedara embarazada de ti, y menos aún para el fatal accidente en el que tus padres perdieron la vida.

»Y Jazmina saca aquí varios recuerdos más: otra foto de las tres jovencitas, y reconocemos a la mujer que ayudó en el parto de Jazmina, María. Una pequeña muñequita de niña, similar a las que forman la colección de muñecas de Paloma. Continúa hablando:

»—¿En qué momento se perdió esa felicidad? No lo supe entonces, ni lo sé ahora. Leopoldo, el señor, era galante conmigo. Sus atenciones me parecieron primero las correctas entre un señor y su empleada. ¿Cuándo cruzó la línea que convierte una muestra de cariño en un abuso? Noté miradas que no estaban bien, y gestos que me incomodaban. Creo que incluso en algún momento me culpé, tonta de mí, pensando que yo era responsable de que el señor se

estuviese encaprichando conmigo. Sentía que debía cortar esa situación. No quería de ningún modo traicionar a Leonor, mi señora, mi amiga. Estaba dispuesta a perder mi trabajo, marcharme de esta familia que ya era como la mía, y el mismo día que lo iba a hacer...

»La voz de Mamá Jazmina tiembla. Leonor, su amiga, continúa donde Jazmina no puede:

»—Mi marido la forzó. Abusó de una mujer indefensa, bajo los mismos techos donde estaba yo cuidando de sus propios hijos. Tenéis que saberlo — grita doña Leonor, a los dos enamorados—. Arturo, tu padre era un monstruo.

»Arturo corre hacia donde están las dos mujeres, que siguen abrazadas, y las cubre con sus brazos inmensos. Reparte besos a ambas, con generosidad, y cada beso es una muestra de que, para él, siempre van a ser sus madres.

»Paloma sigue apartada. Ahora es ella la que se ve menos frágil de todo el conjunto. Teme hablar, pero acaba por preguntar:

»—Pero hay algo que no entiendo aún. Has hablado de otro bebé. Del último hijo que tuvo doña Leonor.

»Ahora es Mamá Jazmina quien intenta hacer un último esfuerzo para contener sus lágrimas, pero es imposible. De sus ojos brotan dos torrentes que llegan hasta sus labios y entrecortan su voz. Más que hablar, ahora grita, mientras sostiene la fotografía en las manos y la muestra a los dos jóvenes:

»—¡Es el bebé muerto, el niño al que tú sustituiste, Arturo! ¡El bebé asesinado por el niño Leopoldo!

Estaban las dos mujeres en el salón de Marifé y Luisa no paraba de hacer la misma pregunta:

—¿Cuándo dijo que llegaba?

Y Marifé, de responderle con las mismas palabras:

—Que no dijo hora, que cuando terminara, terminaría.

—Pues no sé qué entrevista de trabajo será esa que dura tanto. Qué tendrán que preguntarle, si ya se ve que el muchacho vale más que nadie y que no habrá otro mejor para el trabajo que él.

—Pareces tú más la madre que yo —dijo Marifé, con felicidad—. Ayúdame y así se pasa la espera más rápido. Y cuando entre no me lo vayas a agobiar con preguntas, ¿eh? Que ya lo conoces. No seas pesada, a los hijos hay que saber hacerles las preguntas sin parecer pesada.

—Si yo no digo nada, ¿soy yo discreta o no soy yo discreta?

Marifé no podía responder con sinceridad a esa pregunta sin herir a su amiga, de modo que calló. Sacó del bolso el cable mutilado.

—El arma del crimen —dijo Luisa en cuanto lo vio, sin ánimo de bromas—. Deberíamos tirarla al río.

—Me vas a ayudar a arreglar la televisión.

—No tengo experiencia —cortó Luisa, como asustada.

—Entre las dos nos apañaremos. —Y desplegó sus herramientas—. No puede ser tan difícil.

—Si nos enseñaran estas cosas desde pequeñas... —dijo Luisa, como un lamento, pero se iba animando.

Estaban las dos mujeres de rodillas en el suelo, frente al televisor viejo. Luisa daba a su amiga las herramientas que le iba pidiendo, como los cirujanos.

—El cuchillo, para rasparlo —decía Marifé.

—Qué televisión tan fea tienes, perdona que te diga. Y qué vieja. Demasiado te ha durado.

—Ese cuchillo, no. El otro.

—Pues a mí me da que esta entrevista la pasa.

—Si lo que tiene es que lleva ya tantas que está desanimado. Normal —opinaba Marifé mientras operaba.

—Pero ahora es diferente, ¿sabes por qué?

—Las tijeras.

—Pues porque ahora está feliz, y eso se transmite.

—Los alicates.

—¿Cómo va a ser lo mismo ir a una entrevista cuando estás triste que cuando estás alegre? No tiene punto de comparación. La alegría se contagia, y cuando lo vean alegre, seguro de sí mismo, y se dejen contagiar, te digo yo que lo contratan y hasta lo hacen jefe.

—El esparadrapo.

—A veces en la vida las cosas no salen no porque uno no pueda o no valga, sino porque está perdido y triste, y la misma tristeza llama a más tristeza y hace que uno se sienta inútil. Y, en cuanto se corta esa racha, lo que parecía imposible se arregla. Y eso le pasaba a Álvaro. Ya me dirás si me equivoco.

—Mira, ya está arreglado.

Luisa contempló el cable unido.

—Qué razón tenías. Entre las dos es fácil —dijo Luisa, orgullosa de su

trabajo.

—Ahora hay que enchufarlo —continuó Marifé, con mucha precaución.

Luisa se mordió el labio inferior, temerosa. Marifé se apoyó sobre el mueble para llegar mejor a la parte de la pared donde quedaba el enchufe. La postura era complicada, una acrobacia. Luisa, para ayudarla, le sujetaba las piernas con un brazo y, con el otro brazo estirado, hacía de soporte bajo la cadera de Marifé. Ya iba a introducir el cable cuando se oyó el ruido de la puerta. Con los nervios, Luisa se giró levemente y dejó resbalar a Marifé, que cayó de golpe sobre ella justo al mismo tiempo que introducía el enchufe en la pared.

Álvaro entró en el salón y vio a las dos mujeres desparramadas por el suelo, sus piernas y brazos enredados, un codo de Marifé sobre la mano de Luisa, una rodilla de Luisa sobre la cadera de Marifé, el pie de alguna de ellas sobre el mando a distancia. No supo cuál de las dos mujeres le hizo la pregunta de cómo le había ido en la entrevista porque para entonces ya estaba riendo a pleno pulmón. Primero rio el muchacho y luego las dos mujeres, contagiándose los unos a los otros.

Y así estuvieron riendo un buen rato, sin parar. De fondo, la vieja televisión encendida emitía un sonido suave, discreto, inofensivo.

La luz de mis días

Luisa ponía la mesa y Marifé preparaba los cafés.

—Date prisa, que no queda casi nada.

—Un minuto —respondió Marifé desde la cocina.

—Es preciosa.

—¿A que sí? ¡Qué plana es!

—¿Y dónde le pondrán los altavoces?

—Ahora las hacen así.

Hablaban de la televisión nueva, resplandeciente en mitad del salón de Marifé.

—Qué detalle, tu hijo.

—Es un loco. Tiene deudas, lo sé aunque no me lo haya dicho. No debería haberla comprado. Le he dicho que la devuelva, pero no hay manera.

—Más mérito. Y seguramente ha tenido que pedir un adelanto, porque uno no cobra nada más entrar a trabajar —conjeturó Luisa.

—Ojalá le vaya bien.

—Pues claro que sí, ya verás.

Se sentaban a la mesa. Los cafés humeaban y las enaguas cubrían sus piernas.

—Y, entonces, ¿qué te dijo el abogado?

—Pues lo que te he dicho, que, teniendo los papeles de la venta de la casa del pueblo y las cartas de mi padre con los detalles de la herencia, no habrá problema ninguno. La casa me corresponde. Enterita.

—Jesús, qué alegría.

—Ya ves.

—¿Tendrás juicio?

—No lo cree. Dice que no se atreverán. Les costaría un dinero para nada.

—Pon la tele, que empieza.

Marifé apuntó su mando a distancia nuevo y se encendió el televisor, con un resplandor nunca vivido en esa casa.

—Los anuncios, qué pesadilla —se lamentó Luisa.

—Hay que ver la pobre Leonor, nosotras tanto tiempo pensando que era mala y no hacía otra cosa que proteger a su familia, a sus hijos, a los vivos y al muerto, y al niño que crio como si fuera suyo, aunque no lo fuera.

—Como si lo fuera.

—Y la otra, pobre, obligada a renunciar a su hijo —se lamentaba Marifé.

—Pero lo tuvo siempre cerca y lo quiso como una madre.

—Qué tragedias pasan —dijo Marifé, como un consuelo.

—Claro. La pobre Leonor, con esa locura suya, creyendo que los deseos se le cumplen. Y, cuando de joven deseó que se acabara su vida con ese marido tan horrible, el niño Leopoldo, que nunca estuvo bien, mató al hermanito. Y, para protegerlo, sustituyeron al bebé por el hijo resultado de la violación.

—Qué barbaridad. ¿Y las cicatrices en los brazos de doña Leonor?

—¿No te enteras? Se quiso suicidar. Por esa locura suya de pensar que sus deseos se le cumplen. Le ha pasado desde niña. Se sentía responsable de la muerte del hijo —continuaba Luisa, sin perder el gusto a contarle historias a su amiga—. Quién sabe, a lo mejor también se sentía responsable por no haber escuchado las advertencias de Mamá Jazmina, que anticipaba y adivinaba todos los males a través de sus sueños recurrentes. Pobre Jazmina, y pobre Leonor. Pobres mujeres. Yo me alegro de que acabara matando al marido, menudo elemento. Ya de viejo, y senil como estaba el hombre, no podía seguir vivo de ninguna manera. Imagínate que le hubiera dado por contar el secreto de la familia. Mejor muerto. Total, no le quedaba mucha vida por delante.

—¿Y el viejo cojo?

—El señor Maldonado, otro monstruo. Toda la vida chantajeando al viejo Leopoldo, que le pagaba un dineral para que no revelara el crimen familiar.

—Dios bendito —puntuaba Marifé.

—Ojalá el señor Maldonado acabe en la cárcel hasta el fin de los días.

—Gracias a Dios, los gemelos llegaron a tiempo.

—Sí, lo arreglaron los gemelos, tal y como predijo Mamá Jazmina en un sueño, ¿te acuerdas? Como ratas, se abalanzaron sobre Maldonado para acabar por fin con tantos años de soborno. Porque no te creas tú que el señor Maldonado pensaba acabar con el chantaje, qué víbora.

—¿Y entonces Arturo y Paloma se pueden casar? Ya no son primos.

—Calla, que empieza.

La pantalla comenzó a vibrar con las imágenes de las fincas, los caballos corriendo por campos infinitos, el riachuelo, la torre escondida, la mansión, las grandes columnas de mármol blanco, la puerta principal grande como la de una catedral abriéndose sola, como por magia, y los personajes sonrientes, girando sus torsos hasta plantarse firmes.

—Sí que es verdad que parece que nos miran —dijo Marifé.

—¿Te lo dije o no te lo dije? —añadió Luisa, como un triunfo.

La familia entera estaba reunida en el salón. Doña Leonor vestía colores alegres y presidía la mesa, que estaba cubierta de manjares. Arturo y Paloma estaban al otro lado de la mesa, sin soltarse ni un momento. Arturo anunciaba el compromiso con Paloma, y todos brindaban. Alzaban sus copas y bebían, al mismo tiempo que Luisa y Marifé terminaban sus cafés. Arturo y Paloma se besaban, castamente, y sus familiares aplaudían con una felicidad plena, la misma que sentían Marifé y Luisa, que a punto estuvieron de aplaudir también.

—Después de tanto sufrimiento, se merecen ser felices —comentó Marifé.

—Qué razón tienes —añadió Luisa.

La familia siguió celebrando su felicidad en varias escenas más. Hubo abrazos entre doña Leonor y Jazmina, entre los hermanos y Paloma, y los unos contaban a los otros sus muchos planes para un futuro mejor.

Marifé y Luisa observaban cada detalle con atención, y los minutos pasaban volando. No se percataron de que el sol se había ocultado veloz. La única luz que había en el salón era la que salía de la televisión. También provenían del televisor todos los sonidos, salvo algún suspiro que se escapaba a Marifé o Luisa. Apenas parpadeaban. Sobre sus rostros, la luz dibujaba surcos azulados, con sombras que se movían y transformaban sus rasgos.

Entonces Marifé dejó de mirar la pantalla por unos segundos para fijarse en su amiga. Vio un rostro feliz, entregado a la luz, contento con sus sombras. Marifé volvió rápidamente a mirar la pantalla, porque de golpe el volumen del sonido había aumentado. Las imágenes eran muy diferentes.

—Los anuncios —dijo Luisa, insatisfecha de repente.

Durante unos segundos, las dos mujeres perdieron el interés, pero entonces algo las llamó. De la pantalla salían unas imágenes que eran completamente nuevas y, al mismo tiempo, reconocibles. Presentaban a una familia nunca vista, con personajes jóvenes rebosantes de belleza, en un entorno de lujo. Había también personajes más mayores que auspiciaban sabiduría y

probablemente secretos del pasado. En destellos fugaces, aparecían otros personajes que se adivinaban envidiosos, pérfidos, vengativos. Y, sobre todas las imágenes, una voz varonil y poderosa anunciaba el inminente estreno, al día siguiente, a la misma hora, en el mismo canal.

Marifé miró a su amiga, que estaba exultante de felicidad y anticipación. Y entonces ocurrió el más grande misterio de esta historia, para el que Marifé nunca encontraría una explicación. Vio que sobre el rostro de Luisa se movían las mismas luces y las mismas sombras que había observado unos minutos antes, pero ahora algo se sentía diferente. En ese rostro, cambiante según los caprichos de las imágenes proyectadas, Marifé se reconoció a sí misma.

Esta es la historia de dos mujeres, vecinas del mismo edificio.

Dos soledades y una ventana por la que dejar entrar los sueños



Luisa, viuda y habladora infatigable, sigue fielmente una serie de televisión sobre una familia llena de secretos y misterios. Marifé, ama de casa infeliz, escucha cada día cómo su vecina le cuenta con pasión un nuevo capítulo. Poco a poco, la apasionante saga familiar se va entrelazando con la rutina aparentemente inocua de las mujeres, pero pronto descubriremos que la vida de una de ellas oculta tantos enigmas como los que se ven en la pequeña pantalla. Entonces habrá llegado el momento de atreverse a cambiar, por fin, algunas cosas...

Una novela llena de sensibilidad y poesía sobre el poder de la ficción para cambiar nuestras vidas.

Un canto a las pequeñas rebeliones cotidianas que nos pueden acercar a la felicidad.

«Una pequeña obra maestra. Una historia que demuestra que en la vida, a veces, es necesaria la ficción para que la realidad se transforme. Para que nos cambie. Para que nos mejore.

***La luz de mis días* es una novela que engancha y emociona y revuelve. Es**

el amor lo que mueve este libro sincero y fascinante, lleno de sensibilidad y que te agarra desde la primera página. Un autor en estado de gracia. Un libro conmovedor.»

MÀXIM HUERTA

Alejandro Melero es profesor del Departamento de Periodismo y Comunicación Audiovisual de la Universidad Carlos III de Madrid, a la que se incorporó después de trabajar en la Queen Mary University de Londres. Paralelamente, ha desarrollado una exitosa carrera como dramaturgo. Entre sus obras destaca *Clímax*, que ha cumplido cinco años consecutivos en cartel en el teatro Alfil (Madrid) y ya han visto más de cien mil espectadores, con montajes internacionales en Perú, Argentina, Estados Unidos y Brasil.



@AlejandrMelero



@alejandro_melero

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Alejandro Melero

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / S. Gómez, G. Pellicer

Fotografía de portada: © Thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-6666-375-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La luz de mis días

0. Piloto
1. El hijo ausente
2. El hijo presente
3. Comida en familia
4. El retrato perdido
5. Escalofríos
6. Deseos infantiles
7. Un mensaje envenenado
8. El lugar del que nunca debió irse
9. El hijo pródigo
10. El padre pródigo
11. La despedida
12. Flores para los muertos
13. El duelo
14. El niño enfermo
15. Los sueños
16. La explosión del amor
17. Pérdida de papeles
18. Amor propio
19. Aparición inesperada
20. La mujer perdida
21. La mujer asediada
22. La mujer encontrada
23. El deseo de una madre
24. La declaración
25. La petición
26. El momento de la verdad
27. El momento de la mentira
28. Oscuridad

[29. Alumbramiento](#)
[30. La luz de mis días](#)

[Sobre este libro](#)
[Sobre Alejandro Melero](#)
[Créditos](#)

Table of Contents

[La luz de mis días](#)

[0. Piloto](#)

[1. El hijo ausente](#)

[2. El hijo presente](#)

[3. Comida en familia](#)

[4. El retrato perdido](#)

[5. Escalofríos](#)

[6. Deseos infantiles](#)

[7. Un mensaje envenenado](#)

[8. El lugar del que nunca debió irse](#)

[9. El hijo pródigo](#)

[10. El padre pródigo](#)

[11. La despedida](#)

[12. Flores para los muertos](#)

[13. El duelo](#)

[14. El niño enfermo](#)

[15. Los sueños](#)

[16. La explosión del amor](#)

[17. Pérdida de papeles](#)

[18. Amor propio](#)

[19. Aparición inesperada](#)

[20. La mujer perdida](#)

[21. La mujer asediada](#)

[22. La mujer encontrada](#)

[23. El deseo de una madre](#)

[24. La declaración](#)

[25. La petición](#)

[26. El momento de la verdad](#)

[27. El momento de la mentira](#)

[28. Oscuridad](#)

[29. Alumbramiento](#)

[30. La luz de mis días](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Alejandro Melero](#)

Créditos